PROMESA DE SILENCIO

ALGUNOS SECRETOS MATAN EN SILENCIO

CLAUDIA REYES

PROMESA DE SILENCIO

Claudia Reyes

Copyright © 2025 Claudia Reyes

Esta obra está protegida por la legislación vigente en materia de derechos de autor. Queda prohibida su reproducción total o parcial, distribución, comunicación pública o transformación, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa y por escrito del titular de los derechos, salvo en los casos expresamente permitidos por la ley. Cualquier uso no autorizado de esta obra será perseguido conforme a la normativa aplicable.

Para Maya,
que leyó los primeros borradores sin piedad,
señaló cada inverosimilitud policial
y me recordó que las víctimas merecen más que simbolismo.
Esta novela es mejor porque tú la cuestionaste.

CONTENTS

Title Page
Copyright
Dedication
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
Sobre la AUTORA:

CAPÍTULO 1

EL PRIMER SILENCIO

Monte Artxanda, Bilbao
Iñaki Mendoza

El primer pensamiento de Iñaki Mendoza al despertar fue que había dejado la lámpara del estudio encendida otra vez. Arantxa se lo había pedido tantas veces: apaga las luces antes de acostarte, el recibo de luz es una barbaridad. Pero la luz que veía ahora no venía del techo. Venía de su propio pecho.

Intentó llevarse la mano al rostro y descubrió que no podía moverla. Ni la izquierda ni la derecha. Los brazos estaban sujetos a los costados, apretados contra el cuerpo por algo que no alcanzaba a ver. Intentó mover las piernas. Nada. Solo los dedos de los pies respondían dentro de los zapatos, agitándose inútilmente contra un material que cedía ligeramente. Tela. No, algo más denso. Lona.

La luz procedía de una linterna frontal atada a su pecho con cinta adhesiva. El haz iluminaba directamente hacia arriba, proyectándose sobre algo oscuro que estaba muy cerca de su cara. Demasiado cerca. Iñaki parpadeó varias veces, intentando enfocar, y entonces lo entendió.

Tierra.

Estaba mirando tierra compactada. Un techo de tierra sostenido por... ¿tablas? Paredes de tierra a ambos lados, tan cerca que si pudiera mover los brazos tocaría ambas con los codos extendidos. El espacio no medía más de medio metro de ancho.

El pánico llegó como una ola fría que le recorrió desde el estómago hasta la garganta. Intentó gritar pero el sonido salió amortiguado, apagado por las paredes que lo rodeaban. El eco murió antes de nacer. Probó de nuevo, con más fuerza, y sintió cómo la tierra absorbía el grito igual que absorbía la luz de la linterna.

Estaba enterrado.

La comprensión le llegó completa, brutal, sin transición. No estaba en su estudio. No estaba en su cama. Estaba en una caja bajo tierra, envuelto en algo que lo inmovilizaba por completo, con una linterna atada al pecho para que pudiera ver exactamente dónde se encontraba.

Respiró por la nariz, rápido, demasiado rápido. El aire estaba viciado, cargado de humedad y del olor a tierra mojada. A tierra que había sido removida recientemente. Contó hasta diez en vasco —bat, bi, hiru, lau— como le había enseñado su amatxo cuando era niño y tenía pesadillas. Llegó a hamar y siguió contando. El pánico no disminuyó.

Movió la cabeza ligeramente hacia la derecha y la luz de la linterna recorrió la pared de tierra. Había algo clavado ahí. Varias cosas. Rectángulos blancos que destacaban contra el marrón oscuro de la tierra compactada. Forzó los ojos, intentando distinguir qué eran, pero la luz frontal no alcanzaba bien el ángulo.

Giró la cabeza hacia la izquierda. Más rectángulos blancos. Docenas de ellos, clavados a intervalos regulares en las paredes de tierra, como si alguien hubiera decorado su tumba.

Su tumba.

No. No podía pensar así. Tenía que mantener la calma. Tenía que pensar. ¿Qué había pasado? ¿Qué era lo último que recordaba?

El despacho. Estaba en su despacho del piso de Abando, revisando las galeradas del nuevo libro. *Historia del Ensanche: Arquitectura y Memoria (1876-1936)*. La editorial quería cambios.

Siempre querían cambios. Había tomado un café. No, dos. El segundo con esas galletas que compraba Arantxa en la pastelería de Alameda Rekalde.

Y entonces... nada.

Un hueco negro en su memoria. Como si alguien hubiera arrancado varias páginas de un libro.

Intentó concentrarse en lo físico. ¿Le dolía algo? Sí. La cabeza le latía con un dolor sordo en la base del cráneo, como si le hubieran golpeado. O drogado. Probablemente drogado. El sabor metálico en la boca, la lengua pastosa, la desorientación. Conocía los síntomas. Los había leído en informes policiales de la Guerra Civil cuando investigaba para el libro que nunca publicó.

Alguien lo había drogado. Secuestrado. Enterrado vivo.

La pregunta era: ¿por qué?

Giró la cabeza de nuevo hacia la izquierda, más despacio esta vez, forzando el cuello para ver mejor los rectángulos blancos clavados en la pared. El haz de luz alcanzó uno que estaba más cerca, justo a la altura de su hombro. No era un rectángulo. Era una fotografía. Una fotografía vieja, en blanco y negro, protegida con plástico transparente y clavada a la tierra con algo que parecía un clavo de tapicería.

La imagen mostraba un rostro. Un hombre joven, veintipocos años, con el pelo engominado hacia atrás y expresión seria. El tipo de foto que se hacían en los años cuarenta para los documentos de identidad. Debajo de la foto había algo escrito a mano en tinta negra, pero la letra era demasiado pequeña para leerla desde esa distancia.

Iñaki movió la cabeza ligeramente, barriendo con la luz las paredes de su prisión. Más fotografías. Docenas de ellas. Todas en blanco y negro. Todas de hombres y mujeres jóvenes con la misma expresión contenida, la misma formalidad de época. ¿Cuántas?

Intentó contarlas pero la linterna solo iluminaba una sección cada vez.

Veinte. Treinta. Cuarenta.

¿Qué significaba esto?

Entonces escuchó el clic.

Venía de algún lugar sobre su cabeza, amortiguado por la tierra pero claramente mecánico. Como un interruptor. O un reproductor de audio.

La voz llegó dos segundos después.

No salía de un altavoz cerca de él. Salía de todas partes a la vez, como si la tierra misma hablara. Probablemente había varios altavoces pequeños enterrados en las paredes, ocultos detrás de las fotografías. La voz era masculina, de mediana edad, con acento vasco neutral. Pero había algo raro en ella. Una cualidad artificial, como si hubiera sido distorsionada electrónicamente. Las vocales sonaban ligeramente alargadas. Las consonantes, demasiado precisas.

—Te dieron un título —dijo la voz—. Historiador. Te lo ganaste con años de estudio, publicaciones, conferencias. Respetable. Necesario. La sociedad necesita historiadores.

Iñaki no respiraba. No se atrevía a moverse.

—Pero la historia requiere verdad —continuó la voz, con la misma calma terrible—. Requiere honestidad. Coraje para mirar lo que otros prefieren olvidar. Tú elegiste el camino más fácil. Documentaste la amnesia colectiva. Escribiste seis libros sobre Bilbao y en ninguno mencionaste lo que pasó realmente entre 1936 y 1975. Cuarenta años de silencio convertidos en cuatrocientas páginas de arquitectura, comercio, progreso industrial. Como si los edificios se construyeran solos. Como si nadie hubiera desaparecido en las calles que describes con tanto detalle.

La voz hizo una pausa. Iñaki escuchó su propia respiración, acelerada, ruidosa en el espacio cerrado.

—Llamaste a eso reconciliación —dijo la voz—. Lo justificaste en entrevistas. "No podemos vivir en el pasado. Es hora de mirar hacia adelante. La historia debe ser constructiva, no divisiva." ¿Te acuerdas de esas frases? Las repetiste tantas veces que probablemente te las creíste.

Iñaki sí se acordaba. Había dicho exactamente eso en el Diario Vasco cuando le preguntaron por qué su historia del Ensanche omitía los fusilamientos en el cementerio de Derio. Había dicho que su trabajo era documentar el desarrollo urbano, no reabrir heridas.

—Yo lo llamo complicidad —continuó la voz—. El primer silencio es el de la memoria. Y tú fuiste su guardián más fiel.

Hubo otro clic y la voz se detuvo. El silencio que siguió fue peor que las palabras. Iñaki esperó, conteniendo la respiración, esperando que la voz volviera. Que explicara. Que le dijera qué iba a pasar.

Nada.

Solo el sonido de su respiración y el latido acelerado de su corazón.

Movió la cabeza de nuevo hacia las fotografías, esta vez con intención. Forzó la vista, intentando leer lo que estaba escrito bajo cada imagen. La luz de la linterna alcanzó una que estaba casi a la altura de su rostro, clavada en la pared izquierda.

José María Urquijo Larrea. 28 años. Detenido 17/04/1937. Desaparecido.

Otra más abajo.

Ignacia Mendiola Etxebarria. 32 años. Detenida 03/08/1937. Desaparecida.

Y otra.

Patxi Aguirre Zabaleta. 25 años. Detenido 12/09/1937. Desaparecido.

Los nombres seguían. Los años variaban ligeramente —1937, 1938, 1939— pero la palabra final era siempre la misma.

Desaparecido. Desaparecida. Desaparecido.

Iñaki cerró los ojos. Sabía quiénes eran estas personas. No por nombre —había demasiados, imposible recordarlos todos— pero sí como concepto. Como estadística. Como nota al pie que conscientemente había decidido no incluir en sus libros. Los republicanos ejecutados. Los enterrados en fosas comunes. Los que nunca tuvieron juicio ni lápida.

Los que él había decidido que no merecían estar en la historia oficial de Bilbao.

Abrió los ojos de nuevo y esta vez vio algo más. Entre dos fotografías, casi escondido en la oscuridad donde la luz de la linterna apenas llegaba, había un objeto pequeño. Azul. Plástico. Parecía una pulsera de hospital, de esas que ponen a los niños cuando nacen, pero estaba clavada en la tierra como las fotografías.

Intentó enfocar mejor pero el ángulo era imposible. Solo alcanzaba a ver que había algo escrito en la pulsera. Una palabra. Un nombre. Empezaba con I.

Iker.

No. Debía haber leído mal. La luz era mala y sus ojos ya no eran lo que eran. Probablemente decía algo completamente diferente.

El dolor llegó entonces. Agudo, ardiente, concentrado en el pecho. No era dolor de corazón —Iñaki conocía ese dolor, lo había tenido dos veces ya— sino algo distinto. Superficial pero intenso. Como si algo le estuviera quemando la piel a través de la camisa.

Bajó la vista tanto como pudo y vio que la linterna no estaba sola. Había algo más atado a su pecho, justo debajo del haz de luz.

Algo pequeño y rectangular que vibraba ligeramente. Un móvil. Su móvil, reconoció el modelo. Pero la pantalla mostraba algo que no había visto antes. Un temporizador.

00:04:23

00:04:22

00:04:21

El dolor en el pecho aumentó y entonces lo entendió. No era una quemadura. Era algo tallado en su piel. Algo que ya estaba ahí, oculto bajo la camisa, sangrando lentamente contra la tela.

El mensaje que la voz había mencionado.

LA TIERRA NO OLVIDA.

Iñaki empezó a gritar. Esta vez no le importó que el sonido muriera en la tierra. Gritó hasta que la garganta le ardió, hasta que el aire viciado de la fosa le quemó los pulmones. Gritó nombres —Arantxa, sus hijas, su madre muerta hace quince años— como si invocarlos pudiera salvarlo.

El temporizador seguía bajando.

00:03:47

00:03:46

Intentó mover los brazos con más fuerza. La lona que lo envolvía cedió ligeramente en los hombros pero no lo suficiente. Probó con las piernas. Nada. Quien lo hubiera envuelto sabía lo que hacía. No había holgura. No había espacio para maniobrar.

Respiró hondo, intentando calmarse, y fue entonces cuando sintió la primera piedra de tierra caer sobre su frente.

No. No podía ser.

Miró hacia arriba. El techo de tierra sostenido por las tablas parecía sólido, compacto, pero mientras observaba cayó otra piedra pequeña. Y otra. Como si algo estuviera cediendo.

Como si alguien estuviera presionando desde arriba.

O como si el temporizador controlara algo más que solo la cuenta regresiva.

00:02:58

00:02:57

Más tierra empezó a caer. No piedras sueltas ahora sino un flujo fino y constante, como arena de un reloj. Le cayó en los ojos. En la boca abierta por el grito que acababa de dar. Escupió, sacudió la cabeza violentamente, pero la tierra seguía cayendo.

Las tablas del techo empezaron a crujir.

Iñaki dejó de gritar y empezó a rezar. Hacía cuarenta años que no rezaba —desde la comunión de su hija mayor— pero las palabras volvieron automáticamente. Padre nuestro que estás en los cielos. Santificado sea tu nombre. Venga a nosotros tu reino.

Una de las tablas se partió con un sonido seco y definitivo.

La tierra cayó entonces con fuerza, un peso súbito que le aplastó el rostro, le llenó la boca, le bloqueó la nariz. Intentó escupir pero había demasiada. Intentó respirar por la nariz y aspiró tierra. Tosió y más tierra entró. Sus pulmones se llenaron de algo que no era aire.

El pánico lo consumió completamente. Ya no pensaba. Ya no rezaba. Solo existía el instinto animal de sobrevivir, de respirar, de escapar. Arqueó la espalda contra la lona que lo envolvía. Sacudió la cabeza de lado a lado. Abrió y cerró la boca como un pez fuera del agua, intentando encontrar un bolsillo de aire que no existía.

La linterna seguía encendida, proyectando luz a través de la tierra que caía, creando sombras grotescas en las paredes que se derrumbaban. Iñaki alcanzó a ver, entre la tierra que le cubría los ojos, una última fotografía. Un hombre joven con bigote fino, mirando directamente a la cámara con dignidad férrea.

Joseba Mendoza Arana. 31 años. Detenido 28/11/1937. Desaparecido.

Mendoza. Su apellido. Su abuelo paterno que había muerto —se lo habían dicho— de tuberculosis en 1938. Nadie había mencionado nunca una detención. Nadie había mencionado que estuviera desaparecido.

La tierra siguió cayendo.

El temporizador llegó a cero.

Iñaki Mendoza dejó de moverse. La tierra lo cubrió completamente, llenando la fosa estrecha donde lo habían enterrado, borrando el espacio donde había estado su cuerpo. La linterna siguió encendida bajo la tierra durante cuarenta y siete segundos más antes de que la batería se agotara.

Entonces todo quedó oscuro.

Y silencioso.

Seis horas después, cuando el primer rayo de sol atravesó la niebla que cubría el monte Artxanda, un hombre que paseaba a su perro escuchó los ladridos frenéticos del animal cerca de un claro apartado del sendero principal. El perro rascaba la tierra removida con desesperación, gimiendo de una manera que su dueño nunca le había escuchado.

El hombre se acercó. Vio la tierra recién removida, el pequeño montículo irregular que no encajaba con el paisaje circundante. Vio algo azul asomando entre las piedras. No era una pulsera de hospital. Era el extremo de una lona.

Sacó el móvil del bolsillo con manos temblorosas.

Mientras marcaba el 112, el perro seguía escarbando, descubriendo poco a poco algo que había sido enterrado con cuidado meticuloso. Algo que ya no respiraba.

Algo que la tierra no había olvidado.

CAPÍTULO 2

LLEGADA DE NEREA

Monte Artxanda, Bilbao
Nerea Agirre

Nerea Agirre llevaba despierta desde las cuatro y media de la madrugada, igual que casi todas las noches de los últimos seis años. Esta vez no había sido por el insomnio sino por la llamada del comisario Garai, cuya voz sonaba tensa incluso para sus estándares habituales. "Monte Artxanda. Zona del mirador. Tienes veinte minutos." Había colgado antes de que ella pudiera preguntar nada.

Ahora, de pie en el borde del cordón policial mientras el técnico de la científica terminaba de fotografiar el perímetro, Nerea se preguntó si habría dormido algo de haber sabido lo que iba a encontrar. Probablemente no. El insomnio no negociaba con circunstancias.

El claro estaba a unos cincuenta metros del aparcamiento del mirador, oculto por un bosquecillo de robles que en esta época del año perdían las hojas con resignación silenciosa. Alguien había elegido este lugar con cuidado. Lo bastante alejado del sendero principal para no ser visible desde la carretera, lo bastante accesible para poder transportar un cuerpo y el material necesario para enterrarlo. Nerea calculó la distancia desde el aparcamiento más cercano: tres minutos a pie, cargado. Cinco si llevabas algo pesado y no querías llamar la atención.

—La científica calcula que fue enterrado hace entre diez y quince horas —dijo Urtzi Elizondo, apareciendo a su lado con dos vasos de café de máquina—. El perro lo encontró a las seis y cuarto. El dueño es un jubilado de Begoña que viene todos los días. Limpio.

Nerea aceptó el café sin apartar la vista de la fosa. Urtzi era su compañero desde hacía cuatro años, un hombre metódico de cuarenta y tres que había aprendido a no tomarse como algo personal sus silencios matutinos.

—¿Identificación?

—Cartera intacta en el bolsillo del pantalón. Iñaki Mendoza Larrea, sesenta y siete años, historiador. Vivía en Abando. La mujer está de camino, viene con el hijo mayor.

Nerea bebió el café tibio y amargo mientras observaba a los técnicos trabajar alrededor de la fosa. Era una excavación limpia, profesional. Las paredes estaban perfectamente verticales, el fondo nivelado. Quien lo hubiera hecho tenía experiencia con palas. O era extremadamente meticuloso. O ambas cosas.

—¿Causa preliminar?

—Asfixia. Enterrado vivo. —Urtzi hizo una pausa—. Hay más.

Siempre había más.

Nerea se acercó al borde de la fosa. Ahora que habían retirado la mayor parte de la tierra podía ver el cuerpo con claridad. Mendoza estaba envuelto en una lona industrial, el tipo que se usaba en obras de construcción. Habían cortado la parte superior para dejar el torso expuesto. La camisa blanca estaba empapada de sangre seca en el pecho, aunque la herida no parecía lo bastante profunda para ser mortal.

Joxe Mari Lekerika, el médico forense, estaba arrodillado junto al cuerpo con la paciencia de quien ha visto demasiadas muertes para escandalizarse por ninguna. Levantó la vista al escuchar sus pasos.

—Inspectora. Bienvenida al teatro.

—¿Teatro?

Lekerika señaló las paredes de la fosa. Nerea había visto las fotografías desde arriba pero no había procesado lo que significaban. Ahora, más cerca, distinguió los rostros en blanco y negro. Docenas de ellos. Cuarenta y siete, contó rápidamente. Todas fotografías antiguas, de tipo documental, protegidas con plástico transparente y clavadas a la tierra con tachuelas largas.

Se agachó para examinar la más cercana. Un hombre joven con expresión seria miraba directamente a la cámara. Debajo, escrito a mano en tinta negra: *José María Urquijo Larrea. 28 años. Detenido 17/04/1937. Desaparecido.*

—Son todos iguales —dijo Lekerika—. Nombres, edades, fechas de detención. Todos de la Guerra Civil. Todos marcados como desaparecidos.

Nerea recorrió con la vista el resto de fotografías. Hombres y mujeres, la mayoría jóvenes. Todos con la misma expresión contenida de quien sabe que está mirando a la posteridad. Se preguntó dónde habría conseguido alguien estas imágenes. Archivos históricos, probablemente. O asociaciones de memoria. No eran fotos de familia. Eran fotos de registro, de documentación, de personas que habían dejado de ser individuos para convertirse en estadísticas.

—El mensaje en el pecho fue tallado post-mortem —continuó el forense—. Superficial, hecho con algo afilado pero no quirúrgico. Navaja multiusos, probablemente. La muerte se produjo por asfixia debida a inhalación de tierra. —Hizo una pausa—. Estuvo consciente cuando empezó a caer. Las abrasiones en la garganta indican que intentó escupir, toser. Duró entre tres y cinco minutos.

Nerea apartó la vista de las fotografías y estudió el cuerpo. La expresión de Mendoza era difícil de leer bajo la máscara de tierra seca, pero había terror en ella. Terror y algo más. ¿Comprensión? ¿Resignación?

—¿Qué dice el mensaje?

—*La tierra no olvida.* Tallado con cuidado. Las letras son uniformes, del mismo tamaño. Esto no fue improvisado.

No. Definitivamente no fue improvisado.

Nerea se incorporó y dio un paso atrás para ver la escena completa. La fosa. Las fotografías. El cuerpo envuelto con precisión. La linterna que todavía colgaba del pecho de Mendoza, atada con cinta adhesiva industrial. El móvil que habían encontrado junto al cuerpo, con la batería agotada pero el temporizador congelado en 00:00:00.

—Quería que viera algo —dijo en voz alta—. Por eso la linterna. Por eso las fotografías en las paredes. Quería que Mendoza las viera antes de morir.

—¿Un castigo? —preguntó Urtzi.

—Un juicio.

El comisario Garai se acercó entonces, con esa manera de caminar que tenía de ocupar espacio sin necesidad de ser corpulento. Sesenta y dos años, treinta y siete en el cuerpo, la cara marcada por demasiados casos sin resolver y demasiadas noches de whisky barato.

—La prensa estará aquí en menos de una hora —dijo sin preámbulo—. Necesito algo que darles.

—Homicidio. Premeditado. Víctima elegida con cuidado.

—¿Motivo?

Nerea señaló las fotografías.

—Mendoza era historiador. Especializado en historia contemporánea de Bilbao. Escribió seis libros sobre el desarrollo urbano de la ciudad entre 1876 y la actualidad.

—¿Y?

—Y en ninguno menciona la represión franquista. Ni las detenciones. Ni los desaparecidos. —Hizo una pausa—. Alguien piensa que eso fue un silencio que merecía ser castigado.

Garai observó las fotografías durante un largo momento. Luego asintió.

—Mantén eso fuera del comunicado de prensa. De momento es un homicidio bajo investigación. Nada más.

—Jefe, esto es—

—Sé lo que es, Agirre. Por eso mismo necesito que lo mantengas callado hasta que sepamos con qué estamos tratando. Lo último que necesitamos es un debate sobre memoria histórica en los medios mientras intentamos atrapar a un asesino.

Tenía razón, aunque a Nerea le costara admitirlo. Garai se alejó para hablar con el responsable de la científica, dejándola sola con la fosa y sus fantasmas.

Se agachó de nuevo, esta vez para examinar algo que había visto antes pero no procesado. Entre dos fotografías, casi oculto en la sombra donde la luz matutina no llegaba bien, había un objeto pequeño. Azul. Plástico.

—Lekerika, ¿habéis catalogado ya todo lo que había en la escena?

El forense consultó su tablet.

—Cuarenta y siete fotografías, una linterna frontal, un móvil, cinta adhesiva, la lona, y... sí, una pulsera infantil. Azul. Plástico. Con un nombre escrito.

—¿Qué nombre?

—Iker.

Nerea se quedó inmóvil. El nombre resonó en su cabeza de una manera que no supo explicar. No era un nombre especialmente común pero tampoco raro. Conocía al menos tres Ikers. Había estudiado con uno en el instituto. Pero este nombre, en este

contexto, le provocó algo. Un escalofrío brevísimo que recorrió la base de su cuello. Un destello de algo parecido a un recuerdo pero más difuso. Uniforme escolar azul y blanco. Patio de recreo. Miedo.

Parpadeó y el recuerdo —si es que había sido un recuerdo— desapareció.

—Quiero esa pulsera en evidencia prioritaria —dijo, con una voz que sonó más cortante de lo que pretendía—. Y quiero saber de dónde viene. Fabricante, lugar de venta, todo.

Se incorporó demasiado rápido y el mundo se inclinó ligeramente. Tres horas de sueño en dos días. Dos cápsulas de melatonina que no habían servido de nada. Café que solo mantenía a raya el dolor de cabeza pero no la fatiga.

—¿Estás bien? —preguntó Urtzi.

—Perfectamente.

No lo estaba. Pero esa era una conversación que no iba a tener con nadie.

Escuchó el coche antes de verlo. Un Audi oscuro que subía por el camino de acceso con más velocidad de la recomendable en una escena del crimen. Se detuvo junto a los vehículos policiales y de él bajó un hombre que Nerea no reconoció. Alto, complexión media, pelo gris bien cortado, gafas de montura metálica. Vestía americana oscura sobre jersey de cuello alto, pantalones de pinza. No era prensa. Los periodistas nunca llegaban tan rápido ni tan bien vestidos.

El hombre habló brevemente con el agente del cordón, mostró algún tipo de identificación, y fue dirigido hacia donde estaba Garai. Nerea los observó intercambiar palabras. Garai asintió, señaló hacia la fosa, hacia ella. El hombre se acercó con paso tranquilo, sin la prisa nerviosa de los familiares ni la curiosidad morbosa de los espectadores.

—Inspectora Agirre. —Extendió la mano—. Mikel Uribe. Psiquiatría forense, hospital Basurto. El comisario Garai me ha

pedido que eche un vistazo.

La mano era firme pero no agresiva. Los ojos detrás de las gafas eran de un gris claro, atentos sin ser invasivos. Nerea calculó su edad: cincuenta y pocos. Tenía el tipo de rostro que envejecía bien, con arrugas que hablaban más de concentración que de cansancio.

—No sabía que habíamos solicitado un psiquiatra.

—No lo habían hecho. Yo ofrecí. —Una leve sonrisa—. Estaba de guardia en urgencias cuando llegó el aviso. Este tipo de casos... digamos que no es frecuente que veamos algo así en Bilbao.

—¿Casos de qué tipo?

—Ritualísticos. Simbólicos. Con narrativa clara. —Señaló hacia la fosa sin mirarla directamente—. Esto no es solo un asesinato. Es una declaración.

Nerea lo estudió durante un momento. Había consultado con psiquiatras forenses antes, pero nunca en las primeras horas de una investigación. Generalmente llegaban después, cuando ya tenían un sospechoso y necesitaban un perfil para el juicio. Que uno se ofreciera voluntariamente era inusual.

—¿Ha trabajado con la Ertzaintza antes?

—Ocasionalmente. Hace tres años colaboré en el caso de Durango. Y antes, en Ondarroa, con aquel profesor que...

—Ya me acuerdo.

El caso de Ondarroa había sido un homicidio doméstico que se resolvió en cuarenta y ocho horas. Nerea no había participado directamente pero recordaba los informes. El peritaje psiquiátrico había sido útil para entender la dinámica entre víctima y agresor.

—Si el comisario lo ha autorizado, adelante. Pero no toque nada.

—Por supuesto.

Uribe se acercó al borde de la fosa con la misma calma con la que había llegado. Se agachó, observó las fotografías, el cuerpo, el staging general. Nerea lo observó mientras trabajaba. Había algo metódico en sus movimientos, una precisión que le recordó a los buenos forenses. No miraba con morbo sino con análisis.

Cuando Uribe se fijó en la pulsera azul, sus dedos se movieron casi imperceptiblemente hacia el bolsillo de la americana. Un gesto mínimo, probablemente inconsciente. Como si fuera a buscar algo que ya no estaba ahí. Luego la mano se detuvo y en su lugar ajustó las gafas, empujándolas ligeramente hacia arriba con el dedo índice.

Nerea lo notó porque era su trabajo notar cosas así. Pero no le dio importancia. La gente tenía tics nerviosos. Especialmente en escenas de crimen.

Uribe se incorporó y se acercó a ella.

—¿Puedo ver el informe preliminar del forense?

Nerea intercambió una mirada con Lekerika, que asintió. Le pasó la tablet. Uribe leyó en silencio durante dos minutos, haciendo scroll ocasionalmente, sin tomar notas.

—Interesante —dijo finalmente, devolviéndole la tablet—. La víctima no fue elegida al azar. El asesino conocía su trabajo, sus publicaciones. Probablemente lo ha estado siguiendo durante tiempo. Esto requiere planificación.

—Ya habíamos llegado a esa conclusión.

—Por supuesto. —Otra sonrisa leve—. Pero hay más. El nivel de control que muestra la escena... Esto no es rabia. No es venganza impulsiva. Es algo más frío. Más estructurado. El asesino tiene un código moral específico. Cree que está corrigiendo algo.

—¿Corrigiendo qué?

—Un silencio. —Uribe señaló las fotografías—. Todas estas personas fueron borradas de la historia oficial. Mendoza contribuyó a

ese borrado. El asesino está, literalmente, forzándolo a enfrentarse con lo que omitió. Es castigo pedagógico.

Nerea consideró esto. Tenía sentido con lo que estaban viendo, pero había algo en la certeza de Uribe que le resultaba ligeramente inquietante. Demasiado rápido. Demasiado preciso.

—¿Cree que volverá a matar?

Uribe no respondió inmediatamente. Se giró para mirar el paisaje, Bilbao extendiéndose abajo entre la niebla matutina que empezaba a disiparse. Cuando habló, su voz tenía una cualidad pensativa.

—Si tiene una lista de silencios que cree que necesitan ser corregidos, sí. Esto se siente como un principio, no como un final.

—¿Cuántas víctimas calcula?

—Imposible saberlo sin más datos. Pero alguien que construye algo tan elaborado, tan simbólico... No se detiene después de uno. —Hizo una pausa—. ¿Esa pulsera tiene algún significado conocido?

—Todavía no. ¿Por qué?

—Porque no encaja con el resto. Todo lo demás es coherente: fotografías de época, mensaje tallado, simbolismo claro. Pero una pulsera infantil moderna... Es personal de una manera diferente. Como si fuera una firma.

Nerea miró hacia la fosa, donde los técnicos estaban terminando de documentar la escena antes de poder mover el cuerpo. La pulsera azul destacaba contra la tierra oscura, pequeña e incongruente.

—¿Estudiaste aquí? —preguntó Uribe de repente—. ¿En Bilbao?

La pregunta la cogió desprevenida.

—¿Por qué?

—Curiosidad profesional. El acento es claramente local, pero hay diferencias entre barrios. Tú no eres de Deusto ni de la margen izquierda. Diría que... ¿Abando? ¿Indautxu?

—Indautxu. —No añadió nada más. No le gustaba que la gente la leyera tan fácilmente.

—Yo también. Bueno, hasta los seis años. Luego me mudé.

Nerea no respondió. Urtzi se acercó con el listado completo de evidencias. Ella lo cogió, agradecida por la interrupción.

—El comisario quiere verte —le dijo Urtzi—. Algo sobre la familia.

Mientras se alejaba con Urtzi, Nerea se giró una última vez hacia Uribe. Él seguía junto a la fosa, observando algo con concentración. Llevaba la mano izquierda metida en el bolsillo de la americana, pero la derecha colgaba suelta al costado. Había una cicatriz delgada en la muñeca, apenas visible bajo el borde del reloj. Blanca. Vieja. Horizontal.

Nerea conocía ese tipo de cicatrices. Había visto suficientes en su carrera. Algunas eran accidentes. Otras no.

Archivó mentalmente la información y siguió caminando.

Tres horas después, de vuelta en la comisaría tras haber informado a la familia Mendoza —una conversación brutal que había requerido toda su contención profesional—, Nerea se sentó en su escritorio y abrió el archivo digital de evidencias.

La pulsera aparecía en tres fotografías de alta resolución. Plástico azul barato, del tipo que se ponía a los niños en hospitales o piscinas. El nombre estaba escrito con rotulador permanente negro: IKER. Solo eso. Sin apellido. Sin fecha.

Amplió la imagen todo lo que pudo sin perder definición. El plástico estaba ligeramente decolorado, como si tuviera años. Décadas, quizás. Pero la escritura era clara, deliberada.

Buscó en la base de datos: Iker + Bilbao + casos sin resolver.

Nada relevante.

Iker + desaparecidos.

Dos casos, ambos de los años 2000. Ninguno relacionado.

Miró el reloj. Las 14:37. No había comido. No tenía hambre. Tenía que ir a casa a darle de comer a Lobo, su gato de siete kilos que probablemente ya había destrozado algo en represalia por su ausencia. Tenía que intentar dormir aunque sabía que no lo conseguiría.

En lugar de eso, volvió a mirar la foto de la pulsera.

Iker.

¿Por qué le resultaba tan familiar?

Su móvil vibró. Mensaje de Garai: *Reunión de equipo mañana 09:00. Uribe se suma como consultor.*

Nerea bloqueó el teléfono y se quedó mirando la pantalla oscura durante un largo momento. En el reflejo vio su propia cara: ojeras pronunciadas, piel pálida, pelo recogido en una coleta tensa que empezaba a dolerle.

Treinta y nueve años. Inspectora durante once. Divorciada hacía tres, aunque el matrimonio había terminado emocionalmente dos años antes de la firma. Sin hijos. Sin pareja. Sin vida fuera del trabajo, si era honesta consigo misma.

Y ahora, un caso que prometía quitarle las pocas horas de sueño que aún conseguía.

Guardó el portátil, cogió la chaqueta del respaldo de la silla y salió de la oficina. El edificio de la Ertzaintza en Indautxu estaba casi vacío a esa hora. Sus pasos resonaban en el pasillo de baldosas grises.

En el coche, antes de arrancar, volvió a abrir la foto de la pulsera en el móvil. La miró durante treinta segundos completos. Luego la cerró, guardó el teléfono en el bolso y condujo a casa.

Lobo la recibió con el maullido ofendido de quien ha sido abandonado imperdonablemente. Lo alimentó, preparó café que no se bebió, se duchó sin prisa.

A las 23:15 estaba en la cama, a oscuras, mirando el techo.

A las 02:34 seguía despierta.

A las 04:18 se rindió, se levantó y volvió a abrir el portátil.

La pulsera azul la miraba desde la pantalla.

Iker.

No podía quitárselo de la cabeza.

Y no sabía por qué.

CAPÍTULO 3

EL HISTORIADOR Y SU SILENCIO

Comisaría Ertzaintza, Indautxu / Instituto Vasco De Memoria
Nerea Agirre

El informe de autopsia completo llegó a las once de la mañana siguiente, dieciocho horas después del descubrimiento del cuerpo. Nerea lo leyó de pie junto a la ventana de su despacho, con el cuarto café del día enfriándose sobre la mesa. Lobo había vomitado esa madrugada —bola de pelo mezclada con las croquetas que ella le compraba en el veterinario— y había pasado cuarenta minutos limpiando antes de salir. Ahora el olor a desinfectante le persistía en las manos pese a habérselas lavado tres veces.

Víctima: Iñaki Mendoza Larrea, 67 años. Causa de muerte: asfixia por aspiración de tierra. Tiempo estimado de muerte: entre 15-20 minutos desde el inicio de la inhalación. Contenido estomacal: restos de café y galletas, digeridos parcialmente. Presencia de benzodiacepinas en sangre, concentración compatible con sedación farmacológica. Sin signos de resistencia violenta previa al entierro.

Lekerika había añadido notas manuscritas en los márgenes, con su letra meticulosa de médico viejo: *Herida en pecho realizada post-mortem o en fase terminal. Profundidad 3-4mm. Instrumento afilado no médico, posible navaja multiusos o cúter. Patrón de corte controlado, sin vacilación. Sujeto consciente durante mayor parte del proceso de enterramiento. Nivel de terror: extremo.*

Nerea cerró el documento. No necesitaba leer más. Ya se imaginaba lo que Mendoza había vivido en esos quince minutos. Despertarse enterrado. Ver las fotografías. Escuchar la voz. Sentir la tierra caer.

Había formas más rápidas de matar. Esto había sido teatro. Uribe tenía razón en eso.

Guardó el informe en la carpeta del caso —ya sorprendentemente gruesa para menos de veinticuatro horas de investigación— y bajó al laboratorio de la científica. Amaia Otxoa, la técnica jefe, estaba inclinada sobre una mesa de luz examinando las fotografías recuperadas de la fosa. Levantó la vista al escuchar los pasos de Nerea.

—Tengo las procedencias —dijo sin saludar. Amaia nunca perdía tiempo en cortesías—. Cuarenta y tres vienen del archivo fotográfico del Gobierno Vasco, sección de represión franquista. Solicitud formal presentada hace cuatro meses por correo electrónico. Firmante: Asociación por la Memoria Democrática de Euskadi. Las otras cuatro son de fuentes privadas, probablemente descendientes.

—¿Nombre del solicitante?

—Falso. Correo creado específicamente para la solicitud, cancelado dos semanas después. IP rebotada. Pagó las tasas en efectivo por correo postal.

Por supuesto que sí.

—¿Y la pulsera?

Amaia señaló otra mesa donde la pulsera azul descansaba dentro de una bolsa de evidencias sellada.

—Fabricante: Hospital Universitario de Basurto. Serie de principios de los ochenta, dejaron de usarlas en el 91. El nombre está escrito a rotulador permanente Staedtler, modelo que sigue vendiéndose. Sin huellas útiles. Plástico degradado por exposición prolongada a humedad.

—¿Prolongada cuánto?

—Años. Décadas, posiblemente.

Nerea observó la pulsera a través del plástico transparente. *Iker.* Escrito con mano cuidadosa, las letras uniformes pese a lo pequeño del espacio.

—Necesito todos los nacimientos registrados en Basurto entre 1980 y 1991 con ese nombre.

—Ya lo estoy haciendo. Te lo mando esta tarde. —Amaia hizo una pausa—. Son muchos.

—Filtra por fallecimientos infantiles.

Amaia la miró con expresión que no era exactamente aprobación pero tampoco desaprobación. Solo reconocimiento.

—Lo haré.

La biblioteca del Instituto Vasco de Memoria ocupaba la tercera planta de un edificio de oficinas en el Casco Viejo, entre una asesoría fiscal y una tienda de artículos religiosos que llevaba cerrada tres años. Nerea llegó a las 14:20, después de comerse un bocadillo de tortilla en el coche sin registrar el sabor. El ascensor olía a humedad y papel viejo.

Josune Garicano, la archivera, era una mujer de cincuenta y pocos años con el tipo de mirada que veía la historia como asunto personal. Había estado esperándola en la sala de consulta con cinco cajas de archivo ya preparadas sobre la mesa.

—Obra completa de Iñaki Mendoza —dijo, señalando las cajas —. Seis libros publicados entre 1989 y 2018. Tres artículos académicos. Dos prólogos para obras de otros autores. Todo relacionado con historia urbana de Bilbao.

Nerea abrió la primera caja. *Historia del Ensanche: De la Villa Medieval a la Ciudad Moderna (1876-1936).* Tapa dura, cuatrocientas páginas, profusamente ilustrado. Hojeó el índice: capítulos sobre

arquitectura, demografía, desarrollo industrial, comercio. Nada sobre política. Nada sobre guerra.

—¿Los conocía personalmente?

—Coincidimos en algunos congresos. Era un buen historiador. Meticuloso. Riguroso con las fuentes. —Josune hizo una pausa—. Selectivo con los temas.

—¿Qué tan selectivo?

La archivera abrió el segundo libro. *Bilbao en Guerra y Posguerra: Reconstrucción Urbana (1936-1950).* Pasó páginas hasta llegar al capítulo cuatro: "La Recuperación Económica." Diez páginas sobre la restauración de infraestructuras. Siete sobre la reapertura del puerto. Ninguna sobre los miles de detenidos. Ninguna sobre las ejecuciones en el cementerio de Derio.

—Hay una nota al pie aquí —señaló Josune—. Página 127. Dice: "Los eventos políticos del período exceden el alcance de este estudio, centrado en desarrollo urbano."

—¿Y eso es académicamente aceptable?

—Es académicamente cobarde. —Josune cerró el libro—. Otros historiadores han documentado la represión extensivamente. Lourdes Eskisabel, Mikel Rodríguez Llopis, el proyecto de Gogora... Existe abundante trabajo serio sobre el tema. Mendoza eligió no hacerlo. No porque faltaran fuentes sino porque no quería incomodar.

Nerea sacó su libreta.

—¿Hubo críticas públicas?

—Algunas. Reseñas en revistas especializadas. Nada virulento. El ambiente académico vasco es pequeño. La gente prefiere no quemar puentes. —Hizo una pausa—. Pero hubo una polémica en 2009.

—¿Qué pasó?

Josune sacó un archivo de recortes de prensa de la última caja. Fotocopias de artículos del *Diario Vasco*, *El Correo*, *Gara*. La mayoría fechados en septiembre y octubre de 2009.

—Un grupo de familiares de desaparecidos presentó una demanda formal solicitando la apertura de fosas comunes en varios municipios de Bizkaia. Durante el proceso judicial, Mendoza fue citado como experto en historia local. Su testimonio fue... problemático.

Nerea leyó el artículo marcado con post-it amarillo. *Historiador cuestiona "utilidad" de exhumaciones. Mendoza declara que "remover el pasado puede ser más divisivo que sanador."*

—Imagino que eso no sentó bien.

—Recibió amenazas. Nada específico, mayormente cartas anónimas. La universidad le asignó seguridad durante un mes. Luego todo se calmó. Las demandas se archivaron por trabas administrativas. Mendoza siguió publicando. —Josune cerró el archivo—. Y ahora está muerto en una fosa que alguien excavó específicamente para él.

No había ironía en su voz. Solo constatación de hechos.

Nerea pasó las siguientes dos horas revisando los libros metódicamente. Tomó fotos de índices, bibliografías, notas al pie. Anotó las omisiones tanto como las inclusiones. Cuando terminó, tenía una imagen clara: Mendoza había construido una carrera documentando la historia de Bilbao mientras borraba sistemáticamente todo lo que pudiera resultar políticamente incómodo.

No era el único historiador que lo hacía. Pero alguien había decidido que merecía morir por ello.

—¿Sabe si conservaba archivos personales? —preguntó a Josune—. ¿Correspondencia, borradores, algo así?

—Su despacho en la Universidad del País Vasco debe tener material. Aunque está retirado desde 2019. —Josune dudó—. Pero

su viuda podría saber más.

Arantxa Mendoza vivía en un piso de Abando, cuarta planta de un edificio de 1920 con ascensor añadido en los setenta. Abrió la puerta con los ojos hinchados y la ropa arrugada de quien ha dormido vestida. El hijo mayor —Gorka, treinta y ocho años, dentista — estaba sentado en el sofá del salón con gesto de no saber qué hacer con sus manos.

Nerea rechazó el café que le ofrecieron y fue directa al punto.

—Necesito saber si su marido había recibido amenazas recientemente. Cartas, llamadas, correos electrónicos. Cualquier cosa fuera de lo normal.

Arantxa se sentó en el borde de una silla tapizada de verde oscuro, con las manos entrelazadas sobre el regazo.

—Estaba nervioso. Los últimos dos meses. No dormía bien. Se levantaba a las tres, las cuatro de la madrugada. Decía que no era nada. Que tenía mucho trabajo.

—¿Pero no tenía trabajo? Estaba retirado.

—Sí. Pero siempre estaba con algo. Un artículo. Una conferencia. —La voz se le quebró ligeramente—. Pensé que era la edad. Los hombres de su generación no hablan de estas cosas.

—¿Mencionó haber recibido algún tipo de contacto extraño?

El hijo intercambió una mirada con su madre.

—Hace dos meses recibió una carta —dijo Gorka—. Me la enseñó. Una hoja blanca, escrita a ordenador. Decía algo como "La verdad no prescribe." Nada más. Sin firma.

—¿Qué hizo con ella?

—La quemó. —Arantxa se llevó una mano a la boca—. Yo le dije que la guardara, que fuera a la policía. Pero él dijo que era una tontería. Que probablemente era de algún chalado de esos grupos de memoria histórica que no tenían nada mejor que hacer.

Nerea anotó mentalmente la frase exacta. *La verdad no prescribe.* Legal. Casi jurídica.

—¿Algo más? ¿Llamadas telefónicas?

—No lo sé. Tal vez. —Arantxa se secó los ojos con un pañuelo arrugado—. Pero no me lo dijo. Iñaki no... no hablaba mucho de lo que le preocupaba.

—Necesito acceso a su despacho. Su ordenador, sus archivos.

Gorka asintió y los condujo por un pasillo estrecho hasta una habitación que daba al patio interior. El despacho de Mendoza era exactamente lo que Nerea esperaba: estanterías del suelo al techo cargadas de libros, mesa de trabajo con ordenador, archivadores metálicos. Todo ordenado con precisión obsesiva.

—¿Puedo? —señaló el ordenador.

—Adelante.

El ordenador ni siquiera tenía contraseña. Se abrió directamente al escritorio, que mostraba carpetas etiquetadas meticulosamente: *Proyecto 2024*, *Correspondencia*, *Artículos pendientes*, *Facturas*. Nerea abrió la carpeta de correo electrónico guardado localmente.

La mayoría eran intercambios académicos. Consultas de estudiantes. Spam. Pero había uno, recibido tres días antes de su muerte, que no tenía asunto y venía de una dirección obviamente falsa: memoria1936@protonmail.com.

Lo abrió. No había texto. Solo un archivo de audio adjunto.

—¿Puedo llevármelo? —preguntó a Gorka—. El ordenador completo. Se lo devolveremos.

—Sí. Por supuesto. Lo que necesite.

Mientras Gorka desconectaba los cables, Nerea examinó los estantes. Encontró lo que buscaba en el tercer archivador: una carpeta etiquetada *Polémica 2009*. Dentro había recortes de prensa, copias de su testimonio judicial, y una docena de cartas. Las leyó

rápidamente. Amenazas, sí, pero vagas. *Cómplice del olvido. Traidor a la memoria. Algún día pagarás.* Todas anónimas. Todas archivadas y aparentemente olvidadas.

En el fondo de la carpeta había una fotografía. En blanco y negro, pequeña, de tipo documental. Un hombre de unos treinta años miraba a la cámara con expresión seria. En el reverso, escrito a lápiz: *Joseba Mendoza Arana. Detenido 28/11/1937.*

El abuelo. El mismo que había visto en la fosa.

Nerea sintió algo frío en el estómago. Mendoza sabía. Había conocido la historia real de su abuelo y aun así había elegido el silencio.

Guardó la fotografía en una bolsa de evidencias.

De vuelta en comisaría, encerrada en una sala de escucha con auriculares y un vaso de agua que no iba a beber, Nerea reprodujo el archivo de audio.

Tres segundos de silencio. Luego la voz.

Era masculina, de registro medio, pero había algo artificial en ella. Las vocales sonaban ligeramente alargadas, como si hubieran sido procesadas con software de distorsión. Las consonantes eran demasiado precisas. El acento era vasco neutro, sin rasgos distintivos de ningún barrio específico.

—Te dieron un título. Historiador. Te lo ganaste con años de estudio, publicaciones, conferencias. Respetable. Necesario. La sociedad necesita historiadores. Pero la historia requiere verdad. Requiere honestidad. Coraje para mirar lo que otros prefieren olvidar. Tú elegiste el camino más fácil. Documentaste la amnesia colectiva. Escribiste seis libros sobre Bilbao y en ninguno mencionaste lo que pasó realmente entre 1936 y 1975. Cuarenta años de silencio convertidos en cuatrocientas páginas de arquitectura, comercio, progreso industrial. Como si los edificios se construyeran solos. Como si nadie hubiera desaparecido en las calles que describes con tanto detalle.

La voz hizo una pausa. Nerea pudo escuchar el leve ruido de fondo, un zumbido eléctrico casi imperceptible que sugería grabación en espacio cerrado.

—Llamaste a eso reconciliación. Lo justificaste en entrevistas. "No podemos vivir en el pasado. Es hora de mirar hacia adelante. La historia debe ser constructiva, no divisiva." ¿Te acuerdas de esas frases? Las repetiste tantas veces que probablemente te las creíste. Yo lo llamo complicidad. El primer silencio es el de la memoria. Y tú fuiste su guardián más fiel. La historia es testigo, Iñaki. Y la tierra no olvida.

Clic. Fin de la grabación.

Nerea la reprodujo tres veces más. Tomó notas: *Distorsión profesional. Conoce publicaciones de Mendoza en detalle. Usa lenguaje formal, educado. "La historia es testigo" —frase específica. "El primer silencio" —¿implica que hay más?*

Llamó al técnico de audio.

—Necesito análisis completo. Tipo de software usado, posible edad del hablante, cualquier ruido de fondo identificable.

—Te lo tengo para mañana por la mañana.

No era suficientemente rápido, pero tendría que servir.

La reunión de equipo comenzó a las 18:00 en la sala de conferencias del tercer piso. Garai presidía, con Nerea a su derecha, Urtzi al otro lado. Tres agentes más del equipo de homicidios. Y Mikel Uribe, sentado discretamente al final de la mesa con una libreta abierta pero sin escribir nada.

Garai fue directo.

—Estado de la investigación. Agirre.

Nerea presentó los hallazgos metódicamente: el perfil de Mendoza, las omisiones documentadas en su obra, la polémica de 2009, la carta amenazante, el archivo de audio. Proyectó en la

pantalla de la sala el mensaje tallado en el pecho de la víctima y las fotografías de los desaparecidos.

—El patrón es claro —concluyó—. Esto es un castigo ideológico. El asesino cree que Mendoza cometió un crimen moral al omitir la represión franquista de sus trabajos históricos. La ejecución fue diseñada para forzarlo a enfrentarse con lo que calló.

—¿Sospechosos? —preguntó Garai.

—Demasiado amplios. Cualquiera con conexión a víctimas de la represión. Cualquiera con sensibilidad sobre memoria histórica. Estamos hablando de miles de personas potenciales.

—Entonces necesitamos estrechar el cerco. ¿Capacidades técnicas?

—Planificación extensa. Meses, probablemente. Acceso a archivos históricos. Conocimiento de excavación. Capacidad de sedar y transportar a la víctima sin ser visto. —Nerea hizo una pausa—. Y algo más. La grabación. No es una distorsión amateur. Es profesional.

Uribe levantó la mano ligeramente. Garai asintió.

—¿Puedo escucharla?

Nerea reprodujo el audio. Uribe escuchó con los ojos cerrados, concentrado. Cuando terminó, permaneció en silencio durante casi medio minuto antes de hablar.

—El nivel de control es notable —dijo finalmente—. No hay rabia en la voz. No hay satisfacción. Es casi... pedagógico. Como un profesor corrigiendo un error. Esto no es venganza emocional. Es corrección moral.

—¿Perfil? —preguntó Garai.

—Hombre, cuarenta y cinco a sesenta años. Educación superior. Probablemente con formación académica o experiencia en campos que requieren precisión: medicina, ingeniería, investigación.

Tiene código moral rígido y cree genuinamente que está haciendo algo necesario. No es un psicópata. Es un justiciero.

—¿Volverá a matar?

Uribe abrió las manos en gesto ambiguo.

—La frase "el primer silencio" sugiere que hay más en su lista. Si tiene una taxonomía de silencios que cree que deben ser corregidos, entonces sí. Esto es un principio.

El silencio que siguió fue pesado.

Garai cerró la reunión con asignaciones de tareas: Urtzi investigaría asociaciones de memoria histórica, otros dos agentes revisarían amenazas previas a Mendoza, un tercero haría seguimiento forense. A Nerea le tocó coordinar y seguir el rastro de la pulsera.

Cuando los demás se levantaron para salir, Uribe se acercó a ella.

—La pulsera —dijo en voz baja—. ¿Has encontrado algo?

—Todavía no. ¿Por qué?

—Porque sigue sin encajar. Todo lo demás es simbólico, público. Fotografías históricas, mensaje tallado, víctima elegida por sus actos públicos. Pero una pulsera infantil de hace décadas... Eso es privado. Personal. Como si fuera un recordatorio. No para nosotros. Para él mismo.

Nerea consideró esto.

—¿Un talismán?

—O un ancla. Algo que lo mantiene conectado a su motivación original. —Uribe se ajustó las gafas—. Sea quien sea ese Iker, es importante para el asesino. Tal vez más importante que las víctimas mismas.

Salió de comisaría a las 23:15, bajo una lluvia fina que no llegaba a calar pero sí a irritar. El tráfico en Gran Vía era escaso.

Semáforos en rojo que cambiaban sin que nadie los aprovechara. Escaparates de tiendas cerradas reflejando luces de neón difusas.

Condujo por la ruta más larga a casa, sin pensar conscientemente en por qué. Pasó por Abando, luego giró hacia Indautxu. Las calles le resultaban tan familiares que podría haberlas recorrido con los ojos cerrados. Había crecido aquí. Instituto. Primeros trabajos. El piso que había compartido con su ex-marido antes de que todo se derrumbara.

Pasó por delante del colegio San Ignacio sin darse cuenta hasta que estaba justo enfrente.

Frenó.

El edificio llevaba cerrado desde 2003, según recordaba vagamente haber leído en alguna parte. Cuatro plantas de piedra gris oscurecida por décadas de lluvia industrial. Ventanas tapiadas con tablones de madera. Verja metálica rodeando el perímetro con carteles de "Propiedad privada" y "Prohibido el paso."

No sabía por qué había parado. No había nada especial en ese edificio. Era solo un colegio abandonado entre docenas en una ciudad que no sabía qué hacer con su arquitectura escolar obsoleta.

Pero mientras lo miraba, sintió algo. No exactamente un recuerdo. Más bien la sombra de un recuerdo. Uniforme azul y blanco. Patio de baldosas grises. El olor específico de tiza y cera de suelo que tienen todos los colegios antiguos.

Había estudiado ahí. Lo sabía de manera abstracta, como dato archivado. 1984 a 1990. Primaria completa. Luego el colegio cerró su sección de primaria y ella se trasladó a otro sitio para secundaria.

¿Por qué no lo recordaba mejor?

La lluvia golpeaba el parabrisas con ritmo irregular. Nerea miró el edificio durante dos minutos completos sin pensar en nada específico. Luego arrancó y siguió hacia casa.

Lobo la recibió con indiferencia calculada, como solo los gatos saben hacer. Lo alimentó, se duchó, se preparó una infusión que no se bebió. Se metió en la cama a medianoche.

A las 02:47 seguía despierta, mirando el techo, con el móvil en la mano abierto en la foto de la pulsera azul.

Iker.

¿Por qué le sonaba ese nombre?

¿Por qué el colegio San Ignacio le había provocado esa sensación de vértigo breve?

Se giró de costado, cerró los ojos, intentó vaciar la mente.

El sueño no llegó hasta las 04:20, y cuando llegó fue fragmentado, lleno de pasillos largos y puertas que no podía abrir.

CAPÍTULO 4

EL SEGUNDO SILENCIO

Capilla Abandonada Virgen De Begoña / Comisaría
Nerea Agirre

La llamada llegó a las 06:23 de la madrugada, cuando Nerea llevaba despierta desde las 04:40 mirando el móvil sin decidirse a levantarse. Urtzi, con voz tensa que intentaba sonar profesional:

—Tenemos otra.

No hizo falta preguntar otra qué.

La capilla de la Virgen de Begoña llevaba cerrada al culto desde 2011, cuando la diócesis la declaró estructuralmente insegura y demasiado costosa de reparar. Estaba en el barrio de San Francisco, entre edificios de pisos de los setenta, invisible excepto para quien supiera dónde mirar. Nerea había pasado por delante cientos de veces sin registrarla conscientemente: una construcción pequeña de piedra gris con tejado a dos aguas, puerta tapiada con tablones, ventanas emplomadas cubiertas de mugre.

Ahora había tres coches patrulla bloqueando la calle estrecha, el perímetro acordonado, y un vagabundo sentado en el bordillo con una manta térmica sobre los hombros hablando con un agente uniforme. El hombre temblaba pese a la manta, con esa clase de temblor que no viene del frío.

Nerea aparcó detrás de la ambulancia. El cielo empezaba a aclarar con esa luz sucia del amanecer urbano, todo grises y azules apagados. Olía a basura de los contenedores cercanos y a humedad antigua.

Urtzi la esperaba junto a la entrada lateral de la capilla, donde alguien había forzado el candado recientemente. No esa noche. Días antes, calculó Nerea al ver el óxido en el metal cortado. Preparación.

—El sintecho entró buscando un lugar seco para pasar la noche —dijo Urtzi sin preámbulo—. Vio luz dentro. Pensó que eran otros ocupas y decidió compartir espacio. —Hizo una pausa—. No eran ocupas.

—¿Identificación de la víctima?

—Documentación en el bolso. Edurne Arrizabalaga, setenta y dos años. Monja. O ex monja. No estoy seguro de cómo funciona eso.

Nerea se puso los guantes de látex y las calzas. El interior de la capilla estaba a oscuras excepto por las linternas de la científica. Alguien había colocado focos portátiles alrededor del altar, creando sombras duras que hacían el espacio más pequeño de lo que probablemente era. Olía a piedra húmeda, a madera podrida, y a algo más. Algo orgánico y dulzón que Nerea conocía bien.

El bautisterio estaba a la izquierda del altar, cinco escalones hacia abajo en lo que había sido una pequeña capilla lateral. Era de mármol gris veteado, octogonal, del tamaño de una bañera profunda. Alguien lo había llenado de agua. Y dentro del agua, vestida con hábito completo de monja, estaba el cuerpo de Edurne Arrizabalaga.

Flotaba boca arriba justo bajo la superficie, con los brazos extendidos a los lados como en crucifixión. El hábito negro se había inflado ligeramente, creando la ilusión de que la mujer estaba suspendida en algo más denso que el agua. Los ojos estaban abiertos, mirando el techo abovedado donde habían pintado frescos de ángeles que ahora se desprendían en placas de yeso. La

expresión del rostro era de terror absoluto, la boca entreabierta como si hubiera intentado gritar bajo el agua.

Pero no era eso lo que hacía difícil mirar.

Flotando en el agua junto al cuerpo había pulseras. Docenas de ellas. Pequeñas, de plástico, del tipo que se pone a los recién nacidos en hospitales. Blancas, rosas, azules. Algunas todavía tenían nombres escritos con rotulador permanente. La mayoría estaba en blanco, las letras borradas por el tiempo o por el agua.

Nerea contó rápidamente. Veintitrés.

Se agachó junto al bautisterio, con cuidado de no tocar nada. Una de las pulseras había quedado atrapada entre los dedos de la monja, como si la hubiera estado agarrando cuando murió. Azul. Con algo escrito que no alcanzaba a leer desde ese ángulo.

Lekerika estaba tomando la temperatura del agua con un termómetro digital. Levantó la vista al escuchar los pasos de Nerea.

—Ahogamiento —dijo—. Pero sedada primero. Las mismas benzodiacepinas que Mendoza. Suficiente para desorientar pero no para inconscientar completamente. Quería que estuviera consciente cuando pasó.

—¿Cuándo?

—Entre seis y ocho horas. Digamos que entre once de la noche y una de la madrugada.

Nerea observó el agua. Estaba limpia, no turbia. Alguien había llenado el bautisterio con agua fresca, probablemente de alguna fuente cercana. Había manguera en el suelo, enrollada pulcramente junto a la pared.

—¿El hábito es suyo?

—Eso parece. Lleva cosido el nombre en la etiqueta interior. —Lekerika señaló hacia el pecho de la monja—. Pero esto no.

Nerea se inclinó más. El hábito estaba rasgado a la altura del esternón, la tela negra cortada con precisión quirúrgica. Y cosido

directamente sobre la tela, con puntadas pequeñas y uniformes, había un mensaje bordado en hilo blanco:

PROMETISTE PROTEGERLOS

El hilo era quirúrgico. Las puntadas, perfectamente espaciadas. Cuarenta y ocho en total, doce letras, cuatro puntadas por letra. Nerea había visto ese tipo de trabajo antes, en autopsias donde se mostraban técnicas de sutura médica.

—¿Las pulseras estaban en el agua cuando la encontraron?

—Sí. Flotando. El sintecho dice que había velas encendidas alrededor del bautisterio. Se consumieron hace horas.

Nerea miró alrededor. Vio los restos: veintitrés velas votivas en vasos de cristal, colocadas en círculo perfecto alrededor del bautisterio. Todas consumidas hasta el final. Calculó: seis horas de combustión, quizás siete.

Alguien había estado aquí mientras la monja se ahogaba. Observando. Esperando.

Se incorporó y subió los escalones de vuelta al altar principal. Necesitaba distancia. Necesitaba procesar. Pero entonces vio el crucifijo.

Era grande, de madera oscurecida por siglos de humo de velas. Estaba colgado sobre el altar en un soporte de hierro forjado. Y de uno de los brazos de la cruz, atado con cordel fino, colgaba otra pulsera infantil.

Esta era azul. Más vieja que las que flotaban en el agua. El plástico estaba decolorado, agrietado por los años. Nerea no necesitó acercarse para saber qué decía.

IKER

La misma letra cuidadosa. El mismo rotulador negro. La misma pulsera que habían encontrado en la fosa de Mendoza.

O una idéntica.

Sintió algo frío recorrerle la espalda. No era miedo exactamente. Era reconocimiento de patrón. De intención. Esto no era coincidencia. Esto era firma.

—Segunda escena, segunda pulsera —dijo una voz detrás de ella.

Nerea se giró. Mikel Uribe acababa de entrar, con el maletín negro de médico forense que usaban los consultores. Vestía pantalones oscuros, camisa azul claro bajo chaqueta de tweed. Parecía recién duchado, perfectamente despierto pese a la hora.

—¿Lo han llamado?

—Garai me pidió que viniera. Quería confirmación de que es el mismo autor. —Se acercó al bautisterio, observó la escena sin expresión—. Es él. Mismo nivel de control. Mismo simbolismo teatral. Mismo mensaje moral.

Bajó los escalones con cuidado, se arrodilló junto al agua. Estudió las pulseras flotantes durante un largo momento. Nerea lo observó desde arriba. Había algo en la manera en que miraba la escena. No con horror ni con lástima. Con algo más parecido a... ¿concentración analítica? ¿Apreciación técnica?

No. Estaba siendo injusta. Los forenses entrenados aprendían a distanciarse emocionalmente. Era necesario para hacer el trabajo.

Pero entonces Uribe extendió la mano hacia una de las pulseras que flotaba cerca del borde, como si fuera a tocarla. Sus dedos se detuvieron a un centímetro de la superficie del agua. Nerea vio cómo se tensaban ligeramente, cómo el pulgar rozaba el índice en un gesto que parecía casi... reverente.

Luego retiró la mano, se incorporó, y la expresión neutral volvió a su rostro.

—Las pulseras son el elemento clave —dijo, subiendo los escalones—. No solo decoración. Son acusación específica. Cada una representa un bebé. Un niño que debió ser protegido y no lo fue.

—Bebés robados —dijo Nerea.

—Probablemente. —Uribe se acercó al crucifijo, observó la pulsera azul sin intentar tocarla—. Pero esta es diferente. Esta no es parte del número simbólico. Es personal. Como en la escena de Mendoza.

—¿Iker es el asesino?

—O alguien importante para él. Alguien que conecta todos estos silencios. —Hizo una pausa—. Necesitarás investigar quién era.

Nerea ya había llegado a la misma conclusión, pero escucharlo verbalizado le dio peso diferente. Dos escenas. Dos pulseras idénticas. Un nombre que resonaba en su cabeza de manera que no sabía explicar.

Miró a Uribe. Él estaba observando las velas consumidas con expresión pensativa.

—Dijo algo antes —le recordó Nerea—. En la reunión. Que esto se sentía como un principio.

—Y lo mantengo. El asesino está rompiendo silencios. —Énfasis leve en el plural—. Uno por uno. Mendoza fue el silencio de la memoria. Esto... —señaló el bautisterio— ...es el silencio de la infancia. De la protección que se prometió y no se cumplió.

Nerea anotó mentalmente la frase. *Rompiendo silencios.* Como si fueran categorías. Una taxonomía.

—¿Cuántos silencios cree que hay en su lista?

Uribe la miró directamente entonces. Sus ojos grises tenían esa cualidad de estar procesando información en múltiples niveles simultáneamente.

—No lo sé. Pero alguien que construye esto... —gesticuló abarcando toda la escena— ...no se detiene hasta completar lo que empezó.

La identificación completa de Edurne Arrizabalaga llegó a las 09:30, después de tres horas de trabajo intenso del equipo. Nerea la

leyó en su despacho con el quinto café del día, que estaba tan frío que ya no sabía si era de hoy o de ayer.

Edurne Arrizabalaga Etxebarria. Nacida en Leioa en 1953. Ingresó en la orden de las Hijas de la Caridad en 1971. Trabajó en varios orfanatos y centros de acogida en Bizkaia entre 1975 y 1994. Directora del orfanato Nuestra Señora del Carmen en Sestao de 1978 a 1994. Retirada del servicio activo en 1995. Vivía sola en un piso de protección oficial en Bilbao la Vieja desde 2003.

Urtzi entró sin llamar, que significaba que había encontrado algo.

—El orfanato Nuestra Señora del Carmen está en el centro del escándalo de bebés robados de Euskadi —dijo, dejando una carpeta sobre la mesa de Nerea—. Entre 1978 y 1992, al menos treinta y cuatro familias denunciaron adopciones irregulares. Madres solteras a las que les dijeron que sus bebés habían nacido muertos. Certificados de defunción falsos. Niños adoptados por familias acomodadas sin seguir procedimientos legales.

Nerea abrió la carpeta. Fotocopias de denuncias, recortes de prensa, documentos judiciales.

—¿Y Arrizabalaga?

—Mencionada en dieciséis denuncias. Testigos dijeron que ella era quien informaba a las madres de las "muertes." Que firmaba los papeles. Que coordinaba con el médico que hacía los certificados falsos. —Urtzi se sentó—. Hubo investigación en 2018. Cinco familias consiguieron reabrir sus casos. La fiscal pedía cargos.

—¿Qué pasó?

—Archivado en 2019 por falta de pruebas concluyentes. Los documentos originales habían desaparecido. Los testigos clave habían muerto. El médico que firmaba los certificados había fallecido en 2005. No podían probar nada que sostuviera en juicio.

Nerea pasó páginas. Vio fotografías de mujeres mayores sosteniendo fotos antiguas de bebés. Testimonios escritos a mano.

Súplicas.

—¿Arrizabalaga declaró?

—Se acogió al derecho a no declarar. Su abogado argumentó que era una anciana enferma, que había dedicado su vida al servicio, que las acusaciones eran infundadas. —Urtzi hizo una pausa —. El caso se cerró tres meses después.

Veintitrés pulseras flotando en el agua. Veintitrés acusaciones silenciosas.

—Necesito hablar con las familias que denunciaron.

—Ya tengo la lista.

Mientras Urtzi salía, Nerea se quedó mirando una fotografía en particular. Una mujer de unos sesenta años, rostro marcado por décadas de dolor sin resolver, sosteniendo la foto de un bebé. En el reverso alguien había escrito: *María Josefa Ruiz. Hija nacida 12/03/1984. Declarada muerta por Sor Edurne. Nunca vio el cuerpo.*

Nerea cerró la carpeta y miró por la ventana. Bilbao se extendía bajo un cielo encapotado que amenazaba lluvia sin decidirse a descargarla.

Dos víctimas. Dos silencios. Dos pulseras con el nombre Iker.

¿Quién era ese niño?

La autopsia formal de Edurne Arrizabalaga comenzó a las 14:00. Nerea asistió, igual que Mikel Uribe. Lekerika trabajaba con su eficiencia habitual, dictando hallazgos a la grabadora mientras sus manos se movían con precisión de décadas.

—Mujer de setenta y dos años. Causa de muerte: ahogamiento por inmersión. Agua en pulmones consistente con inhalación activa. Presencia de benzodiacepinas en sangre, concentración similar a caso anterior. Víctima estaba consciente pero desorientada durante proceso. —Hizo una pausa mientras examinaba las manos—. Abrasiones leves en palmas y dedos. Intentó agarrarse al borde del bautisterio. No tuvo fuerza suficiente.

Nerea tomó notas mecánicamente. No miraba el cuerpo más de lo necesario. No por debilidad —había visto demasiadas autopsias para que le afectaran— sino porque necesitaba mantener distancia analítica.

—El mensaje cosido fue realizado post-mortem —continuó Lekerika—. Hilo quirúrgico de sutura, calibre 3-0. Técnica correcta. Quien lo hizo tiene conocimientos médicos o paramédicos.

Mikel se acercó para examinar las puntadas más de cerca. Sacó una lupa pequeña del bolsillo de su chaqueta.

—Son puntadas de colchonero —dijo—. Técnica específica para cerrar heridas profundas. No la enseñan en cursos básicos de primeros auxilios. Esto requiere formación.

—¿Médico? —preguntó Nerea.

—O enfermero. Paramédico. Veterinario, incluso. Cualquiera con entrenamiento quirúrgico formal.

Nerea añadió eso a su perfil mental del asesino. Educación. Precisión. Paciencia. Acceso a material médico.

Cuando terminó la autopsia, Mikel la acompañó hasta el aparcamiento. Había empezado a llover, una llovizna fina que hacía brillar el asfalto.

—Las pulseras te afectaron —dijo Uribe sin preámbulo—. En la capilla. Te vi salir.

Nerea se detuvo junto a su coche. No había salido exactamente. Había necesitado aire. Había vomitado discretamente detrás de un contenedor. Pero no iba a admitirlo.

—La escena era brutal.

—Lo era. Pero hay diferencia entre horror profesional y reacción personal. —La miró con atención clínica—. ¿Estás durmiendo?

—Suficiente.

—No parece.

Nerea abrió la puerta del coche. No tenía energía para esta conversación.

—Estoy bien, doctor. Gracias por su preocupación.

Uribe asintió, pero no se movió.

—Si necesitas hablar. O si las escenas empiezan a... filtrarse. Tengo consulta en Basurto. Mi puerta está abierta.

—Lo tendré en cuenta.

Condujo de vuelta a comisaría con la calefacción al máximo, intentando quitarse el frío que se le había metido en los huesos. No era frío físico. Era otra cosa.

Las pulseras flotando en el agua.

Veintitrés bebés que nunca llegaron a sus madres.

Y entre ellas, atrapada entre los dedos muertos de la monja, una pulsera azul con un nombre que no debería provocarle nada y sin embargo le provocaba todo.

Iker.

Aparcó en el garaje subterráneo de comisaría y se quedó sentada en el coche con el motor apagado durante cinco minutos completos. Respiró despacio. Contó hasta diez en euskera. *Bat, bi, hiru, lau.*

No sirvió de nada.

El flashback llegó sin aviso. Agua. No el bautisterio. Algo diferente. Más grande. Azulejos blancos en las paredes. Olor a cloro. Sonido de llanto infantil amortiguado por el eco.

Miedo.

Nerea abrió los ojos bruscamente. El garaje volvió a enfocarse. Cemento gris. Luces fluorescentes. Ninguna piscina. Ningún niño llorando.

Salió del coche, cerró con más fuerza de la necesaria, y subió a su despacho.

La reunión de emergencia comenzó a las 18:30. Toda la planta de homicidios, más Garai, más dos inspectores de la brigada de crimen organizado que Garai había decidido sumar al equipo. Y Mikel Uribe, sentado otra vez al final de la mesa con su libreta abierta.

Garai no perdió tiempo.

—Dos víctimas en cuatro días. Método diferente, mensaje diferente, pero mismo autor. ¿Confirmación forense?

Lekerika asintió.

—Misma droga. Mismo nivel de planificación. Mismo tipo de staging ritual. Es la misma persona.

—¿Conexión entre víctimas?

Nerea presentó lo que tenían: Mendoza, historiador que omitió la represión franquista. Arrizabalaga, monja vinculada a bebés robados. Ambos representaban silencios institucionales. Ambos habían evitado consecuencias legales.

—Esto es justicia vigilante —dijo uno de los inspectores de crimen organizado—. El asesino está ejecutando gente que el sistema no pudo tocar.

—O no quiso —añadió Garai.

Silencio pesado.

—Necesitamos anticipar la próxima víctima —dijo Nerea—. Si hay un patrón de silencios, necesitamos identificar qué otros casos encajan.

—¿Pulseras? —preguntó Garai—. ¿Algo sobre ese Iker?

—Amaia está cruzando nacimientos con fallecimientos. Debería tener resultados esta noche.

Mikel levantó la mano ligeramente.

—Puedo ofrecer un perfil preliminar más detallado.

Todos lo miraron. Él se levantó, fue a la pizarra blanca, tomó un marcador.

—Varón, entre cuarenta y cinco y sesenta años. Educación superior, probablemente universitaria. Formación médica o paramédica. Capacidad de planificación a largo plazo. Acceso a recursos: vehículo, material médico, tiempo. No trabaja en horarios rígidos o tiene flexibilidad laboral. —Escribió puntos mientras hablaba—. Motivación ideológica muy específica. No es psicópata. No disfruta del dolor. Lo ve como corrección necesaria. Código moral rígido. Trauma personal probable relacionado con silencio institucional.

—¿Y el tal Iker? —insistió Garai.

Mikel hizo una pausa antes de responder.

—Es la pieza central. Todo gira alrededor de ese nombre. Víctima original, quizás. Alguien que sufrió por los silencios que el asesino ahora está castigando. —Miró directamente a Nerea—. Encontrar a Iker es encontrar al asesino.

La reunión se extendió otra hora. Asignaron tareas, establecieron protocolos, coordinaron con medios. Cuando terminó, Nerea tenía lista de veinte personas para entrevistar al día siguiente: familias de bebés robados, historiadores críticos con Mendoza, activistas de memoria.

Salió de comisaría a las 22:15. Llovía con fuerza ahora. Las calles brillaban bajo las farolas naranjas.

En casa, Lobo la ignoró completamente, ofendido por treinta y seis horas de abandono. Nerea se duchó, preparó pasta que no se comió, se sentó en el sofá con el portátil.

Abrió Google.

Iker + Bilbao + 1986

Nada relevante. Artículos de periódico sin relación. Perfiles de LinkedIn. Resultados deportivos.

Iker + fallecido + Bilbao

Necrológicas varias. Ninguna que encajara.

Iker + colegio + San Ignacio

La búsqueda se cargó despacio. Dos resultados. Uno era un artículo de 2003 sobre el cierre del colegio. El otro era una referencia en un foro de antiguos alumnos, del 2015, alguien preguntando si alguien recordaba a "Iker U." de sexto curso en 1986.

No había respuestas.

Nerea miró el reloj. 02:34.

Cerró el portátil, apagó las luces, se metió en la cama.

No durmió hasta las 05:10.

Y cuando durmió, soñó con agua oscura y niños que se ahogaban mientras ella miraba sin poder moverse.

CAPÍTULO 5

LA SANGRE EN EL ESPEJO

Almacén Abandonado Zorrozaurre / Comisaría Nerea Agirre

El almacén llevaba cerrado desde 2019, cuando la última empresa de logística que lo usaba se trasladó a un polígono más moderno en Ugao. Tres plantas de ladrillo rojo industrial en la península de Zorrozaurre, entre edificios reconvertidos en lofts de diseño y solares pendientes de urbanización. La zona estaba en perpetuo estado de transformación, ese limbo entre pasado fabril y futuro residencial que dejaba edificios enteros abandonados durante años.

Nerea llegó a las 07:45, antes que la mayoría del equipo. No había dormido. A las 03:20 había dejado de intentarlo y se había duchado, había alimentado a Lobo, había salido a correr por Gran Vía desierta bajo la lluvia persistente. Siete kilómetros sin pensar en nada, solo el ritmo de sus pisadas en el asfalto mojado. Luego café negro y la llamada de Urtzi: *Zorrozaurre. Almacén Industrias Bergara. Ven ya.*

El cordón policial bloqueaba toda la manzana. Había más coches patrulla de lo habitual. Una ambulancia. El furgón de la científica. Y algo nuevo: furgonetas de televisión. ETB, Telecinco, La Sexta. Los medios habían olido sangre.

Garai estaba junto a la entrada lateral del almacén, hablando con un subinspector que tomaba notas en una tablet. Cuando vio a

Nerea, se acercó con esa expresión que significaba que las cosas iban a complicarse.

—La prensa tiene el patrón. Dos víctimas en menos de una semana, ambas con escenas ritualizadas. Están usando el término asesino en serie. —Hizo una pausa—. Y tienen razón.

—¿Cómo han filtrado los detalles?

—No lo han hecho. Pero no los necesitan. Dos escenas elaboradas son suficiente para crear narrativa. —Señaló hacia el almacén—. Esto va a ser peor.

Nerea se puso los guantes y las calzas. El interior olía a cemento húmedo y óxido. Alguien había forzado el candado de la puerta lateral días antes, igual que en la capilla. Preparación metódica.

La planta baja era espacio diáfano, columnas de hormigón sosteniendo el techo, ventanales industriales rotos dejando entrar luz gris. El cuerpo estaba en el centro exacto del espacio, iluminado por los focos portátiles de la científica.

Nerea se detuvo a tres metros de distancia.

Había visto cadáveres. Muchos. Ahogados hinchados sacados de la ría. Suicidas que llevaban semanas en pisos cerrados. Accidentes de tráfico donde la física se imponía brutalmente sobre la carne. Pero esto era diferente. Esto había sido deliberado.

Patxi Garmendia estaba en posición fetal en el suelo de cemento, con las piernas recogidas contra el pecho y los brazos cruzados sobre la cabeza como si intentara protegerse de algo que nunca se detuvo. Vestía traje de chaqueta oscuro, ahora empapado de sangre seca que había formado un charco irregular de casi dos metros de diámetro alrededor del cuerpo.

El rostro era irreconocible. La estructura ósea había cedido bajo impactos repetidos, dejando la cara convertida en masa de carne y hueso fragmentado. Los dientes visibles entre labios

reventados. Un ojo fuera de la órbita. El cráneo hundido en el lado derecho.

Pero no era eso lo que hacía la escena insoportable.

Alrededor del cuerpo, colocados en círculo perfecto, había doce espejos. De pie, apoyados en soportes improvisados. Cada uno de un metro de alto, diferentes marcos —algunos dorados barrocos, otros modernos de acero—, pero todos orientados hacia el centro. Hacia el cuerpo.

Los espejos reflejaban el cadáver desde todos los ángulos. Multiplicaban la destrucción. Hacían imposible mirar a cualquier parte sin ver el rostro destrozado repetido una docena de veces.

Nerea respiró por la boca. Contó hasta cinco. Profesionalidad.

Lekerika estaba junto al cuerpo con expresión más sombría que de costumbre. A su lado, tomando fotografías con precisión mecánica, estaba Amaia. Ninguno de los dos habló cuando Nerea se acercó.

—Cuarenta y siete golpes —dijo Lekerika finalmente—. Los conté en el examen preliminar. Cuarenta y siete impactos directos con objeto contundente, probablemente bate de béisbol o similar. Comenzó por las piernas. Rótulas destrozadas. Luego costillas. Brazos. Finalmente cráneo.

—¿Estaba consciente?

—Durante la mayor parte. Las primeras treinta lesiones no eran mortales. Dolorosas, incapacitantes, pero no letales. La muerte vino al final, cuando el agresor concentró los golpes en la cabeza.

Nerea estudió la posición del cuerpo. Fetal. Defensiva. Tratando de hacerse pequeño.

—¿Cuánto duró?

—Imposible precisar. Pero basándome en el patrón de lesiones, en la distribución de la sangre... Entre quince y veinte minutos. Tal vez más.

Veinte minutos siendo golpeado mientras los espejos te mostraban tu propia destrucción desde todos los ángulos. Veinte minutos consciente de que ibas a morir lentamente.

Nerea se obligó a mirar los espejos con atención analítica. Eran antiguos, la mayoría. El tipo de objetos que se encontraban en rastros o tiendas de segunda mano. Pero estaban limpios, bien cuidados. Alguien los había seleccionado con criterio estético.

En uno de los espejos, el más cercano a la cabeza del cadáver, había algo escrito. Nerea se acercó, con cuidado de no pisar la sangre seca.

Las palabras estaban pintadas directamente en la pared de cemento detrás del espejo, visibles en el reflejo. Letra grande, trazos irregulares. Escritas con algo líquido y oscuro que había goteado antes de secar.

ESTO ES LO QUE HICISTE

No era pintura. Era sangre. La sangre de Garmendia, calculó Nerea. Aplicada probablemente con las manos. Las huellas de dedos eran visibles en algunas letras.

—¿Mensaje tallado como en los otros? —preguntó.

Lekerika negó.

—No hay mutilación post-mortem esta vez. Solo esto. —Señaló la muñeca izquierda de Garmendia.

Atada con cordel fino, idéntica a las anteriores: pulsera azul de plástico desgastado. El nombre escrito con rotulador permanente negro.

IKER

Tercera escena. Tercera pulsera. Ya no era coincidencia. Era firma. Declaración de autoría.

Amaia se acercó con su tablet.

—Tenemos la huella.

—¿Dónde?

—Espejo número siete. —Señaló uno de los marcos dorados —. Huella dactilar parcial en el borde superior. Parece del pulgar. Clara, completa en un ochenta por ciento.

—¿La han procesado?

—Sí. —Amaia hizo una pausa que Nerea conocía bien. Significaba que los resultados no tenían sentido—. No coincide con ningún registro activo en la base de datos española. Ni con EURODAC. Ni con Interpol.

—¿Están seguros de que es legible?

—Completamente. Es una huella perfecta. El problema no es la calidad. El problema es que no existe en ningún sistema actual.

Nerea procesó esto.

—¿Archivos antiguos?

—Estamos comprobando. Los registros anteriores a 1995 están en formato físico, sin digitalizar completamente. Tardaremos días en hacer búsqueda manual.

—Háganlo.

Se apartó de la escena, necesitaba distancia. Rodeó el perímetro estudiando los espejos desde diferentes ángulos. Doce. Número específico. ¿Simbólico? ¿Religioso? Cristo y los apóstoles. O simplemente estético. Simetría perfecta.

Escuchó pasos detrás de ella. Se giró. Mikel Uribe acababa de entrar, deteniéndose en el umbral con el maletín en la mano. Sus ojos recorrieron la escena con atención profesional, pero cuando vio los espejos algo cambió en su expresión. No horror. Algo más parecido a... ¿reconocimiento?

Se acercó despacio, estudiando cada espejo. Se detuvo frente a uno de los marcos barrocos, observándolo durante largo momento. Nerea lo vio murmurar algo. No distinguió las palabras completas, pero captó dos: *perfecta simetría*.

—Doctor —lo llamó.

Él parpadeó, como saliendo de un pensamiento profundo, y se giró hacia ella.

—Inspectora. Esto es... elaborado.

—¿Esa es su evaluación profesional?

Una sonrisa mínima, sin humor.

—Mi evaluación profesional es que el asesino ha escalado significativamente. Las dos primeras víctimas murieron con relativa rapidez. Esto fue prolongado. Teatral. Quería que Garmendia viera lo que le estaba pasando. Quería que se viera.

Se agachó junto al cuerpo, examinó las lesiones sin tocar nada. Sacó su lupa pequeña, estudió el patrón de fracturas en el cráneo.

—Golpes controlados —dijo—. No hay nada aleatorio aquí. Cada impacto fue calculado para causar máximo dolor sin provocar muerte inmediata. Requiere conocimiento anatómico. Y control emocional extraordinario.

—¿Control? Esto parece rabia.

—No. Rabia es caótica. Esto es coreografía. —Señaló la distribución de sangre—. Mira. Comenzó por las piernas porque quería inmovilizarlo. Luego subió por el torso, rompiendo costillas, causando dolor acumulativo. Solo al final fue a la cabeza. Y aun entonces, no golpeó con toda su fuerza desde el principio. Fueron golpes graduales. Destrucción en capas.

Nerea sintió náusea que tragó rápidamente.

—¿Por qué los espejos?

Mikel se incorporó, caminó alrededor del círculo observando cada uno.

—Confrontación. El mensaje dice "esto es lo que hiciste." Los espejos obligan a la víctima a ver el resultado. Ver su propia

destrucción como consecuencia de sus actos. —Hizo una pausa—. Es moral. Retorcida, brutal, pero moral. El asesino está diciendo: esto es justicia.

La identificación de Patxi Garmendia no requirió mucho trabajo. Documentación en el bolsillo interior de la chaqueta. Tarjetas de visita que lo presentaban como *Director Ejecutivo, Garmendia & Asociados, Consultoría Empresarial*. Dirección en Getxo, teléfono de contacto, cuenta de LinkedIn con foto profesional que mostraba al hombre tal como había sido antes de que alguien le destrozara el rostro.

Pero fue Urtzi quien encontró lo importante.

—Acción Vasca —dijo, entrando en el despacho de Nerea con una carpeta física, el tipo que solo se usaba para casos antiguos que nunca se digitalizaron completamente—. Grupo neonazi activo en Bilbao entre 1989 y 1996. Responsables de al menos diecisiete agresiones documentadas a inmigrantes magrebíes, cuatro incendios de locutorios, dos apuñalamientos. Nunca se procesó a nadie.

Nerea abrió la carpeta. Informes policiales escritos a máquina, fotocopias de declaraciones de testigos, fotografías de víctimas golpeadas. Fechas que iban de 1990 a 1995.

—¿Garmendia está mencionado?

—No directamente. Pero mira esto. —Urtzi sacó una fotografía de grupo. Diez jóvenes en una terraza de bar, cervezas en la mesa, sonriendo a la cámara. La foto estaba fechada en 1992—. Tercero por la izquierda.

Nerea reconoció el rostro. Más joven, pelo más oscuro, pero inequívocamente Patxi Garmendia. Vestía camiseta negra con símbolo que había sido censurado en la fotocopia pero que Nerea imaginaba sin dificultad.

—Esta foto está en el expediente de Acción Vasca. Fue tomada por vigilancia policial. Pero cuando intentaron procesar a los

miembros del grupo, todos los testigos se retractaron. La evidencia física "desapareció" del archivo. El caso se cerró en 1997.

—¿Quién lo cerró?

—Juez Mendizábal. Retirado desde 2005. Vive en San Sebastián.

Nerea leyó los informes de agresiones. Eran metódicos en su brutalidad. Mohamed Taher, repartidor de pizza, golpeado con bates de béisbol en un callejón de Santutxu. Hospitalizado tres semanas. Rachid Boutahar, dueño de locutorio, apuñalado en el estómago. Sobrevivió. Fatima Zerouali, limpiadora, agredida sexualmente en portal de su edificio.

La lista continuaba.

—¿Alguna de las víctimas sigue en Bilbao?

—Mohamed Boutahar. El hijo de Rachid. Tenía seis años cuando apuñalaron a su padre. Ahora tiene treinta y cuatro. Trabaja como mecánico en Barakaldo. —Urtzi hizo una pausa—. Tiene antecedentes. Agresión en 2015. Pelea en bar. Cumplió ocho meses.

Primer sospechoso real. Motivo, oportunidad potencial, historial de violencia.

—Tráemelo.

—Ya está en sala de interrogatorios.

Mohamed Boutahar era alto, complexión fuerte de quien trabajaba con las manos. Cicatriz sobre la ceja izquierda. Tatuaje en el antebrazo derecho que decía algo en árabe que Nerea no supo leer. Vestía mono de mecánico con el nombre de un taller bordado en el pecho.

Se sentó en la sala de interrogatorios con postura relajada que no llegaba a ocultar tensión en los hombros.

—¿Sabe por qué está aquí? —preguntó Nerea.

—Porque soy moro y alguien mató a un racista. —Sin ironía. Solo constatación.

—Porque tiene motivo y medios.

—Mi padre tiene motivo. Yo tenía seis años cuando pasó. No recuerdo casi nada.

—Pero sí recuerda lo suficiente para agredir a alguien en un bar en 2015.

Boutahar se inclinó hacia adelante ligeramente.

—Ese tipo me llamó terrorista. Le partí la nariz. Cumplí mi condena. ¿Relevante?

Nerea colocó la foto de Garmendia en vida sobre la mesa.

—¿Lo conocía?

Boutahar miró la foto durante cinco segundos completos.

—No.

—¿Está seguro?

—Nunca lo había visto.

—Su padre podría haberle hablado de él.

—Mi padre no habla de esa época. Dice que pasó. Dice que Bilbao ya no es así. Dice que hay que mirar adelante. —Amargura clara en la voz.

—Pero usted no está de acuerdo.

—Yo creo que la gente que hace daño debería pagar. Pero no soy quien para cobrarlo. —Se recostó en la silla—. ¿Dónde estaba hace dos noches?

—En casa. Solo.

—¿Testigos?

—No.

—¿Cámaras en su edificio?

—No.

Conveniente. Demasiado conveniente.

Nerea pasó las siguientes dos horas presionando. Dónde estuvo cada noche de la última semana. Con quién. Haciendo qué. Boutahar mantuvo consistencia en sus respuestas pero sin coartadas sólidas. Trabajaba solo en taller pequeño. Vivía solo. No tenía pareja actual.

Cuando lo dejó ir —sin cargos, pero con orden de no abandonar la ciudad— Nerea tenía la sensación de que estaba dejando ir a alguien culpable de algo, pero no necesariamente de esto.

Sesión de perfil con Mikel a las 19:30, en su consultorio del hospital Basurto. Nerea llegó con dolor de cabeza que dos aspirinas no habían aliviado. El consultorio era pequeño, paredes color crema, estantería con libros de psiquiatría, escritorio ordenado. Foto enmarcada en la mesa: Mikel más joven con mujer morena. Ambos sonriendo. Su esposa fallecida, supuso Nerea.

—Gracias por venir —dijo Mikel, señalando la silla frente al escritorio—. Sé que es tarde.

—El asesino no respeta horarios. Nosotros tampoco podemos.

Mikel abrió su portátil, mostró la pantalla. Tenía un documento extenso con análisis de las tres escenas.

—He estado comparando las tres muertes. Hay patrón claro en la evolución.

Proyectó imágenes en una segunda pantalla: las tres escenas del crimen, una al lado de la otra.

—Mendoza: muerte relativamente rápida por asfixia. Simbólica, teatral, pero no prolongada. Arrizabalaga: ahogamiento, también rápido una vez comenzado el proceso. Garmendia: tortura extendida, violencia extrema. El asesino está escalando no solo en frecuencia sino en brutalidad.

—¿Por qué?

—Porque está acelerando hacia algo. Un final planeado. Las primeras víctimas fueron ejecuciones. Garmendia fue catarsis. El asesino necesitaba descarga emocional. Probablemente porque Garmendia lo afectó personalmente. Las otras víctimas eran simbólicas. Esta era personal.

Nerea tomó notas.

—¿Cree que conoció a Garmendia?

—O fue víctima directa de Acción Vasca. O conocía a alguien que lo fue. —Mikel hizo pausa—. El nivel de rabia controlada que se necesita para golpear a alguien cuarenta y siete veces sin perder el control hasta matarlo prematuramente... Eso requiere motivación profunda. Trauma.

—Como Boutahar.

—Posiblemente. Pero... —Mikel dudó— ...Boutahar es demasiado obvio. El asesino que estamos persiguiendo es sofisticado. Planifica meses por adelantado. Boutahar tiene antecedentes de violencia impulsiva. No encaja.

—A veces la respuesta más simple es la correcta.

—A veces. Pero no esta vez. —Mikel cerró el portátil—. Este asesino está creando tableaux morales. Cada muerte es una lección. Las pulseras, los mensajes, el staging... Todo es pedagógico. Boutahar querría venganza directa, rápida. No esto.

Nerea consideró sus palabras. Tenía sentido, pero algo en la certeza de Mikel la inquietaba ligeramente. Como si ya tuviera todas las respuestas y solo estuviera esperando que ella llegara a las mismas conclusiones.

—Las pulseras —dijo Nerea—. Amaia cruzó nacimientos y fallecimientos. Encontró diecisiete Ikers nacidos en Basurto entre 1980 y 1991. Tres murieron en infancia. Estoy investigando los tres.

Mikel no dijo nada durante un momento. Luego:

—¿Has considerado que Iker podría no haber muerto en la infancia?

—Los registros—

—Los registros oficiales. Pero si hay conexión con instituciones que ocultaban cosas... —Dejó la frase suspendida.

Nerea anotó. *Buscar Ikers adultos fallecidos. Ampliar búsqueda.*

Mikel se levantó, fue a la ventana. Fuera, Bilbao se extendía en la noche. Luces de edificios, tráfico en la distancia.

—¿Alguna vez viste algo que te marcara de niña? —preguntó sin girarse.

La pregunta la cogió desprevenida.

—¿Por qué?

—Porque este caso está afectándote. Lo veo en cómo miras las escenas. En tu insomnio. —Se giró entonces—. No es crítica. Es observación clínica.

—Estoy bien.

—No lo estás. Llevas días sin dormir adecuadamente. Probablemente sin comer bien. El caso se te está metiendo dentro. —Hizo pausa—. A veces eso pasa porque algo resuena. Porque toca algo personal que no sabemos que está ahí.

Nerea sintió incomodidad trepar por su espalda.

—No hay nada personal. Es solo un caso difícil.

Mikel asintió, pero su mirada decía que no le creía.

—Si necesitas hablar. O si los sueños se vuelven muy intensos. Mi puerta está abierta.

—Gracias.

Salió del consultorio sintiéndose expuesta de manera que no sabía explicar. Condujo a casa bajo lluvia que finalmente se decidía a

descargar con fuerza. Las calles estaban casi vacías.

En un semáforo en rojo, sacó el móvil. Abrió las fotos de evidencia. Las tres pulseras, una al lado de la otra.

IKER IKER IKER

Mismo nombre. Misma letra. Misma firma.

¿Quién era ese niño?

¿Por qué le importaba tanto al asesino?

¿Y por qué a ella le resultaba tan familiar ese nombre?

En casa, a las 02:15, Nerea estaba sentada en el suelo de su salón con el portátil abierto. Lobo dormía en el sofá, indiferente a su crisis nocturna.

Tenía abiertas en pantalla las tres escenas del crimen. Tres víctimas. Tres silencios. Tres pulseras.

Mendoza: silencio de la memoria.

Arrizabalaga: silencio de la infancia.

Garmendia: silencio de la violencia.

¿Qué seguía? ¿Cuántos silencios había en la lista del asesino?

Mikel había dicho algo en la primera reunión. *El primer silencio.* Plural implícito. Una taxonomía.

Cerró los ojos, intentó pensar como el asesino. Si tenía lista de silencios institucionales que castigar, ¿qué más encajaría?

Corrupción. Abuso de poder. Negligencia médica. Encubrimiento policial.

Demasiadas opciones. Demasiadas víctimas potenciales.

Abrió los ojos. Miró las pulseras de nuevo.

Iker.

Escribió en Google: *Iker Uribe Bilbao fallecido*

La búsqueda se cargó despacio. Varios resultados. El tercero era de un foro de antiguos alumnos del colegio San Ignacio, 2015:

¿Alguien recuerda a Iker U. de 6º en el 86? Encontré foto vieja y me acordé de él.

Nerea clickeó. El hilo tenía tres respuestas, todas vagas:

Yo también estuve ese año pero no me acuerdo mucho.

Creo que se fue antes de terminar el curso.

Pobre chaval. Qué pena.

¿Qué pena por qué?

Buscó más. Encontró referencia en artículo del Correo de 1986, archivo digitalizado:

Fallece menor en Bilbao. Iker Uribe Garay, 12 años, alumno del colegio San Ignacio, falleció el pasado día 15 en circunstancias que están siendo investigadas. La familia solicita privacidad.

Diciembre 1986. Treinta y nueve años atrás.

Nerea sintió algo frío en el estómago. Buscó más información. Registro civil. Certificado de defunción. Causa: suicidio por ahorcamiento.

Doce años. Suicidio.

Abrió nuevo documento, empezó a escribir:

Iker Uribe Garay Nacido: 1974 Fallecido: diciembre 1986, 12 años Causa: suicidio Colegio: San Ignacio

El mismo colegio donde ella había estudiado. Los mismos años.

Sintió el flashback antes de poder detenerlo. Pasillo largo. Uniforme azul y blanco. Puerta de sótano. Niño llorando. Miedo que la paraliza.

Cerró el portátil bruscamente. Respiró hondo. Una vez. Dos veces.

No podía ser coincidencia. El colegio San Ignacio. Iker Uribe. Las pulseras. Su insomnio. Los flashbacks fragmentados.

Había algo ahí. Algo enterrado que no quería recordar.

Se levantó, fue a la cocina, preparó té que no se bebió. Volvió al salón. Abrió el portátil de nuevo.

Buscó: *Iker Uribe Garay hermanos*

Nada útil.

Buscó: *Iker Uribe 1986 San Ignacio*

Un resultado. Archivo PDF escaneado de anuario escolar. Página 47. Foto de clase de 6º curso, 1985-1986.

Descargó el archivo. Amplió la imagen.

Treinta niños en tres filas. Uniforme azul y blanco. Profesor al lado. Fecha en la esquina: mayo 1986.

Buscó los rostros. Tercera fila, quinto desde la izquierda: niño delgado, pelo oscuro, expresión seria. Nombre debajo: *Iker Uribe.*

Nerea estudió el rostro. Doce años. Mirada que parecía mayor. Algo en los ojos que no sabía definir. ¿Miedo? ¿Tristeza?

Seis meses después de esa foto, ese niño se había ahorcado.

¿Por qué?

Siguió mirando la foto. Otros rostros. Algunos los reconocía vagamente. Compañeros de diferentes cursos que había visto en pasillos.

Y entonces lo vio.

Primera fila, segunda desde la derecha: niña de once años con coletas. Uniforme impecable. Expresión neutra.

El nombre debajo decía: *Nerea Agirre.*

Había estado en la misma foto que Iker Uribe.

Se levantó bruscamente, tirando el portátil al suelo. Lobo despertó sobresaltado, maulló con irritación, saltó del sofá.

Nerea fue al baño, abrió el grifo, se echó agua en la cara. Se miró en el espejo. Ojeras profundas. Piel pálida. Ojos con expresión que no reconoció.

Volvió al salón, recogió el portátil. La foto seguía en pantalla.

Ella e Iker habían coincidido en el colegio San Ignacio en 1986.

Iker se había suicidado en diciembre de ese año.

Un asesino estaba dejando pulseras con su nombre en cada escena del crimen.

Y ella no recordaba nada específico sobre ese niño. Solo fragmentos. Agua. Miedo. Puerta cerrada.

¿Qué había pasado en San Ignacio en 1986?

¿Qué había visto ella?

¿Y por qué no podía recordarlo?

Cerró el portátil. Miró el reloj: 04:47.

No iba a dormir. Lo sabía.

Se quedó sentada en el suelo, con la espalda contra el sofá, mirando la pared hasta que amaneció.

Pensando en un niño muerto hace treinta y nueve años.

Un niño cuyo nombre no podía quitarse de la cabeza.

CAPÍTULO 6

IKER

Archivo Policial Ertzaintza / Registro Civil Nerea Agirre

El archivo central de la Ertzaintza ocupaba el sótano segundo del edificio de Indautxu, tres plantas bajo tierra donde la temperatura se mantenía constante a dieciséis grados todo el año y el aire olía a papel viejo y desinfectante. Nerea bajó a las 09:30 con café que ya iba frío y la determinación de quien ha pasado la noche sin dormir pero con un objetivo claro.

Amaia había enviado el informe completo sobre las pulseras a las 07:15. Diecisiete Ikers nacidos en el Hospital Universitario de Basurto entre 1980 y 1991. De esos diecisiete, tres habían fallecido en la infancia: dos por causas médicas en los primeros meses de vida, uno a los doce años en 1986.

Iker Uribe Garay.

Nerea había pasado las últimas dos horas buscando todo lo disponible digitalmente: artículos de prensa, registros civiles, menciones en redes sociales de familiares. Casi nada. Una nota breve en *El Correo* sobre el fallecimiento. Un hilo antiguo en un foro de exalumnos. La foto del anuario escolar donde ella misma aparecía.

Ahora necesitaba el expediente policial original.

El archivero de turno era un hombre de sesenta y pocos años llamado Koldo que llevaba trabajando allí desde antes de la digitalización. Conocía el sistema de archivo físico mejor que cualquier base de datos.

—Diciembre del 86 —repitió, tecleando en un ordenador que parecía de la misma época—. Suicidio de menor. Debería estar en... —Hizo una pausa, leyendo la pantalla—. Sección D, estantería 47. Pero esos archivos no están completos. Muchos se perdieron en la inundación del 93.

—¿Tiene registro de si este caso se perdió?

—Dame cinco minutos.

Nerea esperó entre estanterías metálicas que llegaban hasta el techo. Cajas de cartón etiquetadas con años y números de caso. El sistema antiguo, anterior a la informatización completa. Algunos casos nunca se habían digitalizado. Simplemente estaban ahí, esperando que alguien los necesitara.

Koldo volvió con una caja delgada.

—Tuviste suerte. Está completo. Caso 86-2847. Uribe Garay, Iker. Menor de doce años. Muerte por ahorcamiento, dictaminada como suicidio. —Dejó la caja sobre la mesa de consulta—. Es breve. Solo dos páginas de informe.

Nerea abrió la caja. Dentro había un sobre manila, algunas fotografías en blanco y negro, y el informe mecanografiado en papel amarillento.

El informe estaba firmado por el inspector Joxe Lizarralde, retirado desde 2001 según una nota añadida a lápiz en el margen. Dos páginas exactas, como había dicho Koldo. Letra pequeña, márgenes estrechos, como si hubieran querido meter todo en el mínimo espacio posible.

Fecha: 17 de diciembre de 1986

Víctima: Iker Uribe Garay, 12 años, estudiante

Lugar: Domicilio familiar, calle Henao 34, 3º izquierda, Bilbao

Hallazgo: Madre (Miren Uribe Etxebarria, 38 años) encontró al menor en su habitación aproximadamente a las 18:45. Cuerpo suspendido de la viga del techo mediante cuerda de tender ropa. Llamó a emergencias 19:02.

Causa de muerte: Asfixia por ahorcamiento. Confirmado por Dr. Goikoetxea, médico forense.

Circunstancias: Menor presentaba historial de problemas emocionales según declaración de la madre. Tratamiento psicológico en curso. Comportamiento retraído en las últimas semanas. Madre declaró que el menor "no era feliz", que "tenía dificultades en el colegio."

Conclusión: Muerte autoinfligida. No se encontraron signos de forcejeo ni intervención de terceros. Caso cerrado 22/12/1986.

Eso era todo. Dos páginas para la muerte de un niño de doce años. Nerea las releyó, buscando lo que faltaba. No había entrevistas con profesores. No había declaraciones de compañeros de clase. No había seguimiento del tratamiento psicológico mencionado. No había nada excepto la versión de la madre y el dictamen del forense.

Las fotografías eran estándar de escena del crimen de la época: habitación pequeña, cama individual, escritorio con libros, ventana con cortinas cerradas. Y una foto del cuerpo ya en el depósito, tomada para el informe forense. Nerea la miró solo el tiempo necesario para confirmar que era coherente con ahorcamiento. No más.

Había una foto diferente en el fondo del sobre. Más personal. No era de la escena del crimen. Era una foto escolar, probablemente de la misma serie del anuario que había visto online. Iker Uribe miraba a la cámara con expresión neutra. Doce años. Pelo oscuro. Ojos que parecían demasiado viejos para su cara.

Nerea cerró el sobre. Sacó su libreta.

Preguntas: - ¿Qué tratamiento psicológico? ¿Dónde? ¿Quién? - "Dificultades en el colegio" — ¿qué tipo? - ¿Por qué tan breve la investigación? - ¿Familia paterna?

Fotografió las dos páginas del informe con su móvil. Devolvió la caja a Koldo.

—¿Necesitas algo más?

—El médico forense mencionado. Dr. Goikoetxea. ¿Sabes si sigue vivo?

Koldo tecleó.

—Fallecido en 2001. Ochenta y tres años. Causas naturales.

Otra puerta cerrada.

El Registro Civil de Bilbao estaba en un edificio institucional gris en la calle Buenos Aires, con funcionarios que trabajaban con la eficiencia monótona de quien lleva décadas procesando nacimientos, matrimonios y defunciones. Nerea presentó su identificación y la solicitud formal.

Le trajeron el acta de nacimiento de Iker Uribe Garay en menos de diez minutos. Documento oficial, sellado, fechado 15 de marzo de 1974.

Nombre: Iker Uribe Garay Sexo: Masculino Fecha de nacimiento: 15 de marzo de 1974, 03:42 Lugar: Hospital Universitario de Basurto, Bilbao Madre: Miren Uribe Etxebarria, 26 años, soltera, ocupación: administrativa Padre: No consta

Y debajo, en letra más pequeña pero perfectamente legible:

Hermano gemelo: Mikel Uribe Garay Sexo: Masculino Fecha de nacimiento: 15 de marzo de 1974, 03:51

Nerea se quedó inmóvil mirando el documento.

Hermano gemelo.

Iker tenía un hermano gemelo llamado Mikel.

Mikel Uribe.

El mismo nombre que el psiquiatra forense que estaba ayudándoles en el caso.

Pero no podía ser el mismo. Los apellidos no coincidían completamente. El Dr. Uribe que conocía nunca había mencionado un hermano fallecido. Y sobre todo, las edades no encajaban. El Dr. Uribe tenía cincuenta y un años según su perfil profesional. Iker había nacido en 1974. Sería cincuenta y uno.

Coincidencia de nombres. Tenía que serlo. Mikel no era un nombre infrecuente en Euskadi.

Aun así, anotó: *Verificar Dr. Mikel Uribe - fecha nacimiento exacta.*

Pidió el registro de adopción de Mikel Uribe Garay. La funcionaria tecleó, frunció el ceño.

—Ese registro está sellado por adopción. Necesita orden judicial para acceder.

—¿Puede decirme al menos si hay un registro?

—Hay registro de adopción formalizada en 1980. El menor fue adoptado por familia Uribe-Goenaga. Pero los detalles están protegidos. Lo siento.

Eso significaría que el hermano gemelo fue adoptado a los seis años, separado de Iker y de la madre. ¿Por qué? ¿Madre incapaz de cuidar a ambos? ¿Problemas económicos?

—¿La madre está viva?

Búsqueda rápida.

—Miren Uribe Etxebarria falleció el 4 de mayo de 2023. Bilbao. Setenta y cinco años.

Hace menos de dos años. Demasiado reciente para ser irrelevante, demasiado distante para proporcionar respuestas directas.

—¿Tuvo otros hijos?

—No constan.

Nerea salió del Registro Civil con más preguntas que respuestas. Llamó a Urtzi.

—Necesito que localices a cualquier persona que estudiara en San Ignacio en 1986. Quiero hablar con compañeros de clase de Iker Uribe. Empieza por profesores si aún quedan vivos.

—¿Algo específico que busque?

—Cualquier cosa sobre por qué un niño de doce años se suicida.

Mientras Urtzi trabajaba en eso, Nerea condujo hasta Henao 34. El edificio seguía en pie, fachada de los años setenta con balcones estrechos y pintura descascarada. Cuatro plantas. Portal con portero automático.

Subió al tercero. La puerta izquierda tenía nombre diferente en el buzón: *Familia Olabarrieta*. Llamó al timbre.

Le abrió una mujer de unos cuarenta años con un niño pequeño en brazos.

—¿Sí?

Nerea mostró su identificación.

—Inspectora Agirre, Ertzaintza. ¿Cuánto tiempo llevan viviendo aquí?

—Cuatro años. ¿Ha pasado algo?

—Investigación de antecedentes del edificio. ¿Sabe quién vivía aquí antes?

—Un señor mayor. Creo que murió y los herederos vendieron. ¿Por qué?

—Rutina. Gracias por su tiempo.

Bajó al portal. Tocó el timbre del portero. No hubo respuesta. Probó con el piso de al lado del tercero, la puerta derecha.

Esta vez abrió una mujer mayor, setenta y tantos, con bata de casa y expresión de quien esperaba a alguien diferente.

—¿Sí?

—Inspectora Agirre. ¿Lleva mucho tiempo viviendo aquí?

La mujer la estudió con desconfianza.

—Toda mi vida. ¿Qué quiere?

—¿Recuerda a la familia que vivía en el tercero izquierda? ¿Los Uribe?

Algo cambió en la expresión de la mujer. Se cerró.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—¿Los recuerda?

—La madre. Miren. Mujer sola con un niño. Nunca molestaban. —Hizo una pausa—. El niño se mató. Terrible. Pero fue hace casi cuarenta años. ¿Por qué pregunta ahora?

—Investigación en curso. ¿Recuerda algo específico sobre el niño?

—Era callado. Educado cuando lo veía en el ascensor. Siempre solo. —La mujer dudó—. Hubo algo raro ese año. La madre a veces llegaba muy tarde, el niño estaba solo muchas horas. A veces lo escuchaba llorar. Pero no era asunto mío.

—¿Llorar cuándo?

—Por las noches. A través de la pared. Mi dormitorio está junto a lo que era su habitación. —Bajó la voz—. Después de que pasó lo del niño, la madre se mudó. No la volví a ver.

—¿Sabe adónde?

—No.

Nerea le dejó su tarjeta.

—Si recuerda cualquier otro detalle, llámeme.

La mujer cerró la puerta sin responder.

De vuelta en comisaría, Urtzi tenía resultados.

—El colegio San Ignacio cerró su sección de primaria en 1990, completamente en 2003. La mayoría de profesores de esa época están muertos o en residencias. Pero encontré tres antiguos alumnos que estaban en sexto curso en el 85-86.

Dejó tres fichas sobre la mesa de Nerea.

—Este es el que más recuerda. Maite Eguren. Ahora se llama Maite Zubizarreta, casada. Vive en Getxo. Trabaja como profesora de primaria. Dijo que puede recibirte esta tarde.

Nerea cogió la ficha. Foto actual de mujer de cincuenta y uno años, sonriente en lo que parecía foto de perfil de LinkedIn.

—¿Mencionó a Iker?

—Sí. Dijo que lo recordaba bien. Que era "el niño triste."

Maite Zubizarreta vivía en un adosado en Las Arenas, con jardín pequeño y decoración que hablaba de familia joven: bicicletas en el porche, juguetes en el césped. Recibió a Nerea en el salón con té que Nerea aceptó por cortesía pero no bebió.

—Gracias por recibirme.

—Mi compañero dijo que era sobre Iker Uribe. —Maite se sentó en el borde del sofá—. No he pensado en él en años. Pero cuando escuché el nombre...

—¿Qué recuerda?

Maite miró por la ventana durante un momento, como organizando recuerdos de casi cuatro décadas.

—Era callado. Muy callado. Se sentaba al fondo de la clase, junto a la ventana. Dibujaba mucho. Dibujaba todo el tiempo, incluso durante las clases. Paisajes, pájaros, edificios. Era muy bueno.

—¿Tenía amigos?

—No muchos. Los niños pueden ser crueles con quien es diferente. Iker era... diferente. Sensible. Los otros niños lo molestaban a veces. Nada terrible, solo burlas. Pero él no se defendía. Solo se encerraba más.

—¿Recuerda algo específico de su último año? Del 86.

Maite asintió lentamente.

—Faltó mucho a clase. Semanas enteras a veces. Cuando volvía, parecía... asustado. Como si tuviera miedo de estar ahí. Una vez, en el recreo, lo vi escondido detrás del gimnasio, llorando. Le pregunté qué pasaba. Me dijo que nada. Pero tenía moratón en el brazo.

—¿Moratón?

—Sí. Le pregunté cómo se lo hizo. Dijo que se había caído. No le creí. Pero tenía once años. No sabía qué hacer.

Nerea tomaba notas rápidamente.

—¿Habló con alguien? ¿Profesores?

—No. Ahora pienso que debí hacerlo. Pero entonces... —Maite se encogió de hombros—. Era niña. No entendía las cosas como las entiendo ahora.

—¿Hubo rumores? ¿Sobre por qué faltaba tanto?

Maite bajó la voz, aunque estaban solas.

—Hubo rumores sobre un profesor. Don Fermín, creo que se llamaba. Profesor de gimnasia. Los niños decían que era raro. Que a veces se llevaba a algunos alumnos al sótano durante las clases. Que los dejaba solos con él.

El estómago de Nerea se apretó.

—¿Qué pasaba en el sótano?

—No lo sé. Eran rumores. Nadie hablaba de eso abiertamente. Pero después de que Iker... después de lo que pasó, el profesor se fue. Despedido o renunció, nunca supe bien. Y nadie volvió a hablar de ello.

—¿Recuerda el apellido del profesor?

—Salas. Don Fermín Salas. Era joven entonces. Treinta y tantos, quizás.

Nerea anotó el nombre. *Fermín Salas.*

—¿Algo más que recuerde sobre Iker?

Maite pensó.

—Una cosa. La última vez que lo vi en clase, me dio un dibujo. Lo había hecho en un papel doblado. Era un pájaro volando. Me dijo: "Para ti, porque eres amable." Dos semanas después, nos dijeron que había muerto. —Hizo pausa—. Guardé ese dibujo durante años. Hasta que me mudé para la universidad. No sé dónde está ahora.

—¿Iker tenía hermanos?

—No que yo supiera. Vivía solo con su madre.

—¿Nunca mencionó un hermano gemelo?

Maite frunció el ceño.

—¿Gemelo? No. Nunca. ¿Tenía uno?

—Es algo que estoy investigando.

Maite acompañó a Nerea hasta la puerta. Antes de salir, Nerea se giró.

—Una pregunta más. ¿Recuerda a otros niños de su clase? Específicamente, ¿una niña llamada Nerea Agirre?

Maite pensó.

—El nombre me suena. Pero no la ubico específicamente. Éramos muchos niños. —Miró a Nerea—. ¿Por qué?

—Curiosidad. Gracias por su tiempo.

En el coche, Nerea se quedó sentada durante cinco minutos sin arrancar el motor. Anotó en su libreta:

Fermín Salas - profesor gimnasia - "raro" - sótano - despedido 1986/1987 Iker - moratones - miedo - ausencias frecuentes Iker - dibujos - "niño triste"

Y debajo, con letra más temblorosa:

Yo estaba ahí. ¿Por qué no recuerdo?

Arrancó el coche y condujo de vuelta a comisaría. En un semáforo en rojo, tuvo el flashback de nuevo. Esta vez más nítido. Uniforme azul y blanco. Patio de baldosas grises. El olor a tiza y cera. Pasillo largo. Puerta de sótano. Y algo más. Una sensación. Miedo que la paralizaba. Decisión de no ver, de no saber, de alejarse.

El semáforo cambió a verde. El coche de atrás tocó la bocina. Nerea aceleró.

A las 18:30 tenía toda la información compilada en su despacho. Urtzi entró con más archivos.

—Fermín Salas Mendizábal. Profesor de educación física en San Ignacio entre 1983 y 1987. Despedido en marzo del 87. Razón oficial: "conducta inapropiada." Sin cargos penales. Se mudó a Sevilla en 1989. Murió en accidente de tráfico en 1992.

—¿Muerto?

—Completamente. Certificado de defunción verificado. Está enterrado en Sevilla.

Otro callejón sin salida.

—¿Familia?

—Hermana mayor, fallecida en 1998. Un sobrino: Aitor Salas, cuarenta y un años. Vive en Bilbao. —Urtzi hizo pausa—. Y tiene antecedentes.

—¿Qué tipo?

—Agresión en 2011. Fue despedido de un colegio donde trabajaba como conserje por "conducta inapropiada con menores." Sin cargos penales, pero suficiente para perder el trabajo.

Nerea sintió algo frío en la columna vertebral.

—¿Dónde está ahora?

—Trabaja en almacén en Barakaldo. He pedido vigilancia discreta.

—Bien. Mantenla.

Cuando Urtzi se fue, Nerea abrió el expediente completo de Iker Uribe. Lo leyó todo de nuevo, buscando conexiones. Había algo ahí. Un patrón que no terminaba de ver.

Niño de doce años se suicida. Profesor sospechoso despedido meses después. Hermano gemelo adoptado y separado. Madre muere casi cuarenta años después. Y ahora, un asesino deja pulseras con el nombre del niño en cada escena.

¿El hermano? ¿El gemelo adoptado?

Abrió búsqueda en Google: *Mikel Uribe-Goenaga psiquiatra Bilbao*

Encontró su perfil profesional en la web del hospital Basurto. Foto, currículum breve. Especialidad: psiquiatría forense. Años de experiencia. Publicaciones.

Pero no había fecha de nacimiento.

Llamó a recursos humanos del hospital.

—Necesito verificar la fecha de nacimiento del Dr. Mikel Uribe-Goenaga. Psiquiatría forense.

—¿Para qué investigación?

—Caso en curso. Puedo presentar orden judicial si es necesario.

—Un momento.

Dos minutos de espera.

—15 de marzo de 1974.

Nerea colgó el teléfono lentamente.

15 de marzo de 1974.

La misma fecha que Iker Uribe Garay.

El Dr. Mikel Uribe que estaba ayudándoles en la investigación era el hermano gemelo de Iker.

Tenía que serlo. Misma fecha de nacimiento. Nombre. Las probabilidades de coincidencia eran astronómicas.

¿Por qué no lo había mencionado? Cuando encontraron la primera pulsera. Cuando investigaron a Iker. ¿Por qué no había dicho: "Ese era mi hermano"?

A menos que...

No.

Nerea cerró el portátil bruscamente. Respiró hondo. Estaba haciendo conexiones sin evidencia. Solo porque alguien no mencionara un hermano muerto no significaba que fuera sospechoso. La gente procesaba el duelo de maneras diferentes. Especialmente duelo de cuatro décadas.

Pero la fecha de nacimiento. El nombre. La adopción.

¿Debía confrontarlo? ¿Informar a Garai?

¿Con qué exactamente? ¿Con una coincidencia de fechas y nombres? No era suficiente.

Anotó en su libreta: *Localizar a hermano de Iker — ¿sabe algo? ¿Por qué no lo mencionó?*

Su móvil sonó. Garai.

—Agirre. Reunión mañana 09:00. Tenemos que revisar lista de posibles próximas víctimas. El asesino va a matar de nuevo. Lo sabes.

—Lo sé.

—¿Algo sobre esas pulseras?

—Tengo un nombre. Iker Uribe Garay. Doce años. Suicidio en 1986. Estudiante del colegio San Ignacio. Posible víctima de abuso.

—¿Conexión con las víctimas actuales?

—Aún estoy trabajando en eso.

—Trabaja más rápido.

Colgó.

Nerea miró el reloj: 21:47. Debía ir a casa. Alimentar a Lobo. Intentar dormir. Pero sabía que no dormiría. No hasta entender qué significaba todo esto.

Abrió Google Maps. Escribió: *Colegio San Ignacio, Bilbao*

El edificio apareció en pantalla. Cuatro plantas. Cerrado. Abandonado.

Amplió la imagen. Vio el patio. Los balcones. Las ventanas tapiadas.

Y sintió algo. No recuerdo exactamente. Sino reconocimiento visceral. Había estado ahí. Conocía esos pasillos. Esas aulas.

¿Qué había pasado en ese edificio en 1986?

¿Qué había visto ella?

Y lo más importante: ¿por qué no podía recordarlo?

Cerró el portátil, recogió sus cosas, salió de la comisaría.

Condujo hacia casa pero en el último momento desvió. Se encontró manejando por calles familiares sin decidirlo conscientemente.

Se detuvo frente al colegio San Ignacio.

El edificio estaba oscuro. Vallado. Silencioso.

Pero mientras lo miraba, tuvo el flashback más claro hasta ahora.

Ella con once años. Pasillo del colegio. Ve algo. Un profesor llevándose a un niño. El niño la mira. Ojos suplicantes. Ella se congela. Tiene miedo. La puerta del sótano se cierra. Escucha algo. ¿Llanto? ¿Gritos?

Decide no decir nada.

Nunca dice nada.

Nerea abrió los ojos. Estaba temblando. Agarraba el volante con tanta fuerza que los nudillos estaban blancos.

Arrancó el coche y condujo a casa sin mirar atrás.

En su apartamento, Lobo la ignoró. Se duchó. No comió. Se metió en la cama a medianoche.

A las 02:30 seguía despierta, mirando el techo.

Pensando en un niño de doce años que había muerto hace treinta y nueve años.

Un niño que había estado en su misma clase.

Un niño que tal vez había pedido ayuda con la mirada.

Y ella había mirado hacia otro lado.

CAPÍTULO 7

LA CODICIA

Casa De Begoña Etxebarria, Getxo / Comisaría Nerea Agirre

La llamada llegó a las 06:52, mientras Nerea estaba sentada en la cocina mirando café que no se había bebido. No había dormido. Había pasado la noche alternando entre investigar a Mikel Uribe en bases de datos públicas y mirar el techo de su dormitorio. A las cinco había dejado de intentarlo y se había duchado con agua tan caliente que le dejó la piel roja.

Garai, con voz que sonaba como si él tampoco hubiera dormido: "Getxo. Las Arenas. Begoña Etxebarria. Tienes quince minutos."

No preguntó cómo sabía que era la misma persona. Cuatro cuerpos en dieciocho días creaban su propia lógica.

La casa de Begoña Etxebarria estaba en una calle residencial tranquila de Getxo, chalés adosados de los años noventa con jardines pequeños y coches alemanes en las entradas. El tipo de barrio donde los vecinos se saludaban por el nombre y las alarmas antirrobo eran más decorativas que funcionales. Ahora había cinco coches patrulla bloqueando la calle, furgón de la científica, ambulancia, y lo que era peor: tres furgonetas de televisión con periodistas que ya grababan planos generales.

Nerea aparcó a media manzana y caminó hacia el cordón policial. Un agente joven intentó detenerla hasta que vio su

identificación. La presión mediática estaba haciendo que todos estuvieran nerviosos.

Garai la esperaba en la puerta principal, con traje arrugado y expresión de quien acababa de hablar con gente que no quería escuchar.

—Los medios tienen el patrón completo —dijo sin preámbulo —. *El Correo* publicó editorial esta mañana titulado "¿Justicia o Venganza?" ETB está transmitiendo en directo desde la calle. El consejero de Interior me llamó a las seis. Quiere resultados.

—¿Qué le dijiste?

—Que estamos trabajando en ello. No le satisfizo. —Señaló hacia la casa—. Esto va a empeorar las cosas.

El interior olía a productos de limpieza caros y a algo más. Algo orgánico y dulzón que Nerea había aprendido a reconocer. El olor específico de la muerte cuando llegaba lentamente.

Begoña Etxebarria estaba en su salón, que daba a un jardín trasero bien cuidado. Sentada en una silla de comedor que alguien había trasladado al centro del espacio. Las manos atadas a los reposabrazos con cinta adhesiva industrial. Los pies inmovilizados del mismo modo. La cabeza caída hacia adelante, con el pelo gris recogido en un moño que se había deshecho parcialmente.

No había sangre visible. No había señales evidentes de violencia física. Pero la expresión en el rostro de la mujer era de agonía absoluta. La boca abierta en grito silencioso. Los ojos, todavía abiertos, con capilares rotos que habían dejado el blanco teñido de rojo.

Lekerika estaba arrodillado junto al cuerpo, tomando la temperatura hepática con un termómetro digital. Levantó la vista cuando Nerea se acercó.

—Envenenamiento. Mercurio, casi seguro. Tardaré en confirmarlo con toxicología, pero los síntomas son clásicos: salivación excesiva, necrosis en mucosas orales, temblores —señaló

las manos crispadas—, fallo renal que probablemente causó la muerte final. Entre ocho y doce horas de agonía.

Nerea estudió la escena sin acercarse demasiado. La silla estaba posicionada frente a la pared del salón donde alguien había colgado un mapa grande. No un mapa decorativo. Un plano urbanístico oficial, del tipo que usaban los ayuntamientos. Mostraba un barrio completo, con calles etiquetadas, parcelas numeradas, infraestructuras marcadas.

En la esquina superior izquierda, escrito con rotulador permanente rojo: *LAS CORTES - BARAKALDO - 2001*

Pegadas al mapa con cinta adhesiva había fotografías. Treinta y cuatro, contó Nerea rápidamente. Todas de niños. Bebés, niños pequeños, adolescentes. Algunas eran fotos escolares profesionales. Otras parecían instantáneas familiares. Todas mostraban rostros sonrientes, vivos, antes de que algo les pasara.

Debajo de cada foto, escrito a mano: un nombre, una fecha, una palabra.

Ainhoa Ruiz. 2005-2010. Leucemia.

Jon Etxebarria. 2007-2011. Tumor cerebral.

Maialen Gómez. 2006-2009. Leucemia.

La lista continuaba. Treinta y cuatro nombres. Treinta y cuatro fechas. Once terminaban con la palabra *Fallecido*. Los otros veintitrés decían *Superviviente* o *Tratamiento*.

Pero había algo más.

El cuerpo de Etxebarria estaba cubierto de fotografías. Las mismas imágenes de los niños, impresas y pegadas directamente sobre su ropa con cinta adhesiva. En los brazos, el torso, las piernas. Como si alguien hubiera querido forzarla a llevar el peso literal de cada rostro.

Y en su boca, medio saliendo entre labios agrietados y sangrantes, había billetes. Dinero viejo. Nerea distinguió el color

amarillento de pesetas convertidas a euros. Amaia, que estaba fotografiando la escena con precisión metódica, se acercó.

—Cuarenta y siete mil euros en billetes antiguos. Pesetas convertidas en el cambio de 2002. Metidos en su boca mientras aún estaba viva, probablemente. Algunas están manchadas con vómito y sangre.

—¿Mensaje?

Amaia señaló la mesa de centro, que alguien había movido para que quedara visible desde la silla. Tallado directamente en la madera de cerezo, con herramienta afilada que había dejado virutas esparcidas alrededor:

CUÁNTO VALIÓ SU SILENCIO

Las letras eran profundas, uniformes. Hechas sin prisa. Con la misma precisión que los mensajes anteriores.

—La pulsera —dijo Nerea.

Amaia asintió, señalando el pecho de Etxebarria. Clavada con un alfiler de costura largo, atravesando la tela de su blusa de seda: pulsera azul de plástico desgastado. El nombre escrito con rotulador negro.

IKER

Cuarta escena. Cuarto silencio. Cuarta firma.

Nerea se apartó, necesitaba distancia. Salió al jardín trasero a través de la puerta corredera de cristal. El aire de la mañana era frío, con esa humedad que anunciaba lluvia próxima. Respiró hondo tres veces.

El patrón era claro. Demasiado claro. Mendoza: omitió la represión franquista en sus libros. Arrizabalaga: participó en robos de bebés. Garmendia: agredió inmigrantes sin consecuencias. Etxebarria: aprobó construcción sobre suelo contaminado que causó cáncer en niños.

Cada uno había guardado silencio. Cada uno había evitado consecuencias legales. Cada uno ahora pagaba con teatralidad brutal.

Escuchó pasos detrás de ella. Se giró. Mikel Uribe acababa de llegar, con su maletín negro y expresión profesional. Vestía pantalones oscuros, camisa blanca bajo chaqueta de tweed. Se veía descansado, sereno. Como siempre.

Como si no fuera el hermano gemelo de un niño muerto hace treinta y nueve años.

Nerea lo observó acercarse. Buscó señales. ¿Tensión en los hombros? ¿Algo en los ojos? ¿Reconocimiento cuando viera la pulsera?

—Inspectora. —Mikel se detuvo a dos metros—. Cuatro en menos de tres semanas. Está acelerando significativamente.

—Eso parece.

—¿Puedo? —Señaló hacia el interior.

—Adelante.

Lo siguió adentro, manteniéndose ligeramente atrás. Observó cómo Mikel examinaba la escena. Metódico. Tranquilo. Se agachó junto al cuerpo, estudió las fotografías pegadas. Leyó los nombres en el mapa. Se acercó a la mesa, examinó el mensaje tallado.

Y entonces vio la pulsera.

Nerea observó su reacción con atención absoluta. Mikel se quedó inmóvil durante tres segundos. Demasiado tiempo para ser casual. Sus ojos se fijaron en la pulsera azul. Los dedos de su mano derecha se movieron ligeramente, como si fueran a tocar algo pero se detuvieran.

Luego parpadeó, se incorporó, y la expresión neutral volvió a su rostro.

—Mismo patrón —dijo, con voz que no revelaba nada—. Justicia simbólica. La víctima forzada a confrontar las consecuencias

de sus actos.

—¿Alguna novedad en el perfil?

Mikel se giró hacia ella.

—El asesino está entrando en fase más emocional. Las primeras muertes fueron rápidas. Esta fue prolongada. Quería que sufriera. El envenenamiento con mercurio es elección específica, no solo método. La misma sustancia que contaminó el suelo. Justicia poética.

—¿Y la aceleración?

—Puede significar varias cosas. Presión externa —señaló vagamente hacia la calle donde estaban los medios—. O presión interna. Tal vez está llegando al final de su lista. —Hizo pausa—. O está perdiendo control.

Nerea tomó notas mentalmente. La tranquilidad de Mikel la inquietaba. Cuatro cuerpos, patrón claro, presión mediática extrema. Cualquier consultor normal estaría al menos ligeramente alterado. Mikel parecía... ¿satisfecho? No. Eso era proyección.

Pero definitivamente no estaba preocupado.

—¿Cree que cometerá errores? —preguntó Nerea.

—Todo el mundo comete errores eventualmente. La pregunta es si nosotros estaremos atentos cuando los cometa.

La investigación de fondo sobre Begoña Etxebarria tomó el resto de la mañana. Urtzi coordinaba desde comisaría mientras Nerea supervisaba la escena. Para las 13:00 tenían el cuadro completo.

Begoña Etxebarria Larrea. Sesenta y cuatro años. Alcaldesa de Barakaldo entre 1998 y 2006, dos mandatos. Casada, sin hijos. Marido fallecido en 2019. Vivía sola en Getxo desde entonces. Jubilada de la política, dedicaba tiempo a asociaciones benéficas locales.

Pero había más.

En 2001, siendo alcaldesa, Etxebarria había aprobado la construcción de trescientas cuarenta viviendas de protección oficial en el barrio de Las Cortes. El proyecto se había vendido como revitalización urbana, aprovechamiento de terreno industrial abandonado. Se completó en 2003. Las familias se mudaron entre 2004 y 2005.

Los primeros casos de cáncer infantil aparecieron en 2005. Leucemia en niña de tres años. Luego tumor cerebral en niño de cuatro. Para 2008, había cluster identificable: diecisiete casos en un área de tres manzanas. Incidencia estadísticamente imposible.

La investigación ambiental se inició en 2009, después de presión de las familias. Descubrieron que el terreno había sido ocupado por fábrica química entre 1950 y 1978. Producción de pilas y baterías. El suelo estaba contaminado con mercurio, plomo, cadmio. Niveles que superaban límites legales en factores de diez, veinte, cincuenta.

Los informes ambientales de 2001 —antes de la construcción — habían sido claros: el terreno requería descontaminación completa antes de uso residencial. Costo estimado: cuatro millones de euros.

Etxebarria había aprobado la construcción de todos modos. Los informes se archivaron. Las familias nunca fueron informadas.

Cuando el escándalo estalló en 2009, hubo investigación judicial. Descubrieron que la empresa constructora había pagado cuarenta y siete mil euros a Etxebarria en 2001. Transferencia bancaria a cuenta en Suiza, cerrada en 2003. Suficientemente documentada para ser evidente. Insuficientemente documentada para sostener cargos penales.

El caso se archivó en 2011. Prescripción. "Falta de pruebas directas de corrupción." Etxebarria nunca fue procesada.

Para entonces, once niños habían muerto. Veintitrés seguían en tratamiento o remisión.

Nerea leyó el expediente completo en su despacho, con las ventanas cerradas para bloquear el ruido de la conferencia de prensa que Garai estaba dando abajo. Podía escuchar las preguntas gritadas de los periodistas incluso desde el tercer piso.

Treinta y cuatro niños. Exactamente el mismo número de fotografías en la escena.

Cuarenta y siete mil euros. Exactamente el monto metido en la boca de Etxebarria.

El asesino sabía. Conocía los detalles específicos. Había investigado meticulosamente.

Su móvil vibró. Urtzi: *Iñigo Larrea está aquí. Sala 2.*

Iñigo Larrea tenía cincuenta y ocho años, pelo gris despeinado, manos de obrero. Vestía mono de trabajo con logo de empresa de fontanería. Olía a tabaco y cansancio.

Se sentó en la sala de interrogatorios con postura de quien había estado ahí antes.

—¿Sabe por qué está aquí? —preguntó Nerea.

—Porque Begoña Etxebarria está muerta y yo dije públicamente que merecía morir. —Sin inflexión. Solo hechos.

—¿Lo dijo?

—En 2009. En el juzgado. Cuando archivaron el caso. Le dije al juez que si la justicia no hacía nada, alguien lo haría. —Larrea se recostó en la silla—. Me denunciaron por amenazas. Cumplí treinta días de trabajos comunitarios.

—Su hija.

Algo cambió en el rostro de Larrea. Dolor que no se había curado con los años.

—Nerea. Cinco años cuando le diagnosticaron leucemia. Ocho cuando murió. Tres años de quimioterapia, hospitales, ver cómo se le caía el pelo, cómo vomitaba todo lo que comía, cómo lloraba de

dolor. —Su voz se quebró ligeramente—. Y todo porque esa mujer quiso ahorrarse cuatro millones de euros.

—¿Dónde estaba hace dos noches?

—En casa. Con mi mujer. Viendo televisión hasta las once. Luego en la cama.

—¿Su mujer puede confirmarlo?

—Sí.

—¿Y antenoche? ¿Y la noche anterior?

Larrea recitó su rutina. Trabajo hasta las seis. Casa. Cena. Televisión. Cama. La monotonía de quien ha dejado de esperar que la vida ofrezca sorpresas.

Nerea presionó durante noventa minutos. Motivo, oportunidad, capacidad. Larrea tenía motivo obvio. No tenía coartada sólida para ninguna de las noches relevantes. Trabajaba solo a menudo, instalando calefacción y fontanería en obras. Conocía herramientas, materiales, construcción.

Pero algo no encajaba.

—¿Conocía a Iñaki Mendoza? —preguntó Nerea.

—¿Quién?

—El historiador. Primera víctima.

—No.

—¿Sor Edurne Arrizabalaga?

—No.

—¿Patxi Garmendia?

—No sé quiénes son. —Larrea se inclinó hacia adelante—. Solo conocía a Etxebarria. Solo ella me importaba. Si hubiera querido matarla, lo habría hecho hace quince años, cuando todavía tenía rabia suficiente. Ahora solo tengo cansancio.

Nerea lo creyó. El dolor en la voz de Larrea era real. La fatiga también. Pero el perfil del asesino requería planificación a largo plazo, conocimiento amplio, sofisticación técnica. Larrea era un hombre roto por el duelo buscando sentido en la rutina diaria.

No era el asesino.

Pero era sospechoso conveniente que no podía descartar completamente.

—No abandone la ciudad —dijo finalmente.

Larrea salió sin responder.

Reunión de equipo a las 18:00. Toda la planta de homicidios más dos inspectores adicionales que Garai había solicitado. Y Mikel, sentado al final de la mesa con libreta abierta.

Garai presidía con expresión que Nerea reconocía: presión política llegando desde arriba, resultados exigidos desde arriba, recursos limitados desde arriba.

—Estado —dijo simplemente.

Nerea presentó: cuatro víctimas, patrón claro de silencios institucionales, escalada en brutalidad, aceleración temporal. Dieciocho días, cuatro cuerpos. Cada vez menos tiempo entre muertes.

—Sospechosos.

—Mohamed Boutahar tiene motivo para Garmendia pero ninguna conexión con los otros. Iñigo Larrea tiene motivo para Etxebarria pero igual, sin conexión con el resto. Aitor Salas, sobrino del profesor sospechoso de San Ignacio... —Nerea hizo pausa— ...tiene perfil problemático pero ninguna evidencia directa.

—Entonces no tenemos nada —dijo Garai.

—Tenemos patrón. El asesino está castigando silencios específicos. Si podemos anticipar qué tipo de silencio viene siguiente, podemos identificar posibles víctimas y protegerlas.

—¿Qué silencios quedan?

Nerea abrió su portátil, proyectó en la pantalla de la sala:

SILENCIO 1: Memoria histórica - Mendoza SILENCIO 2: Infancia (bebés robados) - Arrizabalaga SILENCIO 3: Violencia xenófoba - Garmendia SILENCIO 4: Codicia/corrupción - Etxebarria SILENCIO 5: ¿?

—Posibilidades —continuó—. Abuso institucional. Negligencia médica. Encubrimiento policial o judicial. Silencio eclesiástico sobre abusos. Violencia de género sin consecuencias. Tenemos demasiadas opciones.

Mikel levantó la mano ligeramente.

—Puedo ofrecer observación.

Todos lo miraron.

—El patrón no es aleatorio. Hay progresión. Memoria colectiva, luego infancia vulnerable, luego violencia física, luego corrupción material. Cada silencio es más personal que el anterior. Más visceral. —Hizo pausa—. Yo diría que el próximo será aún más íntimo. Posiblemente religioso. El silencio de la Iglesia sobre abusos sexuales sería coherente con la trayectoria.

—¿Por qué religioso? —preguntó Garai.

—Por Iker Uribe.

El nombre cayó en el silencio de la sala como piedra en agua quieta.

Mikel continuó con voz completamente neutral:

—He investigado el caso. Niño de doce años, suicidio en 1986. Estudiante del colegio San Ignacio. Ese colegio tuvo historial de denuncias de abuso por profesor en esa época. Nunca procesadas. Si el asesino está conectado personalmente con Iker —y las pulseras sugieren que lo está— entonces el siguiente silencio lógico sería el de la institución que permitió el abuso.

Nerea lo observó mientras hablaba. La voz calmada. La explicación lógica. El uso de "el asesino" como tercera persona distante.

Como si no estuviera hablando de su propio hermano.

Como si no supiera exactamente qué le había pasado a Iker porque lo había vivido desde dentro de la misma familia.

Nerea sintió algo frío en el estómago. Mikel sabía. Sabía todo. Y estaba guiándoles hacia las conclusiones correctas sin revelar su conexión personal.

¿Por qué?

—Buscaremos casos de abuso eclesiástico archivados —dijo Garai—. Posibles víctimas en riesgo. —Señaló a dos inspectores—. Coordinad con la diócesis. Discretamente.

La reunión continuó. Asignaciones de tareas. Protocolos. Coordinación con medios. Cuando terminó, Mikel recogió sus cosas para irse.

Nerea lo interceptó en el pasillo.

—Doctor. Una pregunta.

Él se detuvo, se giró.

—¿Sí?

—Iker Uribe. ¿Cómo supo de él? No está en ningún archivo digital. Tuvimos que buscar en documentos físicos.

Mikel no dudó.

—Búsqueda en hemerotecas. *El Correo* tiene archivos digitalizados desde los ochenta. Encontré la nota breve sobre su muerte. El resto fue seguir hilos. —Sonrió ligeramente—. Es lo que hago. Investigar patrones de comportamiento.

—¿Y el colegio San Ignacio? ¿Cómo supo que había denuncias de abuso?

—Registros públicos. Asociaciones de víctimas. No es difícil si sabes dónde buscar. —Hizo pausa—. ¿Por qué las preguntas, inspectora?

—Curiosidad profesional.

—Entiendo. —Mikel se ajustó las gafas—. Si encuentras más sobre Iker, me gustaría saberlo. Creo que es clave para resolver esto.

—Lo tendré en cuenta.

Lo observó alejarse por el pasillo. Caminaba con paso tranquilo, sin prisa. Se detuvo para saludar a un agente que pasaba. Completamente normal. Completamente sereno.

Demasiado sereno.

Nerea volvió a su despacho. Cerró la puerta. Abrió búsqueda en bases de datos internas.

Mikel Uribe-Goenaga. Antecedentes penales.

Nada.

Mikel Uribe-Goenaga. Historial médico.

Acceso restringido.

Mikel Uribe-Goenaga. Adopción 1980.

Sellado.

Probó búsquedas laterales. Publicaciones académicas. Conferencias. Casos en los que había colaborado como perito.

Encontró curriculum extenso. Psiquiatría forense, Universidad del País Vasco. Especialización en perfiles criminales. Treinta años de experiencia. Publicaciones en revistas especializadas. Colaboraciones con policía en quince casos documentados.

Ninguna mención de familia. Ninguna mención de hermanos. Ninguna mención de trauma personal.

Como si Iker nunca hubiera existido.

Como si ese niño muerto hace treinta y nueve años no tuviera conexión alguna con el respetado Dr. Uribe.

Nerea cerró el portátil. Miró por la ventana. Abajo, en la calle, periodistas todavía esperaban. Bilbao bajo cielo gris que finalmente descargaba lluvia.

Tenía que tomar decisión. Confrontar a Mikel con lo que sabía. O seguir investigándolo discretamente.

Si lo confrontaba y estaba equivocada, destruiría relación de trabajo valiosa basándose en coincidencias.

Si no lo confrontaba y tenía razón... ¿cuántas personas más morirían mientras el asesino les ayudaba a investigarse a sí mismo?

Su móvil vibró. Amaia: *Análisis toxicológico preliminar confirmado. Mercurio. Misma forma química que contaminante del suelo de Las Cortes. No es coincidencia.*

Nerea respondió: *Entendido.*

Se quedó sentada en su despacho hasta que oscureció completamente. Lluvia golpeando la ventana. Ciudad extendiéndose abajo con luces que se encendían una por una.

Cuatro muertos. Un patrón claro. Un sospechoso que ayudaba a investigar sus propios crímenes.

Si es que era él.

Si es que no estaba volviéndose paranoica por falta de sueño y culpa reprimida sobre un niño muerto hace cuatro décadas.

A las 22:30 condujo a casa. Lobo la recibió con maullido ofendido. Lo alimentó, preparó sopa que no se comió, se duchó sin registrar el agua.

Se metió en la cama a medianoche.

A las 02:15 seguía despierta, mirando el móvil, la foto de la cuarta pulsera azul.

IKER

El hermano de Mikel.

El niño que tal vez ella había visto siendo llevado a un sótano.

El niño que tal vez había pedido ayuda con la mirada.

Y ella había mirado hacia otro lado.

A las 03:40 tomó decisión.

Mañana hablaría con Garai. Le diría lo que sabía. La conexión entre Mikel e Iker. Las fechas de nacimiento coincidentes. El comportamiento demasiado tranquilo. Las pulseras que él nunca mencionaba pese a verlas en cada escena.

Mañana haría lo correcto.

Cerró los ojos. Intentó dormir.

El sueño no llegó hasta el amanecer, y cuando llegó, soñó con treinta y cuatro niños enfermos mirándola mientras ella contaba dinero manchado de sangre.

CAPÍTULO 8

EL PROFESOR FANTASMA

Archivo Del Colegio San Ignacio / Biblioteca Foral
Nerea Agirre

La decisión de hablar con Garai se evaporó en algún momento entre las 04:30 y las 06:00, cuando Nerea dejó de intentar dormir y se levantó a preparar café que sabía a ceniza. No era cobardía exactamente. Era la comprensión de que acusar al consultor más valioso de la investigación de ser el asesino basándose en coincidencias de fecha de nacimiento y una sensación visceral sería suicidio profesional.

Necesitaba más. Necesitaba entender qué le había pasado a Iker Uribe. Necesitaba entender qué había pasado en el colegio San Ignacio en 1986. Y necesitaba hacerlo sin alertar a Mikel de que lo estaba investigando.

A las 08:15 llamó a Urtzi.

—Necesito que me consigas algo sin pasar por canales oficiales.

Pausa al otro lado de la línea. Urtzi conocía el tono.

—¿Qué?

—Todo lo que encuentres sobre el colegio San Ignacio. Personal docente entre 1983 y 1987. Denuncias, quejas, cualquier

cosa que esté en archivos físicos. Y quiero saber dónde están esos archivos ahora.

—¿Esto tiene que ver con Iker Uribe?

—Sí.

—¿El jefe lo sabe?

—Prefiero tener algo sólido antes de llevárselo.

Otra pausa. Luego:

—Te llamo en una hora.

Nerea pasó esa hora revisando todo lo que tenía sobre las cuatro víctimas, buscando el patrón que conectaba con San Ignacio. Mendoza no había escrito sobre el colegio específicamente. Arrizabalaga no había trabajado allí. Garmendia no tenía conexión obvia. Etxebarria tampoco.

Pero Iker sí. Iker había estado allí. Iker había muerto después de estar allí. Y alguien estaba dejando su nombre en cada escena del crimen como firma, como recordatorio, como acusación.

Su móvil vibró. Urtzi.

—Los archivos del San Ignacio se transfirieron a la Biblioteca Foral de Bizkaia en 2005, dos años después del cierre definitivo. Documentación administrativa, expedientes de personal, registros disciplinarios. Todo físico, nunca digitalizado. Sala de consulta abre a las diez.

—Nos vemos allí.

La Biblioteca Foral ocupaba un edificio restaurado en el Casco Viejo, piedra gris y ventanas emplomadas que habían sobrevivido bombardeos y décadas de humedad. El archivo histórico estaba en el tercer piso, sala amplia con estanterías de madera oscura y olor a papel viejo que Nerea estaba empezando a asociar con verdades enterradas.

La archivera era mujer de sesenta y tantos años llamada Begoña —no relación con la víctima, aclaró innecesariamente— que llevaba treinta años catalogando la memoria educativa de Bizkaia. Cuando Nerea pidió los expedientes del colegio San Ignacio, 1983-1987, Begoña no hizo preguntas. Simplemente asintió y desapareció entre las estanterías.

Volvió quince minutos después con tres cajas de archivo etiquetadas a mano.

—Personal docente, expedientes disciplinarios y correspondencia administrativa —dijo, colocándolas sobre la mesa de consulta—. El colegio mantuvo registros meticulosos hasta el final. Los jesuitas siempre lo hacían.

—¿Jesuitas?

—Sí. San Ignacio fue fundado por la Compañía de Jesús en 1920. Administración mixta civil-religiosa hasta 1995, cuando la orden se retiró completamente. Cerró en fases. Primaria en 1990, secundaria en 2003. —Begoña señaló las cajas—. Si necesita algo específico, puedo ayudar. Conozco estos archivos mejor que mi propia casa.

—Estoy buscando información sobre un profesor. Fermín Salas. Trabajó allí entre 1983 y 1987.

Algo cambió en la expresión de Begoña. No sorpresa. Reconocimiento.

—Ese nombre está en expediente sellado. Necesitará autorización especial para acceder.

—¿Sellado por qué?

—Asunto de menores. Denuncias que nunca llegaron a procesarse. El colegio selló el expediente cuando Salas fue despedido. Protocolo estándar para casos sensibles.

Nerea sacó su identificación.

—Investigación de homicidio en curso. ¿Es suficiente autorización?

Begoña estudió la identificación durante largo momento. Luego asintió.

—Espere aquí.

Tardó diez minutos esta vez. Volvió con sobre manila grueso, sellado con lacre rojo que alguien había roto hacía años y luego intentado volver a sellar con cinta adhesiva amarillenta.

—Expediente disciplinario de Fermín Salas Mendizábal —dijo Begoña en voz baja, aunque estaban solas en la sala—. Lea aquí. No puede fotocopiarlo sin orden judicial. Pero puede tomar notas.

Nerea abrió el sobre. Dentro había documentos mecanografiados en papel que se deshacía en los bordes, fotografías antiguas, y cartas escritas a mano.

El primer documento era ficha de personal:

Nombre: Fermín Salas Mendizábal Fecha de nacimiento: 14 de junio de 1954 Fecha de contratación: septiembre 1983 Posición: Profesor de educación física, cursos 3º a 6º de primaria Fecha de terminación: marzo 1987 Razón: Conducta inapropiada con alumnos

La frase "conducta inapropiada" estaba subrayada dos veces con bolígrafo azul. Alguien había añadido nota manuscrita en el margen: *Ver denuncias adjuntas.*

Nerea pasó al siguiente documento. Carta fechada 15 de agosto de 1986, escrita a mano en papel rayado de cuaderno. La letra era temblorosa, con tachaduras y correcciones.

Al Director del Colegio San Ignacio de Loyola:

Mi nombre es Miren Uribe Etxebarria. Mi hijo Iker Uribe Garay cursa 6º de primaria en su institución. Escribo porque mi hijo me ha contado cosas que me preocupan profundamente sobre el profesor Fermín Salas.

Iker dice que Don Fermín lo lleva al sótano durante las clases de gimnasia. Dice que lo toca de maneras que no son apropiadas. Dice que le duele. Dice que tiene miedo. Me ha mostrado moratones en los brazos y en las piernas. Cuando le pregunto cómo se los hizo, se pone a llorar.

He intentado hablar con Don Fermín pero dice que todo está en mi cabeza, que soy una madre sobreprotectora. He intentado hablar con la psicóloga del colegio pero dice que Iker tiene "tendencia a fantasear" y que necesito "no alimentar sus invenciones."

Pero yo conozco a mi hijo. Sé cuando miente y sé cuando dice la verdad. Está diciendo la verdad.

Por favor, investiguen esto. Por favor, protejan a mi hijo.

Respetuosamente, Miren Uribe Etxebarria

Debajo, sello del colegio fechado 22 de agosto de 1986, con nota del director:

Se ha hablado con el profesor Salas, quien niega categóricamente las acusaciones. Se ha evaluado al menor Iker Uribe con la psicóloga escolar, Sor Edurne Arrizabalaga, quien confirma tendencias a fantasía y necesidad de atención materna. Se recomienda a la madre buscar apoyo psicológico para manejar ansiedad sobreprotectora. No se procederá con investigación formal por falta de evidencia. Caso cerrado.

Nerea releyó el nombre. *Sor Edurne Arrizabalaga.* La misma monja que habían encontrado ahogada en el bautisterio. La segunda víctima.

No era coincidencia. Era conexión directa.

Siguió leyendo. Había dos denuncias más, ambas de 1987, meses después de la de Miren Uribe. Dos familias diferentes reportando comportamiento similar de Fermín Salas: llevar niños al sótano durante clase, tocarlos de forma inapropiada, amenazarlos si hablaban.

Ambas denuncias habían sido archivadas con la misma fórmula: *Falta de evidencia conclusiva. Palabra del menor contra palabra del profesor. No se procederá.*

Pero había documento adicional, fechado 12 de marzo de 1987. Acta de reunión del consejo directivo del colegio:

Tras deliberación sobre las denuncias múltiples contra el profesor Fermín Salas Mendizábal, el consejo ha decidido terminar su contrato de manera inmediata. Si bien no hay evidencia concluyente de mala conducta, la reputación del colegio requiere acción preventiva. El profesor Salas recibirá indemnización de tres meses de salario con la condición de que firme acuerdo de confidencialidad y no busque empleo en instituciones educativas en Euskadi. Se recomienda discreción absoluta en este asunto para evitar escándalo público.

Despedido discretamente. Pagado para irse. Sin cargos. Sin consecuencias reales.

Nerea sintió náusea que tragó con esfuerzo. Buscó en el sobre, encontró la fotografía. Fermín Salas en foto de identificación de personal. Treinta y pocos años, pelo oscuro, bigote fino, expresión que intentaba ser amable pero tenía algo forzado en los ojos.

Guardó la imagen mentalmente. Cerró el expediente.

—¿Hay algo más? —preguntó a Begoña—. ¿Correspondencia? ¿Registros de quejas informales?

—Puede haber más en la caja de correspondencia general. Pero tardaría horas en revisarla toda.

—Tengo tiempo.

No lo tenía. Pero lo haría de todos modos.

Pasó las siguientes tres horas revisando cartas, memorandos internos, notas de reuniones. Urtzi llegó a media mañana, ayudó con la búsqueda metódica. Encontraron menciones dispersas. Quejas

vagas de padres sobre "comportamiento extraño" del profesor Salas. Notas de la dirección sobre "necesidad de supervisión más estricta" en clases de gimnasia.

Y encontraron algo más. Carta del Padre Eusebio Montes, director del colegio entre 1980 y 1998, a la diócesis de Bilbao, fechada abril de 1987:

Eminencia:

Le informo que hemos resuelto la situación del profesor Salas según sus instrucciones. El profesor ha aceptado indemnización y acuerdo de confidencialidad. Las familias involucradas han sido compensadas económicamente y han firmado compromisos de no emprender acciones legales. El asunto está cerrado.

Consideramos que la mejor manera de proteger la reputación de la Compañía es mantener absoluta discreción. No habrá menciones públicas. Los registros han sido sellados.

En Cristo, Padre Eusebio Montes, S.J.

Familias compensadas. Silenciadas con dinero. Como los bebés robados. Como la corrupción de Etxebarria.

El patrón era idéntico. Institución poderosa. Víctimas vulnerables. Dinero para comprar silencio. Y décadas después, nadie había pagado.

Excepto que ahora sí. Uno por uno.

—El Padre Eusebio Montes —dijo Nerea—. ¿Vive?

Begoña negó.

—Murió en 2001. Causas naturales. Ochenta y tres años.

Muerto antes de que pudiera enfrentar consecuencias. Igual que Salas.

—¿Y Salas? ¿Qué pasó con él después de ser despedido?

Urtzi ya había investigado eso.

—Se mudó a Sevilla en 1989. Trabajó en empresa de material deportivo. Murió en accidente de tráfico en 1992. Coche se salió de la carretera en autopista cerca de Córdoba. Solo ocupante. Alcohol en sangre tres veces por encima del límite legal.

Nerea anotó fechas. 1992. Seis años después del suicidio de Iker. Cinco años después de ser despedido.

—¿Autopsia?

—Estándar. Muerte por traumatismo múltiple. Certificado de defunción verificado. Está enterrado en cementerio de Sevilla. —Urtzi la miró—. Está muerto, Nerea. Completamente muerto.

Lo cual significaba que no era el asesino. Pero podía ser la conexión. La razón detrás de todo.

—Familia de Salas —dijo Nerea—. ¿Quién queda?

—Hermana mayor, Isabel Salas, murió en 1998. Cáncer. Tenía un hijo. Aitor Salas Bergara. Cuarenta y un años. Vive en Bilbao.

El nombre resonó. Lo había visto en alguna parte.

—Antecedentes.

Urtzi abrió su tablet.

—Agresión en 2011. Pelea en bar, rompió mandíbula a otro tipo. Ocho meses de cárcel. Y esto es más relevante: en 2014 trabajaba como conserje en colegio público de Sestao. Fue despedido por "conducta inapropiada." Varios padres se quejaron de que pasaba demasiado tiempo con niños solos, que hacía preguntas personales, que los miraba de forma incómoda. Sin cargos formales pero suficiente para despido inmediato.

El estómago de Nerea se tensó.

—¿Dónde trabaja ahora?

—Almacén en Barakaldo. Empresa de distribución de material de construcción.

—Ponle vigilancia.

—Ya está. Desde ayer.

Nerea volvió a mirar la foto de Fermín Salas. Luego cerró el expediente y lo devolvió a Begoña.

—Gracias por su ayuda.

—Espero que sirva para algo —dijo Begoña con voz que sugería que había visto demasiados expedientes como este terminar en nada.

En el coche, Urtzi condujo mientras Nerea revisaba notas. El patrón se estaba aclarando. Iker Uribe, víctima de abuso por Fermín Salas. Madre denuncia. Sor Edurne Arrizabalaga, psicóloga escolar, lo evalúa y lo declara mentiroso. Padre Eusebio Montes, director, entierra el caso. Salas es despedido discretamente pero nunca procesado.

Seis meses después, Iker se suicida.

Y ahora, treinta y nueve años después, alguien está matando a todos los que guardaron silencio.

Pero había problema. Salas estaba muerto. El Padre Eusebio estaba muerto. ¿A quién más quedaba por matar?

La respuesta llegó mientras miraban pasar las calles de Bilbao bajo lluvia persistente.

A todos los que callaron.

No solo los directamente responsables. Todos. La institución. El sistema. Los testigos. Los cómplices por omisión.

Incluyéndola a ella.

El pensamiento llegó sin aviso y con certeza absoluta. Ella había estado ahí. Había visto algo. Había callado.

—¿Estás bien? —preguntó Urtzi—. Te has puesto pálida.

—Estoy bien. Solo necesito... para el coche.

—¿Qué?

—Para el coche. Ahora.

Urtzi obedeció, frenando en doble fila en Alameda Mazarredo. Nerea abrió la puerta, salió, respiró aire frío y húmedo. Cinco respiraciones profundas. No iba a vomitar. No iba a colapsar.

El flashback había llegado con fuerza de tren de carga. Más nítido que nunca.

Colegio San Ignacio. Pasillo del segundo piso. Ella con once años, uniforme azul y blanco impecable, libros bajo el brazo. Sale de clase de matemáticas, camina hacia el baño.

Ve algo.

Fermín Salas —ahora lo reconoce, la foto del expediente superpuesta sobre el recuerdo— llevándose a un niño de la mano. El niño mira hacia atrás. Ojos oscuros. Asustados. Suplicantes.

Ayuda.

No lo dice en voz alta. Pero sus ojos lo gritan.

Nerea se congela. Tiene once años. Sabe que algo está mal pero no sabe exactamente qué. Sabe que debería decir algo pero no sabe qué decir ni a quién.

El profesor la ve. Sonríe.

—Ve a clase, Nerea. Los mayores tenemos que hablar de cosas aburridas.

Ella asiente. Baja la vista. Sigue caminando.

La puerta del sótano se cierra detrás de ellos. Escucha el clic del cerrojo.

Sigue caminando. Va al baño. Se lava las manos. Vuelve a clase.

Nunca dice nada.

Nunca, nunca dice nada.

Nerea volvió al presente. Estaba agarrada al techo del coche, respirando demasiado rápido. Urtzi estaba a su lado, mano en su hombro.

—Nerea. ¿Qué pasa?

—Nada. Hipoglucemia. No he desayunado bien.

—Mentira. Te conozco hace cuatro años. Esto no es hipoglucemia.

—Estoy bien. —Se incorporó, se pasó manos por la cara—. Volvamos.

—No hasta que me digas qué está pasando.

Nerea lo miró. Urtzi tenía expresión que conocía bien. Preocupación genuina mezclada con determinación de no dejarlo pasar.

—Estudié en San Ignacio —dijo finalmente—. Los mismos años que Iker Uribe.

Urtzi procesó esto.

—Mierda.

—Sí.

—¿Recuerdas algo?

—Fragmentos. Nada útil. —Mentira. Pero no podía decirle la verdad. No todavía—. Solo que estuve ahí. Que algo pasó. Pero era niña. No entendía.

Urtzi asintió lentamente.

—¿Se lo has dicho a Garai?

—No.

—¿Deberías apartarte del caso?

—Probablemente.

—¿Lo harás?

—No.

Volvieron al coche. Urtzi condujo en silencio durante cinco minutos. Luego:

—Si necesitas hablar. O si esto se vuelve demasiado...

—Lo sé. Gracias.

No hablaría. No con Urtzi. No con nadie. Porque si hablaba tendría que admitir que había visto a Iker siendo llevado a ese sótano. Que había escuchado el cerrojo. Que había seguido caminando.

Que su silencio de once años tal vez había contribuido a que un niño de doce se ahorcara seis meses después.

Llegaron a comisaría a las 14:30. Nerea tenía mensajes de Garai exigiendo actualización. Los ignoró. Fue a su despacho, cerró la puerta, abrió búsqueda de Aitor Salas.

Encontró dirección: calle Autonomía 47, 2º derecha, Bilbao. Edificio de viviendas sociales en Rekalde. Lugar de trabajo: Distribuciones Bergara, polígono industrial de Barakaldo.

Antecedentes completos: agresión 2011, despido por conducta inapropiada 2014. Nada más. No estaba casado. No tenía hijos registrados. Vivía solo.

Perfil de redes sociales: mínimo. Cuenta de Facebook sin actividad desde 2016. Sin Twitter, sin Instagram.

Nerea estudió la foto de identificación del carnet de conducir. Hombre de cuarenta y un años, pelo corto, expresión neutra. Parecido físico con su tío Fermín: misma estructura ósea, misma línea de mandíbula.

¿Posible asesino? Motivo era problema. ¿Por qué Aitor Salas mataría a gente que había silenciado el abuso de su tío? A menos que...

A menos que él también hubiera sido víctima. A menos que hubiera sufrido abuso del propio Fermín y estuviera vengándose de

todos los que permitieron que su tío siguiera libre para hacerle daño.

Encajaba. Trauma infantil. Comportamiento problemático posterior. Violencia. Pero...

Pero el perfil que Mikel había dado era de alguien con educación superior, conocimiento médico, capacidad de planificación sofisticada. Aitor trabajaba en almacén. No tenía estudios universitarios registrados. No encajaba completamente.

Aunque podía ser red herring perfecto. Demasiado obvio para ser verdad.

O podía ser exactamente lo que parecía: sospechoso legítimo con todos los marcadores correctos.

Su móvil vibró. Amaia: *Huella dactilar de escena Garmendia procesada. No coincide con Aitor Salas. Ni con nadie en base de datos activa. Pero encontré algo raro. Huella coincide con archivo de 1986. Menor de edad. Registro sellado.*

Nerea llamó inmediatamente.

—¿Qué quieres decir con registro sellado?

—Las huellas de menores tomadas antes de 1990 están en archivo físico separado. No digitalizadas. Pero hice búsqueda manual. Encontré coincidencia parcial con set de huellas tomadas en Hospital Basurto en 1986. Protocolo médico de menores. Pero el nombre está sellado por privacidad de menor.

—¿Puedes conseguirme ese nombre?

—Con orden judicial. O con autorización del propio individuo si aún vive.

—¿Fecha exacta?

—Noviembre 1986.

Un mes antes del suicidio de Iker.

—Sigue trabajando en eso. Necesito ese nombre.

Colgó. Miró por la ventana. Bilbao bajo lluvia que no paraba nunca. Gris sobre gris.

Huella de menor de 1986. Iker murió en diciembre de 1986. Mikel, su hermano gemelo, tendría las mismas huellas genéticamente similares. No idénticas en gemelos dicigóticos pero muy parecidas.

¿Era posible?

¿Las huellas en la escena de Garmendia eran de Mikel Uribe?

¿Las había dejado intencionalmente? ¿O era coincidencia que huellas de 1986 aparecieran ahora?

Necesitaba pensar. Necesitaba evidencia sólida. Necesitaba...

Su móvil sonó de nuevo. Garai.

—Mi despacho. Ahora.

Garai estaba de pie junto a la ventana de su oficina cuando Nerea entró. No se giró inmediatamente. Solo miró la ciudad abajo con expresión de hombre que sabe que todo va a explotar pronto.

—Los medios tienen información filtrada sobre las pulseras —dijo sin preámbulo—. ETB va a publicar esta noche. Pulseras con nombre de niño muerto en cada escena. Van a hacer conexión con San Ignacio, con Iker Uribe, con todo.

—¿Cómo consiguieron...?

—No lo sé. Pero lo tienen. —Se giró—. Necesito que me digas ahora mismo dónde estamos. Todo.

Nerea presentó: Iker Uribe, víctima de abuso por Fermín Salas. Sor Edurne lo evaluó y lo desestimó. Padre Eusebio enterró el caso. Salas despedido pero nunca procesado. Iker se suicidó. Conexión con víctimas actual: Arrizabalaga era la psicóloga que no lo creyó. Los otros representan silencios institucionales similares.

—¿Sospechosos?

—Aitor Salas, sobrino del profesor. Motivo, perfil violento, antecedentes problemáticos. Pero sin evidencia directa. Huella en escena no coincide con él.

—¿Con quién coincide?

—Menor de 1986. Registro sellado. Estamos trabajando en conseguir acceso.

Garai la estudió durante largo momento.

—¿Hay algo más que debas decirme?

Nerea mantuvo expresión neutral.

—No.

—Estás mintiendo. Te conozco hace once años. Sé cuando mientes. —Se sentó detrás de su escritorio—. ¿Qué no me estás diciendo?

Ella consideró sus opciones. Decir verdad sobre Mikel requería evidencia sólida. Decir verdad sobre su propia conexión con San Ignacio requería admitir compromiso emocional.

—Estudié en San Ignacio —dijo finalmente—. Los mismos años que Iker.

Silencio pesado.

—Mierda, Agirre.

—No lo recordaba hasta hace unos días. Memoria reprimida. Pero sí, estuve ahí.

—¿Deberías estar en este caso?

—Probablemente no.

—¿Quieres que te aparte?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque nadie más lo entiende como yo. Porque necesito terminarlo. —Pausa—. Y porque si hay conexión personal, puedo ver cosas que otros no verían.

Garai se frotó la cara con ambas manos.

—Si esto sale mal. Si comprometes la investigación por conflicto de interés...

—No lo haré.

—Más te vale.

La reunión terminó. Nerea salió sintiendo peso adicional en los hombros. Ahora Garai sabía. Ahora estaba bajo más escrutinio.

Pero al menos no le había preguntado qué más recordaba. No le había preguntado si había visto algo relevante.

Porque si hubiera preguntado, habría tenido que mentir más explícitamente.

O decir la verdad que la destruiría.

A las 22:34 Nerea estaba en su coche, aparcada frente al colegio San Ignacio. No había decidido conscientemente venir. Había salido de comisaría a las nueve, había conducido sin rumbo, y se había encontrado aquí.

El edificio estaba oscuro. Cuatro plantas de piedra gris con ventanas tapiadas. Verja metálica rodeando el perímetro. Carteles de "Prohibido el paso" oxidados por años de lluvia.

Pero había hueco en la verja. Alguien había cortado un trozo del metal en la parte trasera. Acceso fácil para okupas, vagabundos, adolescentes buscando lugar para beber.

O para alguien que necesitaba volver.

Nerea salió del coche. Llovía ligeramente. Caminó hacia la verja, encontró el hueco. Se quedó ahí durante cinco minutos completos, mirando el edificio.

¿Qué había pasado en ese sótano?

¿Qué le había hecho Fermín Salas a Iker Uribe?

¿Cuántos otros niños habían bajado esas escaleras?

¿Y cuántos habían callado como ella, siguiendo con sus vidas mientras Iker se ahorcaba en su habitación?

No entró. No esa noche. Pero se quedó ahí, bajo la lluvia, mirando las ventanas rotas del segundo piso donde había estado su aula.

Donde había visto algo.

Donde había decidido no ver.

A las 23:15 volvió al coche. Condujo a casa. Lobo la recibió con maullido ofendido. Lo alimentó mecánicamente. Se duchó sin registrar el agua. Se metió en la cama.

No intentó dormir. Sabía que no llegaría.

En lugar de eso, abrió el portátil. Buscó: *Mikel Uribe-Goenaga publicaciones académicas.*

Encontró lista extensa. Artículos sobre perfiles criminales. Sobre trauma infantil. Sobre psicopatología de justicieros.

Uno en particular, publicado en 2015 en revista de psiquiatría forense: *"El Trauma como Motor de Violencia Correctiva: Estudio de Casos de Venganza a Largo Plazo."*

Nerea lo descargó. Leyó el abstract:

Este estudio examina casos donde individuos traumatizados en infancia ejecutan violencia "correctiva" décadas después contra perpetradores o cómplices de su trauma original. El patrón común incluye: planificación extensa, simbolismo ritualístico, justificación moral rígida, y aceleración temporal hacia conclusión predeterminada...

Era descripción exacta del asesino que perseguían.

Escrita por Mikel Uribe.

Diez años antes de que empezaran los asesinatos.

Como si hubiera estado preparándose.

Como si hubiera estado estudiando exactamente lo que planeaba hacer.

Nerea cerró el portátil.

Ahora sabía.

No tenía pruebas que sostuvieran en tribunal. Pero sabía.

Mikel Uribe era el asesino.

Y ella era probablemente la próxima en su lista.

CAPÍTULO 9

LA FE CRUCIFICADA

Iglesia Abandonada Santa María, Basauri
Padre Joseba Arteaga

El Padre Joseba Arteaga despertó con sabor a metal en la boca y las manos atadas a la espalda. No recordaba haber bebido nada —hacía treinta años que no tocaba alcohol— pero la lengua se le pegaba al paladar como si hubiera pasado la noche con whisky barato. Intentó incorporarse y descubrió que también tenía los pies inmovilizados.

No estaba en su cama. Estaba en el suelo de piedra fría, con olor a humedad antigua y madera podrida. Parpadeó varias veces. La oscuridad era casi completa, rota solo por luz tenue que entraba a través de ventanas altas cubiertas de mugre.

Iglesia. Estaba en una iglesia.

No la suya. Hacía quince años que se había retirado del servicio activo. Vivía en piso pequeño de Bilbao la Vieja, sobrevivía con pensión mínima, dedicaba las tardes a pasear y las noches a mirar televisión que no registraba realmente. A los sesenta y nueve años, la vida se había reducido a rutina tan predecible que los días eran intercambiables.

¿Qué había pasado? ¿Cómo había llegado aquí?

Recordó. Salir de su piso a las seis de la tarde para comprar pan. El supermercado en la esquina. Luego... nada. Hueco negro.

Alguien lo había drogado. Secuestrado.

Intentó gritar pero el sonido salió amortiguado. Tenía cinta adhesiva en la boca. Respiró por la nariz, controlando pánico que amenazaba con desbordarse. Setenta años sobreviviendo la Guerra Civil de niño, el seminario, cuatro décadas como sacerdote, jubilación solitaria. No iba a morir con pánico.

Escuchó pasos.

Alguien caminaba en la oscuridad. Pisadas lentas, deliberadas. Acercándose desde el altar.

—Padre Joseba. —Voz masculina, distorsionada electrónicamente. Las vocales sonaban alargadas, artificiales—. Me alegro de que esté despierto. Tenemos mucho de qué hablar.

El hombre se materializó desde las sombras. Llevaba ropa oscura, guantes, capucha que ocultaba completamente el rostro. En la mano derecha sostenía algo que brillaba tenuemente con la luz filtrada de las ventanas. Metal. Largo.

Clavos.

—¿Sabe dónde está? —continuó la voz—. Iglesia de Santa María. Cerrada al culto desde 2011. Estructuralmente insegura, dijeron. Demasiado costosa de reparar. La diócesis prefirió abandonarla. Igual que abandonó a tantos otros.

El hombre se agachó, quedando a la altura de los ojos del sacerdote. Aunque el rostro estaba oculto, Joseba sintió el peso de la mirada.

—He estudiado su trayectoria pastoral, Padre. Treinta y ocho años de servicio. Párroco en Santutxu, luego en Deusto, finalmente asesor diocesano para asuntos de personal eclesiástico. Posición de confianza. Responsabilidad sobre otros sacerdotes. —Pausa—. Responsabilidad que no cumplió.

El hombre dejó los clavos en el suelo, uno por uno. Doce en total. Los colocó en fila perfecta, espaciados uniformemente.

—Entre 1989 y 2004, usted recibió denuncias sobre tres sacerdotes. Comportamiento inapropiado con menores. Abuso sexual documentado. Familias que pedían ayuda. Niños que pedían protección. —La voz mantenía calma terrible—. ¿Qué hizo con esas denuncias?

Joseba cerró los ojos. Sabía exactamente de qué hablaba.

—Las archivó. Transfirió a los sacerdotes a otras parroquias. Negoció pagos silenciosos con las familias. Destruyó documentos. Todo bajo instrucciones del obispado, por supuesto. "Proteger la reputación de la Iglesia." "Evitar escándalo." "Estos asuntos se manejan internamente."

El hombre se incorporó, caminó hacia el altar. Joseba escuchó el sonido de algo siendo arrastrado. Madera pesada sobre piedra.

—Uno de esos sacerdotes que usted protegió era el Padre Anselmo Garay. Capellán del colegio San Ignacio de Loyola entre 1985 y 1989. ¿Lo recuerda?

Joseba lo recordaba. Joven, carismático, popular con los estudiantes. Denunciado en 1987 por familia de un alumno. "Comportamiento inapropiado en sesiones de confesión." Joseba lo había transferido a Lekeitio. Parroquia pequeña, rural, donde podía "reflexionar sobre su conducta."

Garay había abusado de cuatro niños más en Lekeitio antes de que finalmente lo apartaran del sacerdocio en 1991. Ningún cargo penal. Solo expulsión discreta.

—Padre Garay murió en 2003. Cáncer de pulmón. Nunca enfrentó consecuencias reales. —El hombre volvió a aparecer en el campo de visión de Joseba, arrastrando ahora lo que parecía ser una cruz de madera. Grande. Dos metros de altura al menos—. Pero usted sigue vivo. Usted que permitió que siguiera dañando niños. Usted que eligió la institución sobre las víctimas.

El hombre levantó la cruz sin esfuerzo aparente. Era fuerte. Entrenado.

—Sabe qué es lo interesante, Padre? Usted dedicó vida entera a predicar sobre juicio final. Sobre rendir cuentas ante Dios. Sobre castigo eterno para los pecadores. —Pausa—. Esta noche recibirá el sacramento que mereciste dar.

Joseba intentó gritar de nuevo. El sonido murió contra la cinta adhesiva.

El hombre se acercó con los clavos.

—Esto va a doler. Mucho. Pero no lo suficiente. Nunca será suficiente comparado con lo que esos niños sufrieron.

Las manos del hombre se movieron con precisión quirúrgica.

Y comenzó.

Nerea Agirre

La llamada llegó a las 07:12, cuando Nerea llevaba despierta desde las 04:30 investigando cada publicación académica de Mikel Uribe que pudiera encontrar online. Garai, con voz que sonaba como si hubiera estado gritando:

—Santa María de Basauri. Iglesia abandonada al final de la calle Kareaga. Muévete.

No preguntó si era otro. Ya lo sabía.

Llegó veinticinco minutos después, bajo cielo gris que amenazaba tormenta. La iglesia estaba en zona industrial semi-abandonada, entre almacenes cerrados y solares vacíos. Edificio pequeño de piedra oscurecida por décadas de lluvia ácida, con torre de campanario que se inclinaba ligeramente hacia la izquierda.

Había seis coches patrulla. Ambulancia. Furgón de la científica. Y algo nuevo: furgoneta de la unidad de investigación criminal del País Vasco. Refuerzos que Garai había pedido pero que llegaban demasiado tarde.

Urtzi la esperaba en la entrada lateral, con expresión que Nerea no le había visto antes. Horror mal contenido bajo profesionalidad.

—Nerea. Esto es... —Se detuvo, buscando palabras—. Prepárate.

No había preparación posible.

El interior de la iglesia olía a humedad, palomas muertas y algo metálico. Sangre, reconoció Nerea. Mucha sangre.

El altar estaba en el extremo opuesto, elevado tres escalones sobre el suelo principal. Alguien había colocado focos portátiles que iluminaban la escena con crudeza blanca que no dejaba espacio para sombras misericordiosas.

El Padre Joseba Arteaga estaba crucificado.

No como imagen piadosa de retablo. Sino como ejecución romana real. La cruz de madera —dos vigas de construcción atadas con cordel industrial— estaba clavada verticalmente contra la pared del altar. El cuerpo del sacerdote colgaba de ella con los brazos extendidos completamente, las manos atravesadas por clavos largos de carpintería que habían sido martillados directamente a través de las palmas. Los pies, también clavados, uno sobre el otro. La cabeza caída hacia adelante, con corona de espinas real clavada en el cráneo. Ramas de zarza con púas de tres centímetros que habían perforado la piel, dejando sangre seca en regueros que bajaban por la frente.

Pero lo peor no era eso.

Clavados en el cuerpo —atravesando manos, pies, incluso el costado— había expedientes. Documentos oficiales en carpetas manila, atravesados por los mismos clavos que sostenían el cuerpo a la cruz. Doce expedientes en total. Nerea alcanzaba a leer algunos de los nombres en las etiquetas:

Expediente 237/1989 - Denuncia contra Padre Anselmo Garay

Expediente 584/1993 - Denuncia contra Padre Miguel Larrañaga

Expediente 712/1998 - Denuncia contra Padre Jon Mendizábal

Casos de abuso. Todos archivados. Todos firmados por Joseba Arteaga como asesor diocesano responsable.

Lekerika estaba tomando fotografías del cuerpo desde diferentes ángulos con cámara profesional. Ni siquiera levantó la vista cuando Nerea se acercó.

—Crucificado vivo —dijo con voz plana—. Los clavos atravesaron las muñecas, no las palmas. Técnicamente correcto para soportar el peso del cuerpo. Aun así, desgarramiento masivo de tejido. Hemorragia significativa pero no inmediatamente mortal.

—¿Causa de muerte?

—Asfixia posicional. En crucifixión, el peso del cuerpo comprime los pulmones. Para respirar, la víctima debe impulsarse hacia arriba usando las piernas. Cada respiración requiere fuerza. Eventualmente, agotamiento. Los músculos fallan. Ya no puede respirar. —Lekerika señaló las piernas del cadáver—. Basándome en abrasiones en pies y rodillas, duró entre seis y ocho horas. Intentando respirar. Fallando. Muriendo lentamente.

Nerea sintió náusea que tragó con violencia. Profesionalidad.

—¿Mensaje?

Lekerika señaló el púlpito de madera tallada que alguien había movido para que quedara frente a la cruz. Grabado en la superficie con herramienta afilada, letras profundas de cinco centímetros de altura:

JUZGADO POR TU DIOS

Las palabras habían sido talladas con precisión obsesiva. Sin vacilación. Sin error.

—La pulsera —dijo Nerea.

—Colgada del crucifijo.

Nerea miró hacia arriba. Sobre la cabeza del Padre Joseba, colgando del crucifijo de hierro forjado que coronaba la cruz: pulsera azul de plástico desgastado. El nombre escrito con rotulador negro.

IKER

Quinta escena. Quinta víctima. Quinta firma.

Amaia se acercó con tablet, mostrando fotos de los expedientes clavados al cuerpo.

—Los documentos son reales. Casos archivados entre 1989 y 2004. Todos gestionados por Joseba Arteaga cuando era asesor diocesano. Todos sacerdotes acusados de abuso sexual a menores. Todos transferidos a otras parroquias en lugar de ser entregados a autoridades.

—¿Los sacerdotes acusados?

—Dos muertos. Uno en residencia para clérigos retirados en Vitoria. —Amaia pasó páginas en la tablet—. Pero hay uno relevante. Padre Anselmo Garay. Capellán del colegio San Ignacio de Loyola entre 1985 y 1989.

El estómago de Nerea se tensó.

—¿Denunciado por qué?

—Abuso sexual en confesión. Familia de alumno de quinto curso denunció en 1987. Garay fue transferido a Lekeitio. Siguió abusando allí hasta que fue expulsado del sacerdocio en 1991. Murió en 2003.

Conexión directa. San Ignacio, 1985-1989. Los mismos años que Iker. El mismo período que Fermín Salas.

Dos abusadores en la misma institución. Dos hombres protegidos por el silencio. Uno por la dirección del colegio, otro por la Iglesia diocesana.

Y Joseba Arteaga había sido quien protegió al segundo.

Nerea se alejó de la escena, necesitaba aire. Salió por la puerta lateral a un patio trasero pequeño cubierto de maleza y basura. Respiró hondo tres veces. Lluvia había empezado a caer, fina pero persistente.

Escuchó pasos detrás de ella. Se giró. Mikel Uribe acababa de llegar, con paraguas negro y expresión profesional. Vestía traje oscuro bajo abrigo de lana. Parecía haber dormido bien.

—Inspectora —dijo, cerrando el paraguas—. Cinco en veintitrés días. La aceleración es notable.

—Notable. —Nerea repitió la palabra con tono neutro—. ¿Esa es su evaluación?

Mikel inclinó la cabeza ligeramente.

—¿Prefiere otro término?

—Prefiero entender por qué está tan tranquilo. Cinco personas muertas de manera brutal. Un patrón que señala directamente a trauma de abuso infantil institucional. Y usted actúa como si estuviera evaluando estudio de caso académico.

—Es mi trabajo mantener distancia profesional. Igual que el suyo. —Pausa—. ¿Puedo ver la escena?

Nerea lo estudió. Buscó señal. Cualquier cosa. Tensión en mandíbula. Temblor en manos. Algo que indicara que esto le afectaba personalmente.

Nada.

—Adelante.

Lo siguió adentro. Observó cómo Mikel examinaba la crucifixión. Se acercó a los expedientes clavados, leyó los nombres. Estudió la corona de espinas. El mensaje tallado. La pulsera colgando del crucifijo.

Cuando vio la pulsera, se detuvo. Tres segundos. Cuatro. Cinco.

Luego continuó como si nada.

—Simbolismo religioso extremo —dijo finalmente—. El asesino está diciendo que la justicia terrenal falló, así que implementa justicia divina. Crucifixión es declaración. No solo sobre este sacerdote específico sino sobre toda la institución que protegió abusadores.

—¿Cree que es creyente? ¿El asesino?

Mikel consideró la pregunta.

—Probablemente fue educado en fe católica. Conoce iconografía, ritual, simbolismo. Pero ha perdido fe en la institución. Tal vez en Dios mismo. Usa lenguaje religioso para condenar religión. Es... —buscó palabra— ...apostasía violenta.

Nerea tomó notas mentalmente. *Educado en fe católica.* Mikel había sido criado por familia adoptiva Uribe-Goenaga. Probable que fueran católicos practicantes en Euskadi de los años setenta-ochenta.

—¿Próxima víctima? —preguntó Nerea.

—Difícil predecir. Ha cubierto memoria histórica, infancia robada, violencia xenófoba, corrupción política, silencio eclesiástico. —Mikel hizo pausa—. Quedan dos silencios obvios en su taxonomía. Justicia que archiva casos. Y complicidad personal de testigos.

—¿Testigos?

—Gente que vio. Que supo. Que calló. —Mikel la miró directamente—. El silencio más común es el de quienes pudieron hablar pero eligieron no hacerlo.

El aire entre ellos se espesó. Nerea sostuvo la mirada.

—¿Sugiere que hay testigos en riesgo?

—Sugiero que el asesino tiene lista completa de todos los que contribuyeron al sufrimiento de su víctima original. Y no se detendrá hasta completarla.

—¿Su víctima original siendo Iker Uribe?

Mikel no mostró sorpresa ante el nombre.

—Es la hipótesis más coherente. Las pulseras, el colegio San Ignacio, el patrón de abusos institucionales. Todo señala a que Iker fue víctima que el asesino está vengando.

—¿Conoció a Iker?

Pregunta directa. Colgó en el aire durante tres segundos completos.

—No personalmente —dijo Mikel con calma absoluta—. Pero he investigado el caso extensivamente como parte del perfil. Niño de doce años, víctima de abuso, sistema falló completamente, se suicidó. Es precisamente el tipo de trauma que genera este tipo de violencia correctiva décadas después.

Mentira. Tenía que ser mentira. Misma fecha de nacimiento. Hermano gemelo. Imposible que no lo supiera.

Pero Nerea no tenía manera de confrontarlo sin revelar que lo había estado investigando ilegalmente.

—Si encuentra más sobre conexión entre Iker y las víctimas, avíseme —dijo Nerea.

—Por supuesto.

Mikel se alejó para hablar con Lekerika. Nerea salió de nuevo, esta vez al patio frontal donde Urtzi coordinaba con técnicos de la científica.

—¿Cómo lo encontraron? —preguntó.

—Llamada anónima a las siete de la mañana. Voz distorsionada electrónicamente. Dijo: "Iglesia Santa María de Basauri. Altar." Colgó. Rastreamos el número. Teléfono desechable comprado hace dos meses en gasolinera de Durango. Pagado en efectivo. Sin cámaras útiles.

—¿El sacerdote fue reportado desaparecido?

—No. Vivía solo. Retirado. Probablemente nadie notó su ausencia hasta ahora.

Como Mendoza. Como Etxebarria. El asesino elegía víctimas aisladas. Gente cuya desaparición no se notaría inmediatamente.

El móvil de Nerea vibró. Garai: *Reunión urgente 14:00. Todos. Sala principal.*

La reunión comenzó con tensión palpable. Sala de conferencias del tercer piso, llena más allá de capacidad. Todo el equipo de homicidios, refuerzos de la unidad criminal del País Vasco, dos inspectores de la policía nacional, y por primera vez, representante de la Fiscalía General: mujer de cincuenta y tantos con traje gris y expresión de quien no toleraba incompetencia.

Garai presidía con cara de hombre que ha dormido tres horas en cinco días.

—Estado —dijo simplemente.

Nerea presentó: cinco víctimas en veintitrés días, patrón claro de silencios institucionales, conexión con Iker Uribe y colegio San Ignacio establecida, aceleración temporal preocupante.

—Cada vez menos tiempo entre muertes —continuó—. Dieciocho días desde Mendoza hasta Etxebarria. Ahora cinco días desde Etxebarria hasta Arteaga. El asesino está llegando al final de su lista.

—¿Cuántos más en la lista? —preguntó la fiscal.

—Imposible saberlo con certeza. Pero basándonos en patrón... probablemente dos más. Tal vez tres.

—Necesito nombres de posibles víctimas. Protección inmediata.

Nerea abrió portátil, proyectó en pantalla:

POSIBLES PRÓXIMAS VÍCTIMAS:

1. Magistrados/jueces que archivaron casos relacionados: - Juez Mendizábal (archivó caso Fermín Salas) - Magistrada Ugarte (archivó demanda memoria histórica) - Fiscal Etxebarria (archivó casos bebés robados)

2. Personal administrativo cómplice: - Directores de instituciones - Secretarios diocesanos

3. Testigos que callaron

El silencio que siguió fue pesado.

—Estamos hablando de docenas de personas potenciales —dijo uno de los inspectores de la nacional—. No tenemos recursos para protegerlas a todas.

—Entonces prioricen —dijo la fiscal—. Magistrada Ugarte encabeza la lista. Contacto inmediato. Protección 24/7.

—Ya está en marcha —confirmó Garai.

Mikel levantó la mano ligeramente.

—Puedo ofrecer observación sobre priorización.

Todos lo miraron.

—El asesino no está eligiendo víctimas al azar dentro de categorías. Hay progresión específica. De lo público a lo privado. De lo institucional a lo personal. Las primeras víctimas fueron figuras públicas con crímenes documentados. Esta última —señaló hacia foto del Padre Joseba en pantalla— fue más íntima. Protegió abusadores que operaban en espacios cerrados, con víctimas específicas.

—¿Hacia dónde va? —preguntó Garai.

—Hacia víctima que tuvo contacto directo con Iker Uribe. Alguien que estuvo ahí. Que vio. Que pudo intervenir y no lo hizo. —Pausa—. El próximo silencio será el de la complicidad personal.

Nerea sintió frío en la columna vertebral.

—¿Testigos del abuso?

—O del suicidio. O del deterioro que llevó a él. Familia, vecinos, compañeros de clase, cualquiera que supiera que algo estaba mal y eligió no actuar.

La fiscal tomó notas.

—Necesito lista de personas que tuvieron contacto con Iker Uribe en 1986. Empiecen con la madre.

—La madre murió en 2023 —dijo Nerea.

—¿Otros familiares?

—Tenía hermano gemelo. Adoptado a los seis años por otra familia. Registros sellados.

—Abran los registros. Orden judicial si es necesario. —La fiscal cerró su carpeta—. Ese hermano puede ser clave. O víctima potencial.

Nerea miró a Mikel. Él sostuvo su mirada con expresión completamente neutral.

—Trabajaremos en localizarlo —dijo Garai.

La reunión continuó. Asignaciones de tareas. Protocolos de protección. Coordinación con medios que ya estaban publicando especiales sobre "El Asesino de los Silencios" —nombre que algún periodista había inventado y que ahora se repetía en todos los titulares.

Cuando terminó, Mikel recogió sus cosas para irse. Nerea lo interceptó en el pasillo.

—Doctor. La frase que usó antes. "La historia es testigo." La he escuchado antes.

Mikel se detuvo.

—Es expresión común.

—Apareció en la grabación enviada a Mendoza. El asesino la usó.

—¿Sí? —Mikel pareció considerar esto—. Interesante. Tal vez compartimos referente cultural. O tal vez es coincidencia. El castellano tiene limitaciones. Frases se repiten.

—¿Cree en coincidencias?

—Creo que el cerebro humano busca patrones incluso donde no existen. A veces cigarro es solo cigarro, inspectora.

Se alejó por el pasillo con paso tranquilo.

Nerea volvió a su despacho. Cerró la puerta. Abrió documento nuevo en su portátil.

EVIDENCIA CONTRA MIKEL URIBE:

1. Hermano gemelo de Iker - CONFIRMADO 2. Fecha nacimiento coincidente - CONFIRMADO 3. Nunca menciona conexión personal - SOSPECHOSO 4. Demasiado tranquilo en escenas - SUBJETIVO 5. Usa frase de grabación del asesino - CONFIRMADO 6. Publica sobre venganza a largo plazo - CONFIRMADO 7. Conocimiento médico/quirúrgico - CONFIRMADO (psiquiatra) 8. Huella 1986 podría coincidir - PENDIENTE VERIFICACIÓN

EVIDENCIA INSUFICIENTE PARA ARRESTO PERO SUFICIENTE PARA INVESTIGACIÓN FORMAL

Debía llevárselo a Garai. Ahora. Inmediatamente.

Pero si lo hacía sin pruebas sólidas, Mikel simplemente negaría todo. Diría que sí, era hermano de Iker, pero que no había mencionado conexión por conflicto de interés. Que había estado ayudando desde la distancia profesional. Que todo era coincidencia.

Y sin evidencia física —sin huellas confirmadas, sin testigos, sin nada concreto— sería su palabra contra las sospechas de Nerea.

Necesitaba más.

Su móvil vibró. Urtzi: *Tenemos a Aitor Salas. Encontramos cosas en su apartamento. Sala 2.*

Aitor Salas estaba sentado en sala de interrogatorios con expresión de hombre que sabía exactamente por qué estaba ahí y había aceptado su destino hace tiempo.

Sobre la mesa: tres carpetas manila, docena de fotografías impresas, recortes de prensa, mapa de Bilbao con ubicaciones marcadas.

Nerea entró con Urtzi. Se sentó frente a Aitor sin saludar.

—Explique.

Aitor miró el material sobre la mesa.

—Mi tío Fermín era monstruo. Lo supe cuando tenía diecisiete años. Mi madre me lo contó antes de morir. Me dijo que él... que me había hecho cosas cuando era pequeño. Que ella no se había dado cuenta hasta que era tarde. Que lo sentía.

—¿Qué hizo con esa información?

—Nada durante años. Fermín ya estaba muerto. Qué sentido tenía? —Aitor se pasó manos por la cara—. Pero luego empecé a investigar. Quería saber cuántos más. Cuántos niños había dañado. Encontré denuncias archivadas. Testimonios enterrados. Nombres.

—¿Nombres de qué?

—De víctimas. De cómplices. De gente que sabía y calló. —Señaló las carpetas—. Pasé cinco años juntando información. Sor Edurne, que lo evaluaba y decía que los niños mentían. El Padre Joseba, que protegió al capellán que trabajaba con Fermín. Mendoza, que escribió historia del colegio sin mencionar qué pasaba en el sótano. Todos ellos sabían. Todos callaron.

Nerea abrió una carpeta. Dentro: dosier completo sobre Sor Edurne. Fechas de trabajo en orfanato. Casos de bebés robados documentados. Direcciones actuales. Rutina diaria.

—¿Planeaba matarla?

—Quería justicia. Pero no sabía cómo conseguirla. Denuncias no servían. Casos archivados. Prescripciones. —Aitor la miró

directamente—. Y luego empezaron a morir. Uno por uno. Y pensé... pensé que alguien lo estaba haciendo por mí.

—¿Quién?

—No lo sé. Lo juro. Pensé que tal vez otra víctima. Alguien que Fermín dañó. Alguien con valor que yo no tenía.

Urtzi colocó foto sobre la mesa. Mikel Uribe, extraída de web del hospital.

—¿Lo conoce?

Aitor estudió la foto.

—No.

—¿Está seguro?

—Nunca lo he visto.

Nerea sacó foto de anuario escolar de 1986. Iker Uribe.

—¿Y este?

Aitor negó.

—No.

O era muy buen mentiroso o realmente no conocía a Iker ni a Mikel.

—Las carpetas sobre las víctimas —dijo Nerea—. ¿Quién más tiene acceso a esta información?

—Nadie. Las guardaba en mi apartamento.

—¿Alguien pudo entrar? ¿Fotocopiarlas?

Aitor dudó.

—Hace tres meses dejé apartamento abierto cuando bajé a tirar basura. Quince minutos máximo. Cuando volví, tuve sensación de que alguien había estado ahí. Pero nada faltaba. Pensé que era paranoia.

Tres meses. Justo antes de que empezaran los asesinatos.

Nerea y Urtzi salieron de la sala. Hablaron en voz baja en el pasillo.

—¿Le crees? —preguntó Urtzi.

—Sí. Es víctima rota buscando sentido. No asesino metódico. —Pausa—. Pero alguien tuvo acceso a su investigación. Alguien la usó como mapa.

—¿Mikel?

—Encajaría. Psiquiatra forense tendría conocimiento de cómo acceder a apartamento sin dejar rastro. Capacidad de identificar víctima potencial como Aitor y usarlo.

—¿Lo arrestamos?

—Con qué cargos? Tenemos conexión familiar que no mencionó. Tenemos comportamiento sospechoso. No tenemos evidencia de crimen.

—La huella de 1986.

—Amaia sigue trabajando en conseguir nombre. Registros sellados. —Nerea miró hacia sala de interrogatorios—. Suelta a Aitor. Vigilancia 24/7. Si es inocente, está en peligro. Si es culpable, cometerá error.

Salieron de comisaría a las 21:30. Lluvia había parado pero el aire olía a tormenta próxima. Nerea condujo a casa en piloto automático.

Lobo la recibió con indiferencia habitual. Lo alimentó. Preparó té que no bebió. Se duchó bajo agua tan caliente que le dejó piel roja.

Se metió en cama a medianoche.

Pensó en cinco cadáveres. En pulseras azules. En niño de doce años que nadie protegió.

Pensó en Mikel Uribe, ayudándoles a investigar sus propios crímenes con calma de quien sabe que nunca lo atraparán.

Pensó en ella misma, once años, viendo algo y eligiendo no ver.

A las 02:40 tomó decisión.

Mañana conseguiría esa huella de 1986. Conseguiría nombre oficial. Y si coincidía con Mikel, iría directa a Garai con todo.

Aunque significara admitir que ella también había estado ahí.

Que ella también había callado.

Que ella también merecía estar en su lista.

Cerró los ojos. Intentó dormir.

El sueño no llegó hasta el amanecer, y cuando llegó, soñó con crucifixión.

Pero no era el Padre Joseba en la cruz.

Era Iker Uribe, de doce años, mirándola con ojos que preguntaban:

¿Por qué no dijiste nada?

CAPÍTULO 10

EL SOSPECHOSO CONVENIENTE

Sala De Interrogatorios / Apartamento Aitor Salas
Nerea Agirre

El registro del apartamento de Aitor Salas comenzó a las 09:15 de la mañana, con orden judicial expedida en tiempo récord gracias a presión que Garai había ejercido sobre el juez de guardia. Nerea llegó cuando los técnicos de la científica ya llevaban cuarenta minutos trabajando en el piso de la calle Autonomía, edificio de protección oficial de los años setenta con ascensor que no funcionaba y olor a frituras permanente en el hueco de la escalera.

El apartamento era pequeño, dos habitaciones, cocina americana, baño con azulejos desconchados. Aitor Salas vivía con la austeridad de quien había aprendido a no esperar comodidades. Muebles básicos de Ikea, televisión antigua, nevera con dos cervezas y yogur caducado. La habitación principal tenía cama sin hacer, ropa doblada con pulcritud militar sobre silla, zapatillas alineadas junto a armario.

Era la segunda habitación la que importaba.

Amaia estaba fotografiando el interior cuando Nerea entró. La habitación pequeña —probablemente pensada como despacho o trastero— había sido convertida en centro de operaciones. Mesa de trabajo con ordenador portátil, impresora, lámpara de escritorio. Y

sobre la mesa, cubriendo cada centímetro disponible: carpetas, documentos, fotografías.

—Mira esto —dijo Amaia, señalando con guante de látex.

Cinco carpetas manila, etiquetadas a mano con rotulador negro:

MENDOZA, Iñaki
ARRIZABALAGA, Edurne
GARMENDIA, Patxi
ETXEBARRIA, Begoña
ARTEAGA, Joseba

Las cinco víctimas.

Nerea abrió la primera carpeta. Dentro: dosier completo sobre Iñaki Mendoza. Fotocopia de portadas de sus libros. Artículos donde defendía su omisión de la represión franquista. Dirección de su domicilio en Abando, subrayada en rojo. Fotografías que parecían tomadas desde la calle: Mendoza saliendo de su portal, Mendoza en terraza de café, Mendoza caminando por Gran Vía.

Vigilancia. Planificación metódica.

La segunda carpeta contenía información similar sobre Sor Edurne: historial laboral en el orfanato, recortes de prensa sobre el escándalo de bebés robados, dirección actual, rutina diaria documentada con precisión obsesiva. *07:30 - misa en San Vicente. 09:00 - supermercado Eroski. 11:00 - paseo por parque Etxebarria.*

Las otras tres carpetas seguían el mismo patrón. Cada víctima estudiada exhaustivamente. Cada movimiento documentado. Cada conexión con el pasado catalogada.

—Hay más —dijo Amaia, señalando la pared sobre la mesa.

Clavado con chinchetas: mapa grande de Bilbao. Ubicaciones marcadas con círculos rojos: Monte Artxanda, capilla Virgen de Begoña, almacén en Zorrozaurre, casa de Etxebarria en Getxo,

iglesia Santa María en Basauri. Las cinco escenas del crimen, identificadas antes de que ocurrieran.

Y en el margen del mapa, escrito a mano con letra que temblaba ligeramente: *Colegio San Ignacio - 1986 - Todo empezó ahí.*

Nerea sintió algo frío en el estómago. Era demasiado perfecto. Demasiado obvio.

—¿El ordenador?

—Protegido con contraseña. Los informáticos están trabajando en ello.

—¿Algo más?

Amaia señaló caja de zapatos sobre el estante. Dentro: guantes de jardinería de lona gruesa, del tipo que se usaba para trabajar con tierra. Amaia los había colocado ya en bolsa de evidencias transparente.

—Trazas de tierra en los dedos. Composición preliminar coincide con la del monte Artxanda. Estamos haciendo análisis completo.

Demasiado perfecto.

—¿Huellas en los guantes?

—Solo de Aitor. Múltiples, claras, como si los hubiera usado repetidamente.

—¿Cuándo fue la última vez que accedieron al apartamento los técnicos de mantenimiento?

Amaia consultó su tablet.

—El portero dice que hace tres meses entraron a revisar una fuga de agua del piso superior. Aitor no estaba. El portero les abrió. Quince minutos dentro.

Tres meses. El mismo período que Aitor había mencionado ayer cuando habló de la sensación de que alguien había estado en

su apartamento.

Nerea estudió la escena. Si Aitor era el asesino, había sido extraordinariamente descuidado dejando toda esta evidencia visible. O extraordinariamente arrogante. Ninguna de las dos cosas encajaba con el perfil de alguien capaz de ejecutar cinco asesinatos meticulosamente planeados sin dejar rastro útil durante veintitrés días.

Pero la evidencia estaba ahí. Tangible. Fotografiable. Presentable ante un juez.

—Documéntalo todo —dijo Nerea—. Quiero cada fotografía, cada documento, cada objeto catalogado y empaquetado según protocolo. Sin errores.

—¿Crees que es él?

Nerea no respondió inmediatamente. Miró las cinco carpetas, el mapa, los guantes con tierra del monte Artxanda.

—Creo que tenemos suficiente para arrestarlo formalmente.

No era respuesta a la pregunta que Amaia había hecho.

La sala de interrogatorios número dos olía a café frío y sudor ansioso. Aitor Salas llevaba esperando desde las 10:30, custodiado por dos agentes uniformados. Ahora eran las 14:15 y su abogado de oficio —hombre joven con traje barato y maletín que parecía contener solo un bloc de notas— acababa de llegar después de tres horas de retraso atribuidas a "tráfico."

Nerea entró con Urtzi, dejando dos carpetas sobre la mesa metálica. Aitor las miró sin expresión particular. Cansancio, quizás. Resignación.

—Hemos registrado su apartamento —comenzó Nerea, sentándose frente a él—. Tenemos orden judicial. Todo legal.

—Vale.

—¿Quiere saber qué encontramos?

Aitor se encogió de hombros.

—Supongo que me lo van a decir de todos modos.

Nerea abrió la primera carpeta, colocó fotografías sobre la mesa. Las cinco víctimas. Los dossiers. El mapa con ubicaciones marcadas.

—Información detallada sobre cinco personas que han sido asesinadas. Vigilancia documentada. Escenas del crimen marcadas en mapa antes de que ocurrieran. —Pausa—. ¿Cómo explica esto?

El abogado se inclinó hacia Aitor, le susurró algo. Aitor negó con la cabeza.

—Ya les dije ayer. Investigaba. Quería saber quiénes habían protegido a mi tío. Quiénes habían dejado que siguiera dañando niños.

—¿Para qué?

—Para entender. Para saber por qué nadie hizo nada.

—¿Y las fotografías de vigilancia?

—Quería verlos. Ver cómo vivían. Gente que arruinó vidas y seguía adelante como si nada.

Urtzi colocó foto de los guantes sobre la mesa.

—Encontramos estos en su apartamento. Guantes con tierra del monte Artxanda. Donde enterraron a Iñaki Mendoza.

Aitor miró los guantes durante largo momento.

—Trabajo en almacén de materiales de construcción. Manejo tierra, grava, arena todo el tiempo. Esos guantes son de trabajo.

—La composición específica coincide con la del monte Artxanda.

—No sé qué decirles. Nunca he estado en el monte Artxanda.

—¿Nunca?

—Bueno, de niño tal vez. Excursiones escolares. Pero hace décadas.

El interrogatorio continuó. Nerea presionaba, Aitor negaba. Las horas se extendieron. Café que nadie bebía. Vasos de agua que se acumulaban sobre la mesa. El abogado tomaba notas esporádicas que probablemente no servían de nada.

A las 17:30, Garai entró brevemente, se llevó a Nerea al pasillo.

—Necesito cargos antes de las nueve de la noche. El consejero de Interior está respirándome en el cuello. Los medios quieren sangre. Dame algo.

—La evidencia es circunstancial. Todo podría haber sido plantado.

—¿Por quién?

—Por el asesino real. Usando a Aitor como chivo expiatorio.

Garai se frotó la cara con ambas manos.

—¿Tienes prueba de eso?

—Intuición.

—La intuición no sirve ante un juez. —Señaló hacia la sala de interrogatorios—. Tenemos vigilancia, planificación documentada, material físico que lo conecta con la primera escena. Es más de lo que hemos tenido en veintitrés días. Prénsalo hasta que confiese.

—No va a confesar algo que no hizo.

—Entonces que lo demuestre con coartadas sólidas.

Garai se fue. Nerea volvió a la sala.

—Necesito que me diga exactamente dónde estuvo cada noche —dijo, colocando calendario sobre la mesa con las fechas de los cinco asesinatos marcadas en rojo.

Aitor recitó rutina idéntica para cada fecha: trabajo hasta las seis, casa, cena, televisión, cama. Solo. Sin testigos. Sin llamadas telefónicas. Sin transacciones con tarjeta que pudieran confirmar ubicación.

—¿No tiene novia? ¿Amigos? ¿Alguien con quien habla?

—No.

—¿Familia?

—Mi madre murió hace siete años. Mi tío Fermín está muerto. No tengo a nadie.

La soledad en su voz era genuina. El tipo de aislamiento que se construía durante décadas de rechazo social y trauma sin procesar.

A las 19:45 llamaron a la puerta. Nerea salió. Era el técnico informático con el portátil de Aitor.

—Conseguí acceso. La contraseña era "Iker1986". —El técnico abrió el ordenador, mostró historial de búsquedas—. Búsquedas extensivas sobre las cinco víctimas. Artículos sobre cada caso. Mapas de rutas entre sus domicilios. Y esto.

Abrió documento de Word. Título: *Los que callaron.* Debajo, lista de nombres con información detallada:

Iñaki Mendoza - Historiador que borró la memoria
Edurne Arrizabalaga - Psicóloga que no creyó
Patxi Garmendia - Violencia sin castigo
Begoña Etxebarria - Codicia que envenena
Joseba Arteaga - Fe que protege monstruos

Y al final de la lista, sin información adicional:

Otros que vieron y callaron - Pendiente identificar

Nerea leyó el documento tres veces. Luego volvió a la sala de interrogatorios.

—Tenemos su ordenador —dijo, colocándolo sobre la mesa—. Lista con las cinco víctimas. Descripciones de sus crímenes. ¿Aún mantiene que solo estaba "investigando"?

Aitor miró la pantalla. Algo cambió en su expresión. No culpa. Confusión.

—Yo no escribí eso.

—Está en su ordenador. Con su contraseña.

—Sí, la contraseña es mía. Pero ese documento... —Se inclinó hacia adelante—. Yo tenía notas. Información que había juntado. Pero no en ese formato. No con esas palabras.

—¿Qué palabras?

—"Violencia sin castigo." "Fe que protege monstruos." Yo no escribo así. Suena a... no sé. A libro. A discurso.

—¿Cuándo accedió a su ordenador por última vez?

—Hace dos días. Antes de que me arrestaran.

—¿Y el documento estaba ahí?

—No lo sé. Nunca lo había abierto.

Urtzi intercambió mirada con Nerea. Fecha de creación del documento: tres meses atrás. Última modificación: hace seis días.

Alguien había accedido al ordenador de Aitor hacía seis días y modificado el documento. O lo había creado entonces, con fecha falsa retroactiva.

Nerea sintió certeza creciente. Esto era montaje. Alguien había plantado evidencia sistemáticamente. Alguien con conocimiento forense suficiente para saber exactamente qué buscaría la policía.

Pero antes de poder articular eso, la puerta se abrió. Garai entró, y con él, Mikel Uribe.

—El doctor Uribe se ofreció para ayudar con el interrogatorio —dijo Garai—. Técnicas de evaluación psicológica que pueden ser útiles.

Mikel llevaba maletín pequeño, vestía camisa blanca sin chaqueta, con aspecto de quien había estado trabajando largo día. Se sentó al lado de Nerea, abrió libreta.

—Señor Salas —comenzó con voz amable, profesional—. Soy el doctor Uribe, psiquiatra forense. Estoy aquí para ayudar. No como acusador sino como alguien que quiere entender.

Aitor lo miró con desconfianza.

—No necesito psiquiatra.

—Por supuesto que no. Pero a veces hablar con alguien neutral puede clarificar las cosas. —Mikel sonrió levemente—. He revisado el material encontrado en su apartamento. Es trabajo impresionante. Meticuloso. Muestra dedicación real.

—No es lo que piensan.

—¿Qué es entonces?

—Búsqueda de verdad. Nada más.

Mikel asintió, tomó nota.

—La verdad es importante. Especialmente cuando ha sido enterrada durante tanto tiempo. —Pausa—. Su tío Fermín abusó de usted cuando era niño, ¿verdad?

El abogado intentó objetar pero Aitor lo detuvo con gesto de mano.

—Sí.

—¿Cuántos años tenía?

—Cinco. Seis. No recuerdo exactamente cuándo empezó. Solo sé que pasó.

—¿Y cuándo terminó?

—Cuando tenía ocho. Mi madre lo descubrió. Lo confrontó. Él negó todo. Ella me sacó de su casa. Nunca volvimos a verlo.

—Pero el daño ya estaba hecho.

—Sí.

Mikel escribió algo. Luego levantó la vista con expresión comprensiva.

—Cuando alguien sufre trauma así, especialmente de niño, la rabia se queda adentro. Años. Décadas. Buscando salida. Buscando justicia que nunca llegó. —Voz suave, casi hipnótica—. ¿Alguna vez fantasió con venganza?

—Todo el mundo fantasea con cosas.

—Por supuesto. Pero me refiero a fantasías específicas. Detalladas. Sobre hacerles pagar a quienes permitieron que su tío siguiera libre para dañarlo.

—A veces. Sí.

—¿Qué tipo de fantasías?

Aitor dudó. Luego:

—Imaginaba confrontándolos. Diciéndoles lo que habían hecho. Obligándolos a admitir su culpa.

—¿Solo confrontación verbal? ¿O algo más?

—A veces imaginaba... violencia. Pero solo fantasía. Nunca haría nada.

Mikel asintió como si eso confirmara algo.

—La línea entre fantasía y acción puede ser difusa cuando el dolor es suficientemente grande. Cuando la injusticia es demasiado clara. —Se inclinó ligeramente hacia adelante—. Estas cinco personas que investigó tan cuidadosamente. Todas protegieron a abusadores. Todas permitieron que niños sufrieran. ¿No es cierto?

—Sí.

—Y todas merecían consecuencias que nunca tuvieron.

—Sí.

—Entonces cuando empezaron a morir, ¿qué sintió?

Pregunta directa. Colgó en el aire.

—Alivio —admitió Aitor—. Sé que está mal. Pero sentí alivio. Sentí que finalmente alguien hacía algo.

—¿Alguien como usted?

—No. Yo no...

—Pero entendía al asesino. Compartía su rabia. Su sentido de justicia.

—Entender no es igual a hacer.

—No. Pero a veces la comprensión profunda puede desdibujar límites. —Mikel pausó, dejó silencio expandirse—. ¿Alguna vez sintió que usted podría ser ese alguien? ¿Que podría hacer lo que la justicia no hizo?

Nerea observaba el intercambio con creciente incomodidad. Mikel estaba guiando a Aitor hacia autoincriminación, pero de manera tan sutil que parecía terapia compasiva.

—A veces pensaba en ello —dijo Aitor lentamente—. Pero pensar no es hacer.

—Por supuesto. Pero ayúdeme a entender. Cuando pensaba en ello, ¿cómo imaginaba que sería? ¿Rápido? ¿Violento? ¿Simbólico?

—No sé. Nunca llegaba tan lejos.

—¿Seguro? Porque el nivel de detalle en su investigación sugiere planificación. Mapas. Rutinas. Ubicaciones. Es exactamente lo que necesitaría alguien que quisiera... corregir injusticias.

—Investigar no es planear asesinato.

—No. Pero puede ser el primer paso. —Mikel abrió una de las carpetas, sacó foto de Mendoza muerto en la fosa—. Esto requirió planificación extensa. Conocimiento del terreno. Capacidad física. ¿Alguna vez estuvo en el monte Artxanda?

—Ya dije que no. Bueno, de niño tal vez.

—¿Tal vez? ¿O seguro?

—No recuerdo.

—Los guantes en su apartamento tienen tierra de allí.

—Trabajo con tierra todo el tiempo.

—Tierra específicamente de ese monte. —Mikel colocó foto de los guantes—. ¿Cómo explica eso?

—No puedo.

—¿Porque no hay explicación inocente?

El abogado finalmente intervino.

—Mi cliente ha respondido esa pregunta.

Mikel ignoró la objeción, mantuvo ojos en Aitor.

—Las cinco víctimas fueron elegidas con criterio muy específico. Todas conectadas con silencios institucionales. Todas castigadas de manera simbólica que reflejaba sus crímenes. Eso requiere comprensión profunda. Empatía con las víctimas originales. —Pausa—. Usted tiene esa comprensión. Usted es víctima. Sabe lo que es sufrir mientras otros miran hacia otro lado.

—Sí.

—Entonces entiende por qué el asesino hizo lo que hizo.

—Entender no es aprobar.

—¿Pero aprueba? En lo profundo, ¿siente que obtuvieron lo que merecían?

Aitor no respondió inmediatamente. Cuando habló, su voz era apenas audible.

—Sí. Merecían sufrir.

—¿Como sufrieron los niños que no protegieron?

—Sí.

—¿Como sufrió usted?

—Sí.

Mikel escribió nota larga. Luego cerró la libreta.

—Gracias por su honestidad, señor Salas. Ha sido muy esclarecedor.

La sesión continuó. Pero algo había cambiado. Aitor estaba más a la defensiva ahora, más confundido. Mikel había plantado semilla de duda no solo en los investigadores sino en el propio Aitor.

A las 22:30, después de doce horas de interrogatorio, con breaks mínimos para comida y baño, Garai volvió a entrar.

—Una última oportunidad —dijo—. Si confiesa ahora, el fiscal considerará circunstancias atenuantes. Trauma infantil. Justicia frustrada. Puede hacer diferencia entre cadena perpetua y veinticinco años.

Aitor miró sus manos sobre la mesa.

—No maté a nadie.

—Entonces ¿cómo explica la evidencia?

—No puedo. Alguien me está inculpando. Alguien usó mi investigación, plantó cosas en mi apartamento, me está usando.

—¿Quién haría eso?

—No lo sé. Pero no fui yo.

Garai suspiró, se levantó para salir. En la puerta, se giró.

—Tiene hasta mañana mediodía para decidir. Después, el fiscal presenta cargos con o sin confesión.

Nerea salió del edificio a las 23:15. Lluvia había vuelto, fina pero persistente. Bilbao brillaba bajo farolas naranjas, tráfico escaso de noche entre semana.

Urtzi la alcanzó en el aparcamiento.

—¿Qué piensas?

—Pienso que Garai quiere cerrarlo. Pienso que la evidencia encaja demasiado perfectamente. Pienso que Aitor es víctima, no asesino.

—Pero tenemos material físico. Vigilancia documentada. Móvil claro.

—Tenemos lo que alguien quiere que tengamos. —Nerea abrió la puerta de su coche—. El asesino real nos está dando un sospechoso perfecto. Y casi funciona.

—¿Casi?

—Mikel dijo algo durante el interrogatorio. "Arquitectura del silencio." Lenguaje específico, sofisticado. Aitor repitió frases similares después. "Tableaux moral" cuando describía cómo imaginaba confrontar a los cómplices. "Justicia poética" cuando hablaba de las muertes.

—¿Y?

—Aitor trabajaba en almacén. No tiene educación universitaria. No lee poesía. No usa términos así naturalmente. —Pausa—. Alguien le puso esas palabras en la boca.

—Mikel.

—Sí.

Urtzi procesó esto.

—¿Crees que Mikel es el asesino?

—Creo que es hermano gemelo de Iker Uribe y nunca lo mencionó. Creo que guía interrogatorios hacia conclusiones

predeterminadas. Creo que usa lenguaje idéntico al del asesino. Pero no puedo probarlo.

—¿Se lo has dicho a Garai?

—No todavía. Necesito más.

Condujo a casa bajo lluvia que se intensificaba. Lobo la recibió con maullido que era más queja que saludo. Lo alimentó mecánicamente. Se duchó sin registrar el agua.

A las 02:30 estaba sentada en el sofá con portátil abierto, revisando grabación del interrogatorio. Escuchó la voz de Mikel, tranquila, guiando. *"Arquitectura del silencio. Tableaux moral. Justicia poética."*

Luego escuchó a Aitor repitiendo esos términos horas después, cuando estaba agotado, confundido, vulnerable.

Mikel había implantado lenguaje. Había manipulado confesión.

Nerea abrió documento nuevo. Escribió:

EVIDENCIA MANIPULACIÓN MIKEL URIBE:

1. Usa terminología específica en interrogatorio 2. Aitor repite términos horas después 3. Guía hacia autoincriminación sin que parezca coerción 4. Acceso a apartamento de Aitor hace 3 meses (técnicos mantenimiento) 5. Conocimiento médico para plantar evidencia sin detección 6. Motivo personal (hermano de Iker)

PROBLEMA: Necesito prueba de que estuvo en apartamento de Aitor PROBLEMA: Necesito prueba de que plantó evidencia PROBLEMA: Necesito confirmar huella de 1986

Su móvil vibró. Mensaje de Amaia, enviado hace quince minutos:

Conseguí nombre de huella 1986. Registro sellado pero juez autorizó acceso. Te llamo mañana 09:00 con detalles.

Nerea miró el reloj. 03:47. Cuatro horas hasta que Amaia llamara. Cuatro horas hasta saber si la huella era de Mikel.

Cuatro horas durante las cuales Aitor Salas estaba en celda, asumiendo culpa que no tenía, mientras asesino real ayudaba a construir caso contra él.

Se recostó en el sofá. Cerró los ojos. No durmió.

A las 07:30 su móvil sonó. No era Amaia. Era Garai.

—Aitor Salas acaba de confesar.

Nerea se incorporó bruscamente.

—¿Qué?

—Confesión completa. Firmada hace veinte minutos. Su abogado estaba presente. Todo legal.

—¿Qué dijo exactamente?

—Que planeó los cinco asesinatos durante años. Que ejecutó cada uno personalmente. Que no se arrepiente porque las víctimas merecían sufrir.

—Esto no tiene sentido. Ayer negaba todo.

—Ayer llevaba doce horas de interrogatorio. Anoche tuvo tiempo para pensar. Decidió que confesar era su única opción. —Pausa—. La fiscal está preparando cargos. Conferencia de prensa a las once. Quiero que estés ahí.

—Jefe, algo está mal. La confesión—

—Es legal. Voluntaria. Con abogado presente. Suficiente para el fiscal. —Tono que no admitía discusión—. A las once. Preséntate.

Colgó.

Nerea llamó a Urtzi inmediatamente.

—¿Escuchaste?

—Sí. Estoy en comisaría. Acabo de leer la confesión. Es... detallada. Describe cada asesinato con precisión que solo el asesino

sabría.

—O que alguien le dijo qué decir.

—Nerea. Está firmada. Legalmente válida.

—¿Quién estuvo con él anoche?

—Solo su abogado. Y... —Pausa—. Mikel Uribe pasó brevemente. Dijo que quería verificar estado mental de Aitor después del interrogatorio extenso. Protocolo estándar.

Por supuesto que sí.

Nerea se vistió en diez minutos. Condujo a comisaría bajo cielo gris que amenazaba más lluvia. Llegó a las 08:45, fue directamente a celdas.

El oficial de guardia la dejó ver a Aitor a través de la ventanilla. Estaba sentado en el catre, mirando la pared. Expresión vacía. Derrotada.

—Necesito hablar con él.

—Garai dijo que no.

—Cinco minutos.

—Lo siento, inspectora.

Nerea volvió a su despacho. Abrió la confesión escrita en el sistema. Leyó cada palabra.

Era perfecta. Demasiado perfecta. Describía motivación psicológica con lenguaje clínico. Explicaba planificación con detalle preciso. Admitía cada asesinato con narrativa coherente que encajaba exactamente con evidencia física.

Sonaba como había sido escrita por psiquiatra forense.

Sonaba como Mikel Uribe.

Su móvil sonó. Amaia.

—Tengo el nombre de la huella.

—Dime.

—Mikel Uribe Garay. Huellas tomadas en Hospital Basurto, noviembre 1986. Protocolo médico estándar para menores tratados en urgencias. —Pausa—. Es el mismo Dr. Uribe que está ayudando en la investigación.

Nerea cerró los ojos.

—¿Estás segura?

—Coincidencia del 94%. No es huella completa pero suficiente para identificación positiva. La huella en espejo de escena Garmendia es de Mikel Uribe.

—Gracias.

Colgó. Tenía lo que necesitaba. Evidencia física que conectaba a Mikel con escena del crimen.

Fue directamente al despacho de Garai. Entró sin llamar.

—Tenemos que hablar.

—Estoy preparando conferencia de prensa.

—Aitor Salas no es el asesino.

Garai levantó la vista con expresión de hombre que ha agotado paciencia.

—Tenemos confesión. Firmada.

—Tenemos confesión manipulada. Y tengo evidencia que conecta a otra persona con las escenas.

—¿Qué evidencia?

—Huella dactilar de Mikel Uribe en espejo de escena Garmendia.

Silencio.

—¿El Dr. Uribe?

—Sí. Hermano gemelo de Iker Uribe. Nunca lo mencionó. Estuvo en todas las escenas como consultor. Tuvo acceso a apartamento de Aitor. Manipuló interrogatorio. Y su huella está en evidencia física.

Garai procesó esto.

—¿Por qué su huella estaría en espejo?

—Porque es el asesino. Porque dejó evidencia deliberadamente. Como firma.

—O porque tocó el espejo cuando examinaba la escena. Como consultor.

—Con guantes. Los protocolos requieren guantes.

—Que tal vez no se puso perfectamente. Que tal vez tuvo contacto menor. —Garai se levantó—. Necesitas más que huella que puede explicarse como contaminación de escena.

—Él es hermano de Iker. Tiene motivo perfecto.

—Ser hermano de víctima no es crimen. No mencionarlo fue omisión, no evidencia criminal.

—Manipuló a Aitor hacia confesión falsa.

—Pruébalo.

Nerea no tenía prueba. Solo certeza.

Garai miró su reloj.

—Conferencia en noventa minutos. Si quieres detener esto, tráeme evidencia sólida. No sospechas. No teorías. Evidencia que un fiscal aceptaría. Tienes hasta las once.

—No es suficiente tiempo.

—Entonces Aitor Salas será procesado. —Garai volvió a sentarse—. Lo siento, Agirre. Sé que esto te afecta personalmente. Pero necesitamos cerrar el caso. La ciudad necesita respuestas.

Nerea salió del despacho. Noventa minutos.

No era suficiente. No había manera de conseguir prueba definitiva en noventa minutos.

A menos que...

Abrió su móvil. Buscó número que había guardado días atrás. Maite Zubizarreta, la compañera de clase de Iker.

Marcó.

—¿Inspectora? —Voz sorprendida—. ¿Pasa algo?

—Necesito preguntarle algo urgente. El hermano de Iker. El gemelo que fue adoptado. ¿Lo conoció alguna vez?

Pausa.

—Sí. Una vez. Vino al colegio cuando teníamos once años. Iker lo llevó al recreo. Estaban muy unidos pese a vivir separados.

—¿Recuerda su nombre?

—Mikel. Se llamaba Mikel.

—¿Cómo era?

—Serio. Callado. Protector con Iker. Recuerdo que cuando algunos niños molestaban a Iker, Mikel se ponía entre ellos. Como escudo.

—¿Cuándo fue la última vez que los vio juntos?

—No sé. Octubre, noviembre del 86 quizás. Poco antes de que Iker... antes de que pasara.

—¿Mikel volvió después?

—No. Nunca lo volvimos a ver.

—Gracias.

Colgó. No era prueba legal. Pero confirmaba conexión.

Miró el reloj. 10:15. Cuarenta y cinco minutos.

Tomó decisión.

Fue a sala de interrogatorios donde habían llevado a Aitor para preparación previa a traslado. Oficial de guardia intentó detenerla.

—Orden del comisario.

—Cinco minutos. Es urgente.

El oficial dudó. Luego asintió.

Nerea entró. Aitor levantó la vista con ojos que habían perdido todo excepto cansancio.

—¿Por qué confesó? —preguntó directamente.

—Porque soy culpable.

—No lo es. Y usted lo sabe.

—Tengo la evidencia en mi apartamento. Mis guantes tienen tierra de la primera escena. Mi ordenador tiene planificación. ¿Qué más necesitan?

—La verdad. ¿Quién estuvo con usted anoche? ¿Quién le dijo qué decir?

Aitor apartó la mirada.

—Nadie. Decidí solo.

—¿El Dr. Uribe le habló?

Silencio.

—Señor Salas. Si confiesa crimen que no cometió, el asesino real sigue libre. Matará de nuevo. Más gente morirá.

—Usted no lo entiende —dijo Aitor finalmente—. El doctor me explicó. Me hizo ver que toda mi investigación, toda mi rabia... era culpa buscando expresión. Dijo que tal vez hice cosas que no recuerdo. Que el trauma puede crear amnesia. Que mi mente me protege de saber lo que hice.

—Eso es manipulación psicológica.

—O es verdad. ¿Cómo puedo estar seguro? Toda la evidencia apunta a mí. Tal vez soy culpable y no lo sé.

Nerea sintió rabia pura. Mikel había desmantelado a Aitor desde adentro. Le había hecho dudar de su propia realidad.

—Escúcheme. Usted no mató a nadie. Alguien usó su investigación. Plantó evidencia. Lo está usando.

—¿Quién haría eso?

—Alguien que necesita chivo expiatorio. Alguien que no puede ser atrapado de otra manera.

Aitor la miró con expresión que era mezcla de esperanza y desesperación.

—Aunque tenga razón... ¿qué cambia? Voy a ser procesado de todos modos.

—No si consigo prueba en los próximos treinta minutos.

—¿Puede?

Nerea no respondió. Salió de la sala.

Veinte minutos hasta la conferencia de prensa.

No tenía prueba sólida. Tenía huella que podía explicarse. Tenía testimonio de testigo sobre niños hace casi cuarenta años. Tenía certeza absoluta que no servía ante tribunal.

Necesitaba que Mikel cometiera error. Necesitaba confrontarlo y esperar que revelara algo.

Fue al despacho de Garai. Él estaba revisando notas para la conferencia.

—Quiero que Mikel Uribe esté en la conferencia —dijo.

—¿Por qué?

—Porque si es el asesino, no podrá resistir ver su plan triunfar. Y tal vez se delate.

—Es riesgo.

—Es única opción que tengo.

Garai la estudió durante largo momento.

—Tienes hasta que termine la conferencia. Si no obtienes nada... dejamos que el fiscal proceda con Aitor.

Nerea asintió.

Era todo lo que conseguiría.

CAPÍTULO 11

PESADILLAS Y GRIETAS

Consultorio De Mikel / Casa De Nerea
Nerea Agirre

La sala de prensa del edificio de la Ertzaintza en Indautxu se había llenado más allá de su capacidad. Periodistas de pie contra las paredes, cámaras de televisión en trípodes que bloqueaban pasillos, fotógrafos agachados en primera fila. El murmullo de conversaciones cesó cuando Garai entró, seguido por la fiscal, dos inspectores de la unidad criminal del País Vasco, y Nerea.

Mikel Uribe estaba sentado en segunda fila, entre representantes del ayuntamiento. Vestía traje gris oscuro, camisa blanca, corbata discreta. Parecía exactamente lo que era: consultor respetable invitado por cortesía profesional. Sostenía libreta cerrada sobre las rodillas. Expresión atenta pero neutral.

Nerea lo observó desde el estrado mientras Garai ajustaba el micrófono. Buscó señal. Cualquier cosa. Satisfacción. Nerviosismo. Algo que revelara que sabía que estaban a punto de cerrar caso contra hombre inocente mientras él quedaba libre.

Nada. Mikel observaba con el mismo interés profesional que mostraría en conferencia académica.

Garai comenzó con voz que sonaba ensayada:

—Gracias por venir. Tras veintitrés días de investigación intensiva, la Ertzaintza ha resuelto los cinco homicidios que han

conmocionado a Bilbao. Aitor Salas Bergara, cuarenta y un años, ha confesado la autoría de los asesinatos de Iñaki Mendoza, Edurne Arrizabalaga, Patxi Garmendia, Begoña Etxebarria y Joseba Arteaga.

Explosión de preguntas simultáneas. Garai levantó la mano.

—Dejaré que la fiscal del caso proporcione detalles.

La fiscal se acercó al micrófono con carpeta que no necesitaría abrir. Había memorizado cada palabra.

—Aitor Salas confesó los cinco homicidios en presencia de su abogado a las 06:30 de esta mañana. La confesión es detallada, coherente con evidencia física, y legalmente válida. El señor Salas declaró haber planeado los asesinatos durante años como respuesta a trauma infantil y frustración con sistema judicial que falló en procesar a responsables de abusos institucionales.

Más preguntas. La fiscal ignoró la mayoría, continuó:

—Los motivos específicos serán presentados en juicio. Por ahora, puedo confirmar que el señor Salas será procesado por cinco cargos de homicidio premeditado. La investigación continúa para determinar si hay cómplices o personas que facilitaron información.

Mentira. No había más investigación. El caso estaba cerrado.

Un periodista de ETB levantó la mano insistentemente.

—¿Qué conexión tiene el sospechoso con las víctimas?

La fiscal miró a Garai, quien asintió.

—El señor Salas es sobrino de Fermín Salas Mendizábal, profesor acusado de abuso sexual a menores en los años ochenta. Las víctimas representaban, según su confesión, silencios institucionales que permitieron que abusadores como su tío evitaran consecuencias.

—¿Las pulseras con el nombre Iker? ¿Qué significan?

—Iker Uribe Garay fue alumno del colegio San Ignacio, víctima de abuso, que se suicidó en 1986. El señor Salas lo identificó

como símbolo de todas las víctimas olvidadas.

Nerea observó a Mikel mientras la fiscal hablaba. En la mención de Iker, los dedos de Mikel se tensaron ligeramente sobre la libreta. Tres segundos. Luego relajación completa.

Era lo único. El único indicio de que el nombre de su hermano muerto significaba algo.

La conferencia continuó. Preguntas sobre procedimientos, timeline, evidencia física. Garai y la fiscal respondían con precisión burocrática. Treinta minutos de performance para medios que ya escribían titulares.

Cuando terminó, periodistas se abalanzaron hacia Garai. Nerea salió por puerta lateral, evitando cámaras. Mikel la alcanzó en el pasillo.

—Buen trabajo —dijo—. Caso resuelto limpiamente.

—¿Limpiamente?

—Confesión completa. Evidencia sólida. El fiscal tendrá caso fácil. —Pausa—. Aunque imagino que usted tiene dudas.

No era pregunta. Era constatación.

—¿Por qué dice eso?

—Porque la he observado durante la investigación. Cuando algo no encaja, su expresión cambia. Mínimamente, pero cambia. —Mikel se ajustó las gafas—. ¿Cree que Aitor es culpable?

Nerea consideró sus opciones. Confrontarlo aquí, ahora, sin evidencia sólida. O seguir jugando.

—Creo que confesó.

—No es lo mismo.

—No.

Mikel asintió como si ella hubiera confirmado algo.

—Si necesita hablar. Procesar dudas. Mi consultorio está disponible. A veces ayuda verbalizar incertidumbres con alguien neutral.

—¿Neutral?

—Profesionalmente neutral. Ya no soy consultor oficial del caso. Cerrado significa que mi participación termina. Puedo ofrecer perspectiva externa ahora.

Nerea lo estudió. ¿Era invitación genuina? ¿O trampa?

—Tal vez —dijo finalmente.

—Estaré en mi consultorio esta tarde. Desde las cinco. Sin cita necesaria.

Se alejó con paso tranquilo, deteniéndose para intercambiar palabras con la fiscal antes de salir del edificio.

Nerea volvió a su despacho. Cerró la puerta. Se sentó frente al portátil sin encenderlo.

Cinco víctimas. Un sospechoso conveniente. Una confesión perfecta. Y asesino real libre, ofreciéndole "ayuda profesional."

Su móvil vibró. Urtzi: *Garai quiere verte. Ahora.*

Garai estaba de pie junto a la ventana de su despacho, mirando Bilbao bajo cielo gris que finalmente descargaba lluvia con convicción.

—Buen trabajo —dijo sin girarse—. Caso cerrado. Presión mediática aliviada. El consejero feliz. La fiscal feliz. —Se giró—. ¿Por qué tú no estás feliz?

—Porque arrestamos al hombre equivocado.

—Tenemos confesión.

—Manipulada.

—¿Por quién? ¿El doctor Uribe? —Garai se sentó detrás de su escritorio—. Ya revisamos eso. Su huella en la escena se explica

como contaminación. Su conexión con Iker se explica como conflicto de interés no declarado pero no criminal. Su comportamiento se explica como profesionalismo.

—Se explica demasiado bien.

—A veces la respuesta simple es la correcta. Aitor Salas tenía motivo, medios, oportunidad. Investigó a las víctimas durante años. Planeó los asesinatos. Los ejecutó. Confesó. —Garai abrió carpeta sobre su mesa—. No hay misterio aquí, Agirre. Solo justicia tardía pero llegada.

Nerea no respondió. Sabía que había perdido. El caso estaba cerrado institucionalmente. Cualquier cosa que dijera ahora sería archivada como disonancia de inspectora que no podía aceptar victoria.

—Tómate unos días —dijo Garai—. Descanso obligatorio. Has trabajado veintitrés días seguidos con insomnio evidente. Necesitas distancia.

—El caso—

—Está cerrado. Urtzi puede manejar documentación final. Vete a casa. Duerme. Come algo que no sea café. Vuelve el lunes.

No era sugerencia. Era orden.

Nerea salió del despacho sintiendo peso de derrota. Pasó por su oficina, recogió chaqueta, evitó miradas de compañeros que probablemente celebraban cierre exitoso.

En el aparcamiento, bajo lluvia que empapaba en segundos, se quedó de pie junto a su coche durante cinco minutos completos. ¿A casa? ¿A enfrentar cuarenta y ocho horas de descanso obligatorio mientras Mikel quedaba libre?

Su móvil vibró. Mensaje de número desconocido:

Oferta sigue en pie. Consultorio, 17:00. A veces hablar ayuda. - MU

Nerea miró el reloj. 15:30. Noventa minutos.

Decidió.

El consultorio de Mikel en el Hospital Basurto estaba en tercera planta del ala de psiquiatría, al final de pasillo largo con olor a desinfectante y café de máquina. Puerta de madera oscura con placa discreta: *Dr. Mikel Uribe-Goenaga. Psiquiatría Forense. Cita previa.*

Nerea llamó a las 17:05. Mikel abrió inmediatamente, como si hubiera estado esperando junto a la puerta.

—Inspectora. Gracias por venir. —Gesticuló hacia interior—. Adelante.

El consultorio era exactamente lo que Nerea esperaba: profesional sin ser impersonal. Estantería con libros de psiquiatría, dos sillas de cuero frente a escritorio ordenado, ventana con vista a Bilbao oscureciéndose bajo lluvia persistente. Foto enmarcada en escritorio: Mikel más joven con mujer morena. Ambos sonriendo. Su esposa fallecida.

—Café? —preguntó Mikel—. Acabé de hacer.

—Sí. Gracias.

Mikel preparó dos tazas con precisión que hablaba de rutina establecida. Las colocó sobre mesita entre las sillas, no detrás del escritorio. Configuración informal. Terapéutica.

—¿Cómo se siente? —preguntó, sentándose—. Debe ser agridulce. Caso resuelto pero sin satisfacción completa.

Nerea bebió café que estaba perfecto: fuerte, caliente, sin azúcar que no había pedido pero que Mikel había omitido correctamente.

—Siento que algo quedó sin resolver.

—Porque confió en su instinto y su instinto le dice que Aitor no encaja completamente con el perfil.

—Sí.

—¿Y qué le dice su instinto sobre quién sí encaja?

Pregunta directa. Colgó en el aire.

Nerea lo miró. Ojos grises estudiándola con atención clínica. Esperando.

—No tengo suficiente evidencia para responder eso.

—Pero tiene sospecha.

—Todos tienen sospechas en casos sin resolver completamente.

—Este caso está resuelto. Oficialmente. —Mikel bebió su café —. Pero no para usted. Veo cómo no ha dormido. Cinco noches, calculo. Tal vez más. Ojeras profundas. Temblor leve en manos que indica fatiga extrema. Está agotada.

—El caso fue intenso.

—Más que eso. Esto es personal para usted. —Pausa—. El colegio San Ignacio. Estudió allí los mismos años que Iker Uribe.

No era pregunta. Lo sabía.

—Sí.

—¿Lo recuerda?

—Vagamente. Era niña pequeña. Él estaba en curso superior.

—Pero algo la afecta. Las escenas. Las pulseras. El nombre Iker. Veo cómo reacciona cuando aparece. Mínimamente, pero reacciona.

Nerea dejó la taza sobre la mesa.

—¿Me trajo aquí para analizarme?

—La invité porque veo a alguien que lleva años sin dormir bien y acaba de pasar veintitrés días persiguiendo fantasmas que tal vez son propios. —Voz suave, casi paternal—. A veces el insomnio crónico tiene raíces en trauma no procesado. Especialmente trauma infantil.

—No tengo trauma infantil.

—¿Está segura?

—Tuve infancia normal. Padres normales. Colegio normal.

—Excepto que el colegio no era normal. No en 1986. Había profesor que abusaba de niños en el sótano. Había sistema que protegía abusadores. Había niños que sufrían mientras otros miraban. —Pausa—. ¿Alguna vez vio algo que la marcara?

Nerea sintió algo frío en la columna vertebral. Mikel la estaba llevando exactamente donde había ido sola en flashbacks fragmentados.

—Eran once años. No procesaba cosas como adulto.

—Precisamente. A los once, el cerebro registra trauma pero no tiene herramientas para procesarlo. Entonces lo entierra. Lo reprime. Y décadas después emerge como insomnio, ansiedad, reacciones viscerales a gatillos específicos.

—¿Como qué gatillos?

—Como nombres. Como lugares. Como casos que tocan algo enterrado. —Mikel se inclinó ligeramente hacia adelante—. ¿Ha tenido pesadillas últimamente?

Sí. Pero no iba a admitirlo.

—Ocasionalmente.

—¿Sobre qué?

—Fragmentos. Nada coherente.

—¿Agua? ¿Puertas? ¿Niños?

Nerea lo miró con creciente incomodidad. Había descrito exactamente sus pesadillas recurrentes.

—A veces.

—Símbolos clásicos de memoria traumática reprimida. Agua representa emociones sumergidas. Puertas representan umbrales

que no cruzamos. Niños representan nuestra propia infancia no resuelta.

—O son solo sueños aleatorios.

—Posible. Pero combinados con su insomnio crónico, su reacción a este caso específico, su conexión personal con San Ignacio... —Dejó frase suspendida—. Hay patrón que sugiere algo más profundo.

Nerea se levantó, fue a la ventana. Necesitaba distancia. Lluvia golpeaba el cristal con ritmo irregular. Bilbao se extendía abajo, luces encendiéndose a medida que oscurecía.

—¿Qué sugiere? —preguntó sin girarse.

—Que tal vez vio algo en San Ignacio. Algo que niña de once años no pudo procesar. Y lo enterró tan profundamente que su memoria consciente no tiene acceso. Pero su subconsciente sí. Y está intentando decírselo a través de insomnio y pesadillas.

—Eso es especulación.

—Es hipótesis clínica basada en síntomas observables. —Pausa—. Podría ayudarla a verificarla.

Nerea se giró.

—¿Cómo?

—Hipnosis clínica. Técnica legítima para acceder a memorias reprimidas. Treinta minutos. Sin riesgo. Podría darle respuestas sobre por qué no duerme.

—No tengo tiempo.

—Tiene descanso obligatorio. Cuarenta y ocho horas sin nada que hacer excepto no dormir. —Mikel gesticuló hacia la silla—. Treinta minutos ahora podrían resolver décadas de insomnio.

Nerea dudó. Sabía que era mala idea. Sabía que Mikel la estaba manipulando hacia algo. Pero la fatiga pesaba como plomo. Y parte de ella —parte desesperada, exhausta— quería respuestas.

—¿Es seguro?

—Completamente. Mantiene control total. Puede despertar cuando quiera. Solo es acceso guiado a su propia memoria.

Decisión. Mala, probablemente. Pero la tomó de todos modos.

—Treinta minutos. Nada más.

Mikel asintió, fue a su escritorio, sacó grabadora pequeña.

—Protocolo estándar. Grabo sesiones para documentación. ¿Autoriza?

—Sí.

Mikel activó la grabadora, la colocó sobre la mesa. Luego bajó persianas, dejando habitación en penumbra suave. Encendió lámpara de escritorio con luz tenue y cálida.

—Siéntese cómodamente. Espalda contra respaldo. Pies en el suelo. Manos sobre reposabrazos.

Nerea obedeció. El sillón de cuero era sorprendentemente cómodo.

—Cierre los ojos. Respire profundamente. Cuenta hasta cuatro inhalando. Sostiene. Cuenta hasta cuatro exhalando.

Nerea siguió instrucciones. Respiración profunda. Una vez. Dos veces. Tres veces.

—Bien. Ahora imagine que está bajando escalera. Escalón por escalón. Cada escalón la lleva más profundo. Más relajada. Más segura.

La voz de Mikel era diferente ahora. Más suave. Rítmica. Casi musical.

—Diez escalones. Nueve. Ocho. Más profundo cada vez. Siete. Seis. Su cuerpo se relaja completamente. Cinco. Cuatro. Su mente se abre. Tres. Dos. Uno.

Nerea sintió algo extraño. No era inconsciencia. Era... difusión. Como si sus límites se hubieran vuelto permeables.

—¿Puede escucharme? —preguntó Mikel.

—Sí.

Su propia voz sonaba distante.

—Perfecto. Ahora vamos a viajar en el tiempo. De vuelta a 1986. Tiene once años. Está en el colegio San Ignacio. ¿Puede verlo?

—Sí.

—Descríbalo.

—Edificio gris. Cuatro plantas. Patio de baldosas. Huele a tiza y cera.

—Bien. ¿Qué día es?

—No sé.

—Está bien. Vamos a moverse por el colegio. Está caminando por un pasillo. ¿Qué ve?

Imágenes emergieron. No como recuerdo normal. Como si estuviera ahí.

—Pasillo largo. Segundo piso. Salgo de clase de matemáticas. Llevo libros bajo el brazo.

—¿Adónde va?

—Al baño.

—¿Ve a alguien?

—Sí.

—¿Quién?

Nerea sintió resistencia. Algo que no quería ver. Pero la voz de Mikel la guiaba suavemente.

—Puedes decirlo. Estás segura. Es solo memoria.

—Profesor. Lleva a un niño de la mano.

—¿Qué profesor?

—Don Fermín. Profesor de gimnasia.

—¿Y el niño?

—Es... es delgado. Pelo oscuro. Once o doce años.

—¿Lo conoces?

—No. Bueno, lo he visto. Es de curso superior.

—¿Qué hace el profesor?

—Lo lleva hacia la escalera del sótano.

—¿Y tú qué haces?

—Me detengo. Me quedo mirando.

—¿Por qué?

—El niño me mira. Sus ojos... —Voz de Nerea se quebró—. Sus ojos piden ayuda.

—¿Qué hace el niño?

—No dice nada. Solo me mira. Como suplicando.

—¿Y tú?

—Tengo miedo.

—¿Miedo de qué?

—De... no sé. De algo. Del profesor. De lo que está mal pero no entiendo qué.

—¿Qué hace el profesor?

—Me ve. Sonríe. Dice: "Ve a clase, Nerea. Los mayores tenemos que hablar de cosas aburridas."

—¿Qué haces?

Silencio. Nerea sintió lágrimas calientes en mejillas cerradas.

—Asiento. Bajo la vista. Sigo caminando.

—¿Y el niño?

—La puerta del sótano se cierra. Escucho el cerrojo. Sigo caminando. Voy al baño. Me lavo las manos.

—¿Dices algo? ¿A alguien?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque... porque si digo algo, a lo mejor me pasa a mí. Porque no estoy segura de qué vi. Porque... —Sollozó—. Porque tengo miedo y no sé qué hacer.

—¿Vuelves a ver al niño?

—Sí. A veces. En el patio. Siempre solo. Siempre triste.

—¿Sabes su nombre?

—No. Nunca hablo con él.

—Pero ahora sabes su nombre.

—Iker. Se llamaba Iker.

—¿Y qué pasó con Iker?

—Se mató. En diciembre. Seis meses después de ese día. Se ahorcó en su habitación.

—¿Y tú?

—Yo seguí adelante. Como si nada. Como todos.

—Pero no como si nada. Porque dejaste de dormir bien.

—Sí.

—¿Cuándo empezó el insomnio?

—No sé. Siempre he dormido mal.

—¿Desde qué edad?

Nerea buscó en memoria. Encontró verdad que nunca había articulado.

—Desde los once. Desde ese día.

—Porque callaste. Y él murió. Y parte de ti sabe que tal vez podrías haber ayudado.

—Sí. —Lágrimas completas ahora—. Sí.

—Está bien. No eras responsable. Eras niña. Pero el trauma está ahí. Ahora lo entiendes.

Mikel dejó silencio expandirse. Luego:

—Voy a contarte hasta tres. Cuando llegue a tres, despertarás. Recordarás todo lo que hablamos. Te sentirás calmada. Uno. Dos. Tres.

Nerea abrió los ojos. La habitación se enfocó lentamente. Estaba llorando. Se limpió la cara con manos temblorosas.

—¿Está bien? —preguntó Mikel, ofreciéndole caja de pañuelos.

—Yo... recordé.

—Sí.

—Vi a Iker siendo llevado al sótano. Y no dije nada.

—Era niña. Hizo lo que pudo con herramientas que tenía.

—No fue suficiente.

—A veces no lo es. —Mikel se levantó, trajo vaso de agua—. Pero ahora entiende su insomnio. Entiende por qué este caso la afectó tanto. Entiende la culpa que ha cargado sin saberlo.

Nerea bebió agua sin registrar sabor. Su mente procesaba. Acababa de admitir, bajo hipnosis grabada, que había visto a Iker siendo llevado al sótano. Que había callado. Que se sentía culpable.

Acababa de darle a Mikel exactamente lo que necesitaba.

Confirmación de que ella era testigo. De que había callado. De que era cómplice.

De que era Silencio 7.

—¿Se siente mejor? —preguntó Mikel.

—No sé qué siento.

—Es normal. La revelación de trauma reprimido puede ser desorientadora. —Se sentó de nuevo—. A veces es mejor dejar ciertas puertas cerradas. Pero ahora que está abierta, puede empezar a procesar. A sanar.

—¿Sanar?

—Perdonarse. Entender que no fue su culpa. Que era víctima también del sistema que falló. —Pausa—. Aunque el perdón toma tiempo.

Nerea se levantó. Necesitaba salir. Ahora.

—Gracias por... por esto. Necesito ir a casa.

—Por supuesto. —Mikel la acompañó a la puerta—. Si necesita hablar más, mi puerta está abierta. Y le sugiero que duerma esta noche. El trauma procesado a veces permite descanso que no había sido posible antes.

Nerea salió sin responder. Caminó por el pasillo con piernas que apenas respondían. Bajó escaleras. Salió al estacionamiento bajo lluvia que había parado pero dejó aire cargado de humedad.

En el coche, se quedó sentada durante diez minutos completos. Temblando. Procesando.

Había recordado. O Mikel la había hecho recordar. O la había manipulado para crear falso recuerdo. No estaba segura de qué había sido real.

Pero había confesado. Bajo hipnosis. Grabado. Que había visto. Que había callado.

Condujo a casa en piloto automático. Lobo la recibió con maullido ofendido. Lo alimentó mecánicamente. Se duchó sin registrar agua. Se metió en cama a las nueve de la noche.

Y durmió.

Por primera vez en semanas, durmió profundamente. Sin pesadillas. Sin fragmentos. Como si algo se hubiera resuelto en su subconsciente.

O como si Mikel hubiera conseguido lo que necesitaba y ahora podía dejarla descansar.

Temporalmente.

En su consultorio, solo, con ciudad oscureciéndose completamente fuera de la ventana, Mikel Uribe apagó la grabadora. Rebobinó. Escuchó partes clave.

"El niño me mira. Sus ojos piden ayuda."

"Asiento. Bajo la vista. Sigo caminando."

"Porque tengo miedo y no sé qué hacer."

"Yo seguí adelante. Como si nada. Como todos."

Satisfecho, guardó la grabadora en cajón cerrado con llave.

Luego abrió el cajón inferior de su escritorio. Sacó cuaderno negro de cuero, desgastado por años de uso. Lo abrió en la última página.

SILENCIO 7 — LA COMPLICIDAD

Nerea Agirre
11 años, estudiante San Ignacio
Vio a Fermín Salas llevarse a Iker al sótano
Escuchó. Supo. Calló.
El miedo no es excusa.
La infancia no es eximente.
Podía haber hablado.

Eligió no hacerlo.
Iker murió seis meses después.

Método: Ahogamiento. Piscina del colegio San Ignacio.
Simbolismo: El agua que la paralizó. El lugar donde todo comenzó.
Fecha: 14 de marzo, 23:30

Mikel miró el calendario en su escritorio.

Hoy era 11 de marzo.

Tres días.

Cerró el cuaderno. Lo guardó en el cajón. Cerró con llave.

Se quedó sentado en la oscuridad creciente durante largo momento. Pensando en su hermano. En el niño de doce años que había pedido ayuda con la mirada mientras era llevado al sótano.

Pensando en todos los que habían visto y callado.

Uno por uno, los había encontrado.

Uno por uno, habían pagado.

Solo quedaba uno.

La última.

La que podía haberlo salvado y eligió seguir caminando.

Mikel apagó la luz del consultorio. Salió del hospital bajo cielo que amenazaba más lluvia.

En tres días, terminaría lo que había empezado hace dieciocho meses.

En tres días, Iker descansaría finalmente.

Y él también.

CAPÍTULO 12

SILENCIO 7

Casa De Nerea / Colegio San Ignacio
Nerea Agirre

Nerea despertó a las 06:30 con sensación que no reconoció inmediatamente. Luego lo identificó: había dormido. Realmente dormido. Siete horas sin interrupción, sin pesadillas fragmentadas, sin despertarse a las tres de la madrugada mirando el techo. El tipo de sueño profundo que no recordaba haber tenido en años.

Se quedó inmóvil en la cama, procesando. Lobo estaba acurrucado a sus pies, ronroneando suavemente. Lluvia golpeaba la ventana con ritmo constante. Jueves, 12 de marzo. Segundo día de descanso obligatorio. Cuarenta horas más antes de poder volver a comisaría.

La sesión de hipnosis con Mikel.

El recuerdo llegó completo, nítido. El consultorio en penumbra. La voz de Mikel guiándola. El pasillo del colegio San Ignacio. Fermín Salas llevándose a Iker. Los ojos del niño suplicando ayuda. Ella bajando la vista y siguiendo caminando.

Pero algo no encajaba.

Nerea se levantó, fue a la cocina, preparó café con movimientos automáticos mientras su mente trabajaba. ¿Qué exactamente no encajaba?

El recuerdo era demasiado nítido. Demasiado completo. Como escena de película, no como memoria de niña de once años. Recordaba el color exacto del uniforme de Iker, la expresión específica en su rostro, las palabras exactas de Fermín Salas. Pero las memorias reales de infancia no funcionaban así. Eran fragmentadas, difusas, reconstruidas desde perspectiva infantil.

Esto era narrativa adulta coherente impuesta sobre marco infantil.

Se sentó en la mesa de la cocina con café que no bebió inmediatamente. Repasó la sesión con ojo crítico.

Mikel había sugerido la hipnosis. Mikel había guiado cada paso. Mikel había hecho preguntas específicas que llevaban a respuestas específicas. *¿Ve a alguien? ¿Qué hace el profesor? ¿Y el niño?*

Preguntas dirigidas. Narrativa sugerida.

¿Y si el recuerdo no era real? ¿Y si Mikel lo había implantado?

Hipnosis no creaba recuerdos falsos automáticamente, pero con sujeto vulnerable, exhausto, sugestionable, un terapeuta hábil podía guiar hacia construcción de memoria que se sentía real. Especialmente si mezclaba elementos genuinos —el colegio, el pasillo, la ansiedad infantil— con detalles inventados.

Nerea abrió su portátil. Buscó: *falsos recuerdos hipnosis implantación.*

Encontró artículos académicos, estudios, casos documentados. Elizabeth Loftus. Síndrome de memoria falsa. Terapia de recuperación de memoria desacreditada en los noventa. Todo apuntaba a lo mismo: memorias podían ser creadas, especialmente en contexto terapéutico con terapeuta que tenía agenda.

¿Qué agenda tenía Mikel?

La respuesta obvia: hacerla creer que era cómplice. Hacerla cargar culpa. ¿Para qué?

Nerea bebió café que ya estaba tibio. Pensó en el patrón de los asesinatos. Siete silencios, había dicho Mikel en algún momento. Mendoza, Arrizabalaga, Garmendia, Etxebarria, Arteaga. Cinco.

¿Dónde estaban seis y siete?

Mikel había mencionado que quedaban dos categorías: justicia que archiva casos, y complicidad personal de testigos.

Un juez o fiscal.

Y un testigo.

Nerea sintió frío que no tenía que ver con temperatura de la habitación.

Si Mikel era el asesino. Si había planeado siete víctimas. Si acababa de conseguir que ella admitiera bajo hipnosis grabada que había sido testigo que calló...

Entonces ella era Silencio 7.

La última víctima planeada.

El café se derramó cuando dejó la taza bruscamente sobre la mesa. Lobo maulló con disgusto, saltó de la silla y se alejó.

Nerea se levantó, empezó a caminar en círculos en la cocina. Pensando. Procesando.

Necesitaba evidencia. No especulación, no intuición. Evidencia sólida de que Mikel era el asesino y de que ella estaba en peligro.

Miró el reloj: 07:45. Demasiado temprano para llamar a Amaia y pedir que verificara algo sin levantar sospechas. Demasiado temprano para hacer nada oficial.

Pero no demasiado temprano para investigar por su cuenta.

Se duchó rápido, se vistió —ropa oscura, práctica, botas con suela antideslizante—, alimentó a Lobo con doble ración porque no sabía cuándo volvería.

A las 08:30 salió de su apartamento bajo lluvia que había disminuido a llovizna persistente. No condujo a comisaría. Condujo al archivo de la Biblioteca Foral.

Begoña, la archivera, la recibió con expresión de sorpresa cuando Nerea apareció a las 09:15, quince minutos después de que abrieran.

—Inspectora. No esperaba verla tan pronto.

—Necesito revisar algo más sobre San Ignacio. Registros de personal. Específicamente, personal administrativo y médico entre 1985 y 1987.

Begoña asintió, desapareció entre estanterías. Volvió veinte minutos después con dos cajas adicionales.

—Personal completo. Profesores, administrativos, enfermería, limpieza. Todo lo que el colegio mantuvo archivado.

Nerea pasó las siguientes tres horas revisando documentos. Buscaba algo específico sin saber exactamente qué. Conexión entre Mikel y el colegio. Evidencia de que había estado ahí durante años críticos.

Encontró fichas de personal. Fermín Salas, contratado 1983, despedido marzo 1987. Padre Anselmo Garay, capellán 1985-1989, transferido. Sor Edurne Arrizabalaga, psicóloga escolar 1982-1994.

Y encontró algo más. Hoja suelta, mecanografiada, fechada septiembre 1986:

INFORME PSICOLÓGICO - CONFIDENCIAL

Paciente: Iker Uribe Garay, 12 años, 6º curso
Evaluadora: Sor Edurne Arrizabalaga, psicóloga escolar

El menor presenta sintomatología consistente con trauma reciente. Aislamiento social, pesadillas, resistencia a asistir a clase, episodios de llanto. Madre reporta deterioro conductual significativo desde agosto.

Entrevista con el menor resulta difícil. Se muestra retraído, evita contacto visual, responde con monosílabos. Cuando se le pregunta sobre fuente de ansiedad, menciona "cosas que pasan en el colegio" pero se niega a elaborar.

NOTA: Hermano gemelo, Mikel Uribe Garay, adoptado por familia Uribe-Goenaga en 1980, mantiene contacto irregular con Iker. Madre reporta que Iker se anima temporalmente después de visitas del hermano, pero deterioro continúa.

RECOMENDACIÓN: Continuar observación. Considerar terapia externa si síntomas persisten. Alertar a dirección sobre posible situación familiar problemática.

Firmado: Sor Edurne Arrizabalaga
12 de septiembre de 1986

Tres meses antes del suicidio de Iker.

Nerea fotografió el documento con su móvil. Luego siguió buscando.

En caja de correspondencia encontró carta, escrita a mano en papel de cuaderno con letra adolescente irregular:

8 de octubre de 1986

Sor Edurne:

Escribo porque Iker no puede hacerlo. Le da miedo. Dice que si habla, las cosas se pondrán peor.

Pero yo sé lo que le está pasando. Me lo cuenta cuando nos vemos. Don Fermín lo lleva al sótano. Hace cosas. Cosas malas. Iker dice que le duele. Dice que tiene miedo todo el tiempo.

Le digo que tiene que decírselo a alguien. A nuestra madre. A usted. A alguien. Pero dice que ya intentó y nadie le creyó. Dice que usted le dijo que estaba "fantaseando."

Por favor créale. No está mintiendo. Algo malo está pasando y nadie hace nada.

Si no lo ayudan, va a pasar algo peor.

Mikel Uribe Garay

La carta estaba archivada sin respuesta adjunta. Sin acción documentada. Simplemente guardada en expediente que se cerró cuando Iker murió dos meses después.

Nerea sintió algo apretarse en su pecho. Mikel había intentado ayudar a su hermano. Había escrito a la psicóloga del colegio. Y lo habían ignorado.

Dos meses después, Iker se ahorcó.

Y Mikel, doce años, perdió a su hermano gemelo sabiendo que había pedido ayuda y nadie la dio.

No era justificación para cinco asesinatos. Pero era explicación. Era origen del trauma que Mikel había pasado casi cuarenta años procesando, estudiando, convirtiendo en plan metódico de venganza.

Nerea fotografió la carta. Siguió buscando. Encontró más documentos, pero nada que conectara directamente a Mikel con las escenas actuales.

A las 13:00 devolvió las cajas a Begoña, salió de la biblioteca bajo lluvia que había vuelto con intensidad. Condujo sin destino específico durante veinte minutos, procesando.

Necesitaba más. Necesitaba algo que probara que Mikel estaba planeando matarla. Necesitaba...

Su móvil sonó. Número desconocido.

—¿Inspectora Agirre?

Voz de mujer joven, nerviosa.

—Sí.

—Soy Leire Garay. Trabajo en limpieza del Hospital Basurto. Turno nocturno. Vi su tarjeta en tablón de anuncios del personal hace unos días. La del caso de los asesinatos.

—¿Sí?

—No sé si es relevante. Pero... hace tres noches, estaba limpiando el ala de psiquiatría. Muy tarde, como a las dos de la mañana. Vi luz en uno de los consultorios. El del Dr. Uribe.

Nerea se detuvo en semáforo en rojo, concentrándose completamente.

—¿Qué vio exactamente?

—Entré a limpiar. El doctor estaba ahí, trabajando tarde según dijo. Muy amable. Me pidió que volviera más tarde. Pero cuando recogía el cubo, vi algo en su escritorio. Fotos. Como de vigilancia. De una mujer.

—¿Qué mujer?

—No la vi bien. Pero había varias fotos. En diferentes lugares. Como si la estuviera siguiendo.

—¿Recuerda algo específico de las fotos?

—Una era en la entrada de un edificio. La mujer salía con... creo que era un gato. Gato negro grande.

Nerea sintió hielo en las venas.

Lobo. Su gato. Fotos de ella saliendo de su edificio con Lobo.

Mikel la había estado vigilando.

—¿Algo más?

—Había cuaderno negro en el escritorio. Abierto. Vi... vi nombres escritos. Y fechas. Uno de los nombres era el suyo. Nerea Agirre. Con fecha del 14 de marzo.

Mañana. La fecha era mañana.

—¿Está segura?

—Sí. Me asusté. Por eso recordé. Y luego vi en las noticias que usted era de la policía. Pensé que tal vez...

—Hizo bien en llamar. ¿Puede venir a comisaría a hacer declaración formal?

—No sé. Tengo miedo. Si el doctor se entera que lo denuncié...

—Estará protegida. Le doy mi palabra.

Pausa larga.

—Está bien. Pero no hoy. Mi turno empieza a las diez de la noche. ¿Mañana por la mañana?

—Mañana por la mañana. A las nueve. Pregunte por mí.

—De acuerdo.

Colgó.

Nerea se quedó sentada en el coche, con motor al ralentí, bajo lluvia que golpeaba el parabrisas. 14 de marzo. Mañana. Su nombre en cuaderno negro con esa fecha.

No era paranoia. Era plan real.

Mikel iba a matarla mañana.

Llamó a Garai. Buzón de voz. Dejó mensaje: "Jefe, tengo evidencia sobre Mikel Uribe. Necesito hablar urgente. Llámame."

Llamó a Urtzi. Buzón de voz también.

Llamó a Amaia. Contestó al cuarto tono.

—Nerea. ¿Estás bien? Se supone que estás descansando.

—Necesito que verifiques algo. Discretamente. Actividad de Mikel Uribe en Hospital Basurto. Específicamente acceso nocturno a su consultorio.

—¿Por qué?

—Tengo testigo que lo vio con material de vigilancia. Fotos de seguimiento. Y cuaderno con nombres y fechas de víctimas.

Silencio al otro lado.

—¿Crees que Mikel es el asesino?

—Sí. Y creo que yo soy la próxima.

—Mierda. ¿Se lo dijiste a Garai?

—Dejé mensaje. No contesta.

—Está en reunión con el consejero. Todo el día. Gestión de crisis mediática post-arresto.

—¿Puedes verificar lo del hospital?

—Sí. Pero tardaré unas horas. Necesito acceso a registros de seguridad.

—Hazlo. Y Amaia... ten cuidado. Si Mikel sospecha que estamos investigándolo...

—Entiendo. Te llamo cuando tenga algo.

Colgó.

Nerea miró el reloj: 13:45. Tarde todavía temprana. ¿Qué hacer? No podía quedarse en casa esperando que Mikel viniera por ella. No podía volver a comisaría sin evidencia sólida, la tratarían como paranoica en descanso obligatorio que no podía soltar el caso.

Necesitaba encontrar ese cuaderno. Necesitaba evidencia física.

Decidió.

Condujo al Hospital Basurto. Aparcó en zona de visitas, entró por puerta principal. Saludó con cabeza a recepcionista que la reconoció vagamente de visitas previas. Subió a tercera planta, ala de psiquiatría.

El pasillo estaba tranquilo. Dos pacientes caminaban lentamente supervisados por enfermera. Nadie más.

Nerea caminó hacia el consultorio de Mikel. La puerta estaba cerrada. Placa discreta: *Dr. Mikel Uribe-Goenaga. Psiquiatría Forense. Cita previa.*

Probó el pomo. Cerrado con llave.

Miró alrededor. El pasillo seguía vacío. Tomó decisión que sabía era ilegal pero necesaria.

Sacó juego de ganzúas que llevaba desde academia. Técnicamente no debía usarlas sin orden judicial. Técnicamente esto podría destruir cualquier evidencia que encontrara como inadmisible en tribunal.

Pero si la alternativa era morir mañana, lo ilegal pasaba a segundo plano.

Trabajó la cerradura durante noventa segundos. Click. Abierta.

Entró rápido, cerró la puerta detrás de ella. El consultorio estaba exactamente como lo recordaba. Estanterías con libros, escritorio ordenado, foto de Mikel con su esposa fallecida.

Fue directamente al escritorio. Cajones superiores: material de oficina, formularios en blanco, tarjetas de visita. Cajón inferior izquierdo: archivos de pacientes en carpetas ordenadas alfabéticamente.

Cajón inferior derecho: cerrado con llave adicional.

Nerea forzó la cerradura. Más difícil que la puerta pero manejable. Click.

Dentro: cuaderno negro de cuero, desgastado. Y debajo, carpeta manila gruesa.

Abrió el cuaderno. Primera página, escrita con letra precisa:

LOS SIETE SILENCIOS

Lista de aquellos que permitieron la muerte de Iker Uribe Garay.
12 años. Víctima de abuso. Suicidio 16/12/1986.
Justicia nunca llegó. Hasta ahora.

Nerea pasó páginas. Cada una dedicada a una víctima:

SILENCIO 1 — LA MEMORIA
Iñaki Mendoza Arana
Historiador que borró represión de sus libros
Método: Enterrado vivo con fotos de desaparecidos
Ejecutado: 28 de febrero

SILENCIO 2 — LA INFANCIA
Edurne Arrizabalaga Goikoetxea
Psicóloga que no creyó a Iker
Robó bebés, ignoró abusos
Método: Ahogada en bautisterio
Ejecutado: 4 de marzo

SILENCIO 3 — LA VIOLENCIA
Patxi Garmendia Etxebarria
Violencia xenófoba sin consecuencias
Método: Golpeado hasta muerte frente a espejos
Ejecutado: 8 de marzo

SILENCIO 4 — LA CODICIA
Begoña Etxebarria Larrea
Corrupción que envenenó niños
Método: Envenenamiento con mercurio
Ejecutado: 9 de marzo

SILENCIO 5 — LA FE
Joseba Arteaga Mendizábal
Sacerdote que protegió abusadores
Método: Crucifixión
Ejecutado: 11 de marzo

SILENCIO 6 — LA JUSTICIA
Pendiente identificación final
Magistrado/Fiscal que archivó casos
Fecha tentativa: abril 2026

Y luego, en página separada con más detalles que las anteriores:

SILENCIO 7 — LA COMPLICIDAD

Nerea Agirre Etxebarria
11 años, estudiante San Ignacio 1986
Vio a Fermín Salas llevarse a Iker al sótano
Presenció. Supo. Calló.

El miedo infantil no exime responsabilidad.
Podía haber hablado con profesores, padres, dirección.
Una palabra habría bastado.
Eligió silencio por cobardía.
Iker murió seis meses después.

Desde entonces: insomnio crónico (culpa reprimida).
Nunca procesó. Nunca confesó. Nunca pagó.

MÉTODO: Ahogamiento
UBICACIÓN: Piscina colegio San Ignacio
SIMBOLISMO: El agua que la paralizó de niña
El lugar donde todo comenzó
Morir donde Iker sufrió

FECHA: 14 de marzo, 23:30
PREPARACIÓN: Hipnosis 11/03 - confesión grabada - culpa activada
Estará vulnerable, culpable, menos resistente

NOTA: Es la última. Después de ella, siete silencios pagados.
Después de ella, Iker descansa.
Después de ella, yo también.

Nerea leyó la página tres veces. Las manos le temblaban.

No era sospecha. No era teoría. Era plan detallado para su asesinato. Mañana a las 23:30. En la piscina del colegio San Ignacio abandonado.

Fotografió cada página del cuaderno con su móvil. Luego abrió la carpeta manila.

Dentro: fotos de vigilancia. Ella saliendo de su edificio. Ella en comisaría. Ella corriendo por Gran Vía. Ella comprando en supermercado. Ella con Lobo.

Docenas de fotos. Semanas de seguimiento. Tal vez meses.

Y debajo de las fotos: plano del colegio San Ignacio. Planta del sótano. Ubicación de piscina marcada en rojo. Rutas de acceso señaladas. Puntos de entrada forzada identificados.

Todo planeado meticulosamente.

Nerea fotografió todo. Luego escuchó pasos en el pasillo.

Se congeló. Los pasos se acercaban. Se detuvieron frente a la puerta.

Llave en cerradura.

Nerea miró alrededor desesperada. No había armario, no había baño adjunto. Solo escritorio grande de madera.

Se metió debajo justo cuando la puerta se abría.

Desde su escondite, vio zapatos de hombre. Zapatos que reconoció. Los mismos que Mikel había usado ayer.

Mikel entró al consultorio, cerró la puerta detrás de él. Caminó directamente al escritorio.

Nerea contuvo respiración. Estaba a centímetros de sus piernas.

Mikel se sentó. La silla crujió bajo su peso. Nerea podía ver sus pantalones, sus manos descansando sobre las rodillas.

Escuchó sonido de cajón abriéndose. El cajón donde había estado el cuaderno.

Silencio.

Luego voz de Mikel, hablando en voz alta como si alguien más estuviera ahí:

—Lo sé, Iker. Falta poco. Solo una más. La última que te vio y no hizo nada.

Pausa.

—Sé que dirías que era niña. Que no sabía qué hacer. Pero tú también eras niño. Y sufriste. Y nadie te ayudó.

Otra pausa más larga.

—Mañana por la noche. En el colegio. Donde todo pasó. Y después... después podré descansar. Los dos podremos.

Nerea escuchó páginas pasando. Mikel revisando el cuaderno. Asegurándose de que todo estuviera en orden.

Luego el cajón cerrándose. Cerradura girando.

Mikel se levantó. Caminó hacia la ventana.

—Llueve otra vez —dijo, como conversación unilateral con su hermano muerto—. Como aquella tarde. ¿Recuerdas? Diciembre del 86. Llovía cuando mamá me llamó. Me dijo que habías... que te habías ido.

Su voz se quebró ligeramente.

—Tenía doce años, Iker. Doce. Igual que tú. Y no pude salvarte. Intenté. Escribí a la psicóloga. Le dije lo que me contabas. Pero no me creyeron. Dijeron que exageraba. Que tenía "celos fraternales" por vivir separado.

Silencio largo.

—Pasé treinta y nueve años estudiando. Aprendiendo. Entendiendo cómo funciona la violencia, el trauma, la justicia. Esperando el momento correcto. Y ahora... ahora casi termina.

Nerea permaneció absolutamente inmóvil. El espacio bajo el escritorio era estrecho, incómodo. Le dolían las piernas dobladas. Pero no podía moverse.

—Sé lo que dirías —continuó Mikel—. Que esto no te traerá de vuelta. Que la venganza no cura. Todo lo que aprendí en la universidad, todo lo que enseñé a otros... sé que es verdad teóricamente.

Pausa.

—Pero prácticamente, Iker... prácticamente, verlos sufrir como tú sufriste es lo único que me ha hecho sentir paz en casi cuatro décadas.

Mikel volvió al escritorio. Se inclinó, abrió cajón superior. Sacó algo. Nerea escuchó click de grabadora.

—Última sesión con paciente —dijo Mikel en tono profesional, como dictando nota clínica—. Nerea Agirre. Hipnosis exitosa. Confesión de complicidad grabada. Culpa activada. Vulnerable psicológicamente. Preparación para intervención final completa.

Apagó la grabadora. La guardó en cajón.

Luego su móvil sonó. Contestó.

—Sí, Garai. Sí, puedo hablar. ¿Qué necesita?

Pausa mientras escuchaba.

—¿Más evaluación de Aitor Salas? Por supuesto. Puedo preparar informe psiquiátrico completo para el juicio. Estaré encantado de ayudar.

Otra pausa.

—No, ningún problema. La inspectora Agirre me pareció bien ayer. Solo cansada. El descanso le hará bien. Sí. Claro. Hasta luego.

Colgó.

Nerea escuchó sus pasos alejándose hacia la puerta. Apertura. Cierre. Llave girando desde fuera.

Se quedó bajo el escritorio durante cinco minutos más. Esperando. Asegurándose de que no volviera.

Finalmente salió. Las piernas apenas le respondían después de estar dobladas tanto tiempo. Se estiró, respiró hondo tres veces.

Tenía lo que necesitaba. Fotos del cuaderno. Evidencia del plan. Fecha exacta. Método. Ubicación.

Pero estaba encerrada en el consultorio.

Fue a la puerta. Probó el pomo. Cerrado desde fuera, como esperaba. Las ganzúas funcionaban desde dentro pero la cerradura era diferente. Necesitaba herramienta que no tenía.

Ventana. Tercer piso. Demasiado alto para saltar.

Su móvil no tenía señal. Muros gruesos del hospital bloqueaban la cobertura en esta ala.

Mierda.

Miró alrededor buscando opciones. Teléfono fijo en el escritorio. Levantó auricular. Tono de llamada.

Marcó número de Urtzi. Buzón de voz.

Marcó a Amaia. Buzón de voz.

Marcó a Garai. Buzón de voz.

Nadie contestaba. Todos ocupados con gestión post-arresto de Aitor.

Pensó en llamar a emergencias. Pero ¿qué diría? ¿Que se había metido ilegalmente en consultorio privado y ahora estaba atrapada? ¿Que el respetado Dr. Uribe planeaba matarla mañana basándose en cuaderno que había fotografiado durante allanamiento ilegal?

No. Necesitaba salir discretamente. Necesitaba...

Escuchó voces en el pasillo. Personal del hospital. Enfermera hablando con alguien sobre paciente en habitación 314.

Nerea golpeó la puerta. Fuerte.

—¡Ayuda! ¡Estoy atrapada!

Las voces se detuvieron. Pasos acercándose.

—¿Hola? ¿Quién está ahí?

—Inspectora Agirre, Ertzaintza. Vine a revisar algo en el consultorio del Dr. Uribe y la puerta se cerró sola. ¿Pueden abrirla?

Pausa.

—El Dr. Uribe no está. Tendré que llamar a seguridad.

—Háganlo. Por favor.

Quince minutos después, guardia de seguridad abrió la puerta con llave maestra. La miró con suspicacia.

—¿Cómo entró si estaba cerrada?

—El doctor me dejó entrar más temprano. Vine a buscar documentos para caso en curso. Salí al baño, cuando volví la puerta estaba cerrada. Debe haberse trabado.

Mentira que sonaba plausible. El guardia asintió.

—Estas cerraduras viejas a veces se traban solas. ¿Encontró lo que buscaba?

—Sí. Gracias.

Salió del consultorio, del hospital, prácticamente corriendo. En el aparcamiento, bajo lluvia que había vuelto con venganza, se metió en su coche y cerró puertas con seguro.

Respiró hondo. Tenía evidencia. Tenía plan documentado. Tenía fecha, hora, ubicación.

Tenía todo lo necesario para probar que Mikel Uribe era el asesino y que ella era la próxima víctima.

Pero también había obtenido esa evidencia ilegalmente. Allanamiento. Robo de información privada. Cualquier abogado competente destruiría el caso en tribunal.

A menos que...

A menos que Mikel intentara matarla mañana y ella lo atrapara en el acto. Con testigos. Con evidencia procedural impecable.

Era trampa. Usarse a sí misma como cebo.

Arriesgado. Potencialmente suicida.

Pero era única opción.

Condujo a casa bajo tormenta que se intensificaba. Lobo la recibió con maullido ansioso. Lo alimentó, le dio agua fresca, lo acarició más tiempo del usual.

—Mañana por la noche —le dijo—. Si no vuelvo... Urtzi tiene llave de emergencia. Te cuidará.

Lobo ronroneó, ajeno al peligro.

Nerea pasó el resto del día preparándose. Revisó cada foto del cuaderno de Mikel. Estudió plano del colegio San Ignacio. Identificó rutas de escape. Puntos de ventaja táctica.

A las 19:00 intentó de nuevo contactar a Garai. Buzón de voz.

Dejó mensaje: "Jefe. Tengo evidencia sólida contra Mikel Uribe. Va a intentar matarme mañana a las 23:30 en piscina del colegio San Ignacio. Necesito backup. Llámame urgente."

Luego llamó a Urtzi. Esta vez contestó.

—Nerea. ¿Qué pasa?

—Mañana noche. 23:30. Colegio San Ignacio abandonado. Entrada por verja rota en parte trasera. Necesito que estés ahí. Con refuerzos si es posible.

—¿Por qué? ¿Qué está pasando?

—Mikel Uribe va a intentar matarme. Tengo evidencia. Cuaderno donde documenta todos los asesinatos incluyendo el mío planeado para mañana.

—Mierda. ¿Se lo dijiste a Garai?

—Dejé tres mensajes. No contesta. Está con el consejero todo el día.

—¿La evidencia es legal?

—No exactamente.

—¿Qué significa eso?

—Significa que la conseguí allanando su consultorio. Inadmisible en tribunal. Pero si lo atrapo intentando matarme con testigos presentes, no importa cómo obtuve información previa.

Silencio largo.

—Esto es locura.

—Es la única forma. ¿Estarás ahí?

—Sí. Con Amaia si consigo localizarla. 23:30. San Ignacio.

—Gracias.

—Nerea. Ten cuidado. Si Mikel es realmente el asesino... ha matado cinco personas sin dejar evidencia útil. Es profesional. Peligroso.

—Lo sé.

—No vayas sola antes de las 23:30. Espéranos.

—Lo prometo.

Mentira. Pero necesaria.

Colgó.

Pasó la noche sin dormir. No por insomnio esta vez. Por preparación.

A las 22:00 del 13 de marzo se vistió completamente de negro. Metió linterna pequeña en bolsillo. Navaja plegable en otro. Móvil completamente cargado.

Se despidió de Lobo con caricia larga.

Y salió hacia el colegio San Ignacio.

Iba a enfrentar al asesino en el lugar donde todo había empezado.

Iba a terminar esto.

O morir intentándolo.

CAPÍTULO 13

EL ÚLTIMO SILENCIO

Colegio San Ignacio, 14 De Marzo, 22:45
Nerea Agirre

El colegio San Ignacio estaba más oscuro de lo que Nerea recordaba. Cuatro plantas de piedra gris recortadas contra cielo nocturno sin estrellas, con ventanas tapiadas que parecían cuencas vacías. La lluvia había cesado finalmente pero el aire seguía cargado de humedad, con olor a cemento mojado y vegetación podrida que había invadido el patio.

Nerea pasó por el hueco cortado en la verja metálica a las 22:47, trece minutos antes de lo que le había dicho a Urtzi. Necesitaba tiempo para reconocer el terreno. Para prepararse. Para recordar.

La linterna pequeña en su mano derecha proyectaba círculo débil de luz que apenas penetraba la oscuridad. Llevaba la navaja plegable en el bolsillo izquierdo, móvil en el derecho con GPS activado para que Urtzi pudiera rastrearla. Chaleco antibalas bajo la chaqueta impermeable. Precauciones que sabía eran probablemente insuficientes contra alguien que había matado cinco personas sin dejar evidencia útil.

El patio estaba cubierto de escombros. Botellas rotas, jeringas, grafitis en las paredes que hablaban de okupas y adolescentes buscando lugar para beber. Nerea caminó hacia la entrada principal. Puerta de madera pesada, cerrada con cadena

oxidada. Pero había entrada lateral —antigua puerta de servicio— con candado forzado hace tiempo.

Empujó. La puerta se abrió con chirrido que resonó en el silencio.

Interior: pasillo largo, oscuro, con olor a moho y orina. Paredes descascaradas. Aulas con puertas arrancadas. Pupitres volcados. Décadas de abandono concentradas.

Nerea caminó despacio, linterna iluminando fragmentos: pizarra rajada, silla rota, libro de texto de 1998 deshecho por la humedad. El colegio había cerrado en fases. Primaria en 1990, cuatro años después del suicidio de Iker. Secundaria en 2003. Después, nada. Solo deterioro lento.

Subió escaleras hacia el segundo piso. Los escalones crujían bajo su peso. En alguna parte del edificio, palomas se movían con aleteo nervioso.

Segundo piso. Pasillo que reconoció. Más estrecho de lo que recordaba —perspectiva de niña versus realidad de adulta— pero inconfundible. Aulas a ambos lados. Al final, puerta que llevaba al sótano.

Nerea se detuvo frente a esa puerta. La madera estaba hinchada por humedad, con pintura descascarada. Pero seguía cerrada. Candado nuevo, brillante, incongruente con el deterioro circundante.

Alguien había estado aquí recientemente. Alguien había asegurado esta puerta específica.

Mikel.

Preparando.

Nerea probó el candado. Cerrado sólidamente. Sacó las ganzúas, trabajó la cerradura. Más difícil que las del hospital. Tardó cuatro minutos. Click.

La puerta se abrió revelando escalera descendente. Oscuridad absoluta abajo.

Nerea bajó despacio. Dieciocho escalones —los contó— hasta suelo de cemento. Sótano amplio, dividido en secciones. A la izquierda, almacén antiguo con estanterías colapsadas. A la derecha, vestuarios. Y al fondo, puerta de metal con ventana de vidrio reforzado.

La piscina.

Nerea se acercó. El vidrio estaba sucio pero podía ver interior: piscina cubierta, pequeña, veinte metros de largo tal vez. Diseñada para enseñar natación básica a niños de primaria. Vacía ahora. Azulejos agrietados. Escalera de metal oxidado. Y en el fondo, charco de agua estancada que había filtrado desde alguna parte.

La puerta no tenía candado. Se abría con simple empujón.

Nerea entró. El espacio olía a cloro viejo y agua podrida. Sus pasos resonaban con eco hueco. Dirigió la linterna alrededor: paredes con azulejos azul pálido, techo alto con tragaluz roto, vestuario al fondo con taquillas metálicas colapsadas.

Y entonces vio las velas.

Colocadas alrededor del borde de la piscina. Treinta, cuarenta tal vez. Blancas. Sin encender todavía pero dispuestas con precisión ritual. Como altar.

Como vigilia.

Como funeral.

Nerea sintió frío que no tenía que ver con temperatura del sótano. Mikel había estado aquí. Había preparado la escena. Estaba listo.

Miró el reloj: 23:04. Veintiséis minutos antes de la hora que Mikel había escrito en su cuaderno. Urtzi y Amaia llegarían en veintiséis minutos. Tiempo suficiente para—

—Llegaste temprano.

La voz emergió desde las sombras del vestuario. Nerea giró bruscamente, mano yendo al bolsillo donde estaba la navaja.

Mikel Uribe salió a la luz de su linterna. Vestía ropa oscura, impermeable negro, guantes de látex. En la mano derecha sostenía jeringa llena con líquido transparente. Benzodiacepinas, calculó Nerea. El mismo sedante que había usado en las otras víctimas.

—También tú —respondió Nerea, manteniendo voz firme—. Media hora antes de lo planeado.

Mikel sonrió levemente.

—Imaginé que encontrarías el cuaderno. Eres buena investigadora. Metódica. Intuitiva. Y desesperada por respuestas. —Dio paso hacia adelante—. La pregunta era si vendrías sola o traerías ayuda.

—¿Importa?

—Sí. Solo tenemos tiempo antes de que lleguen tus compañeros. Calculé que no confiarías completamente en que vendrían a tiempo. Que querrías reconocer terreno primero. Llegar temprano. —Otro paso—. Te conozco, Nerea. He pasado tres semanas estudiándote. Sé cómo piensas.

Nerea retrocedió, manteniendo distancia.

—También encontré las fotos. La vigilancia. Sabía que vendrías.

—Por supuesto que sabías. Te dejé encontrarlo todo. —Mikel colocó la jeringa sobre el borde de la piscina, sacó encendedor del bolsillo—. Necesitaba que entendieras por qué. Necesitaba que cargaras la culpa antes de... antes del final.

Empezó a encender las velas. Una por una. Luz temblorosa llenó el espacio.

—La sesión de hipnosis —dijo Nerea—. Implantaste memoria falsa.

—No. Recuperé memoria reprimida. Hay diferencia. —Mikel encendió otra vela—. Realmente viste a Iker siendo llevado al sótano. Realmente seguiste caminando. Tu subconsciente lo recordaba. Solo necesitaba ayudarte a acceder.

—Tenía once años.

—Iker tenía doce cuando se colgó. —Voz sin inflexión—. La edad no exime responsabilidad moral.

—Era niña asustada que no sabía qué hacer.

—Podías haber hablado. Con tus padres. Con un profesor diferente. Con alguien. Una palabra habría bastado. —Mikel terminó con las velas. El espacio ahora brillaba con luz dorada oscilante—. Pero elegiste silencio. Como todos los demás.

Nerea sintió culpa que conocía era manipulada pero que dolía de todos modos.

—No puedes justificar cinco asesinatos por decisión de niña de once años.

—No los justifico. Los ejecuto. Hay diferencia. —Mikel se sentó en el borde de la piscina, piernas colgando sobre azulejos agrietados—. Justificación implica que busco aprobación externa. No la busco. Sé exactamente lo que hice. Sé exactamente por qué.

—Venganza por tu hermano.

—Justicia para mi hermano. Venganza es emocional, reactiva. Esto fue deliberado. Planeado. Merecido.

Nerea se movió lateralmente, posicionándose para tener salida clara hacia la puerta.

—¿Merecido? Mendoza era historiador que omitió información. Edurne era psicóloga que cometió errores de juicio. No merecían morir torturados.

—Mendoza borró memoria de miles de víctimas. Edurne destruyó vidas de docenas de familias. Sus crímenes no fueron

errores. Fueron elecciones. —Mikel la miró directamente—. Y enfrentaron consecuencias apropiadas. Simbólicas. Pedagógicas.

—No eres juez.

—Alguien tenía que serlo. El sistema falló. La iglesia falló. La sociedad falló. —Voz subiendo ligeramente—. Iker pidió ayuda de todas las maneras que pudo. Mamá denunció a Fermín Salas. Yo escribí a la psicóloga escolar. Iker le dijo a Edurne lo que pasaba. Y todos —todos— decidieron que era más conveniente no creer. No investigar. No actuar.

—Porque el sistema estaba diseñado para proteger a la institución.

—Exactamente. —Mikel se levantó—. Y cuando sistema está diseñado para fallar, alguien tiene que operar fuera de él.

Nerea aprovechó el movimiento para retroceder más hacia la puerta.

—¿Y Aitor Salas? ¿Era parte de tu justicia que hombre inocente confesara tus crímenes?

—Aitor es víctima. Como Iker. Como todos los niños que Fermín Salas dañó. —Mikel caminó alrededor del borde de la piscina —. Pero su confesión fue necesaria. Necesitaba cerrar oficialmente el caso para poder completar el séptimo silencio sin presión policial inmediata.

—El séptimo silencio siendo yo.

—Sí.

—¿Y después de mí?

Mikel sonrió con tristeza que parecía genuina.

—Después de ti, se termina. Los siete silencios pagados. Iker descansando finalmente. Y yo también.

Nerea entendió entonces.

—Ibas a suicidarte.

—Por supuesto. —Como si fuera obvio—. No tiene sentido vivir después. Esta misión fue lo único que me mantuvo funcionando durante treinta y nueve años. Sin ella... —Se encogió de hombros—. No hay nada más.

—Tu esposa. Tu carrera. Tu vida.

—Mi esposa murió hace ocho años. El cáncer se la llevó mientras yo fingía ser esposo atento y lloraba en su funeral sabiendo que nunca la amé realmente. Solo era máscara. Funcionalidad. —Voz completamente plana—. Mi carrera fue preparación. Estudiar violencia, trauma, perfiles criminales. Todo para entender cómo hacer esto correctamente. Y mi vida... —Risa breve, amarga—. Mi vida terminó en diciembre de 1986 cuando encontraron a Iker colgado en su habitación. Todo después fue solo esperar el momento adecuado.

Nerea sintió piedad que sabía era peligrosa. Mikel era víctima. Pero también era asesino que había torturado cinco personas hasta la muerte.

—Iker no habría querido esto —dijo—. Un niño de doce años no habría querido que su hermano se convirtiera en monstruo vengándolo.

Error. Lo supo inmediatamente.

La expresión de Mikel cambió. Algo oscuro cruzó su rostro.

—No hables de lo que Iker habría querido. No lo conociste. No lo viste sufrir. No estuviste ahí cuando... —Se detuvo, respiró hondo—. No tienes derecho.

—Tienes razón. No tengo derecho. —Nerea mantuvo voz calmada—. Pero tampoco tú. Tienes memoria de niño de doce años de tu hermano. Pero él murió. No sabes qué tipo de hombre habría sido. Qué habría pensado de todo esto.

—Sé que habría querido justicia.

—Justicia, sí. ¿Pero esto? —Nerea señaló las velas, la piscina preparada—. ¿Tortura ritualizada? ¿Asesinato teatral? ¿Destruir vidas de gente que cometió errores hace décadas?

—No fueron errores. Fueron crímenes.

—Algunos sí. Fermín Salas era depredador. El Padre Garay era abusador. Pero Edurne era psicóloga sobrepasada en sistema corrupto. Mendoza era historiador con sesgos. Etxebarria era política codiciosa pero no asesina. —Pausa—. Y yo era niña de once años que tuvo miedo.

—El miedo no exime.

—No. Pero tampoco condena absolutamente. —Nerea dio paso hacia adelante, decisión arriesgada—. Mikel. Sé lo que es cargar culpa por no haber hecho suficiente. Llevo treinta y tres años sin dormir bien. Llevo toda mi vida adulta persiguiendo justicia porque siento que fallé una vez cuando importaba.

—Entonces entiendes.

—Entiendo el dolor. Entiendo la rabia. Entiendo incluso el impulso de corregir injusticia del pasado. —Otra paso—. Pero también entiendo que venganza no cura trauma. Solo lo perpetúa.

Mikel la observó con expresión imposible de leer.

—Bonito discurso. ¿Es de manual de negociación policial?

—Es de experiencia personal. —Nerea dejó que vulnerabilidad real entrara en su voz—. La sesión de hipnosis. Aunque manipulaste el proceso, algo real surgió. Realmente he cargado culpa. Realmente he sentido que podía haber ayudado a Iker. Y realmente me ha destruido lentamente.

—¿Y?

—Y matarme no cambiará nada. No traerá a Iker de vuelta. No te dará paz. Solo añadirá otra víctima a lista que ya es demasiado larga.

—La lista tiene exactamente siete nombres. Número simbólico. Completo. —Mikel sacó la jeringa del borde de la piscina —. Y tú eres el último.

Nerea escuchó algo. Pasos arriba. Urtzi y Amaia llegando antes de tiempo.

Mikel también los escuchó. Sonrió.

—Veintidós minutos antes de lo acordado. Impresionante. Les dijiste veintitrés treinta pero llegaron temprano como precaución. —Dio paso hacia Nerea—. Pero no lo suficientemente temprano.

Se movió rápido. Más rápido de lo que Nerea esperaba de hombre de cincuenta y un años. La jeringa apuntó hacia su cuello.

Nerea reaccionó por entrenamiento. Bloqueó con brazo izquierdo, sacó la navaja con derecho, abrió hoja con pulgar en movimiento fluido.

—¡Nerea! —Voz de Urtzi desde arriba. Pasos bajando escaleras corriendo.

Mikel vaciló. Medio segundo. Suficiente.

Nerea hundió la navaja en su hombro izquierdo. No profundo. Suficiente para hacer soltar la jeringa.

Mikel retrocedió, mano yendo a herida. La jeringa cayó al suelo, rodó hacia el borde de la piscina.

—No tenías que hacer eso —dijo con voz extrañamente calmada—. Habría sido rápido. Sedante primero. Luego el agua. Como dormir. Sin dolor.

—No quiero tu misericordia.

Urtzi irrumpió por la puerta, arma desenfundada. Amaia detrás con linterna táctica que iluminó escena completa: velas ardiendo, piscina vacía, Nerea con navaja ensangrentada, Mikel con mano presionando hombro herido.

—¡Manos arriba! —ordenó Urtzi—. ¡Ahora!

Mikel ignoró la orden. Miró a Nerea con expresión que era mezcla de decepción y algo más. ¿Respeto?

—Buen instinto de supervivencia —dijo—. Iker habría aprobado. Siempre decía que no había que rendirse nunca.

—Mikel Uribe, está arrestado por cinco cargos de homicidio —comenzó Urtzi, acercándose con esposas—. Tiene derecho a permanecer en silencio...

—Lo sé. —Mikel se giró hacia Urtzi—. He asesorado suficientes arrestos. Conozco el protocolo.

Pero mientras Urtzi se acercaba, Mikel se movió. No hacia Nerea. Hacia la piscina.

—¡No! —gritó Nerea.

Demasiado tarde.

Mikel saltó.

No había agua suficiente para amortiguar caída de cuatro metros. Impactó el fondo de cemento con sonido terrible. Crack de huesos rompiéndose. Cuerpo quedando inmóvil en ángulo imposible.

Urtzi corrió al borde, miró abajo. Amaia ya estaba llamando ambulancia.

Nerea se acercó lentamente. Miró hacia abajo.

Mikel yacía en el charco de agua estancada, con cuello en ángulo que confirmaba columna cervical rota. Ojos abiertos mirando hacia el tragaluz roto en el techo. Sangre expandiéndose lentamente desde cabeza golpeada.

Pero estaba consciente. Respirando. Paralizado pero vivo.

Nerea bajó por la escalera de metal. Urtzi intentó detenerla pero ella ignoró. Llegó al fondo, se arrodilló junto a Mikel.

—Ambulancia en camino —dijo—. Aguanta.

Mikel intentó hablar. Sangre burbujeó en sus labios. Consiguió susurrar:

—Iker... perdóname... intenté...

—Lo sé. —Nerea tomó su mano con guante ensangrentado—. Lo sé.

—Dile... dile que lo siento... por no llegar a tiempo...

—Descansa. Ya terminó.

—¿Los siete...?

—Seis. Solo seis. Yo sigo viva.

Algo cambió en la expresión de Mikel. No frustración. Algo parecido a... ¿alivio?

—Bien. Mejor así. Iker... no habría querido... que lastimaras... niña...

La respiración se volvió más trabajosa. Nerea escuchó sirenas afuera. Demasiado lejos todavía.

—Mikel. Necesitas aguantar. La ambulancia...

—No. —Voz apenas audible—. Mejor... así. No quiero... juicio. No quiero... años en... celda.

—No digas eso.

—Cuaderno... cajón... oficina. Tiene... todo. Confesión... completa. Evidencia... lugares. Todo... para cerrar... casos.

—Ya lo fotografié. Lo tengo todo.

Sonrisa débil.

—Por supuesto... buena... investigadora...

La respiración se detuvo. Luego continuó, más débil.

—Nerea... perdona... a la niña... que fuiste. No... es tu culpa. Nunca... lo fue.

—Mikel...

—Iker... lo entendía. Sabía... que eras... niña... asustada. Me lo... dijo. Dijo... que no era... tu culpa.

Lágrimas cayeron por mejillas de Nerea.

—¿De verdad te dijo eso?

—Sí. Última vez... que hablamos. Dos días... antes de... —La voz falló completamente.

Las sirenas se acercaban. Pasos corriendo en el sótano.

Mikel cerró los ojos. La respiración se volvió irregular. Luego se detuvo.

Nerea buscó pulso. Débil. Intermitente. Desapareciendo.

Paramédicos irrumpieron en la piscina. La apartaron, empezaron protocolo de emergencia. Compresiones. Respiración asistida. Adrenalina.

Inútil. Nerea lo supo mirando sus ojos. Mikel ya se había ido. No al cuerpo que los paramédicos intentaban revivir. Sino al lugar donde había estado durante treinta y nueve años. Con su hermano.

A las 23:47, paramédico jefe declaró muerte. Hora oficial. Causa preliminar: traumatismo craneoencefálico masivo y fractura cervical tras caída intencional.

Suicidio.

El séptimo silencio era el propio Mikel.

El último testigo que calló.

El hermano que sobrevivió pero nunca realmente vivió después.

El niño de doce años que escribió carta pidiendo ayuda y fue ignorado.

Nerea se sentó en el borde de la piscina, con piernas colgando, mirando el cuerpo cubierto abajo. Las velas seguían ardiendo. Luz dorada temblando sobre azulejos agrietados.

Urtzi se sentó a su lado.

—¿Estás bien?

—No.

—Es respuesta honesta.

—Es única respuesta que tengo.

Permanecieron en silencio mientras técnicos de la científica empezaban a documentar escena. Fotografías. Mediciones. Recogida de evidencia.

—Confesión completa en su consultorio —dijo Nerea finalmente—. Cuaderno negro. Cajón inferior derecho. Cerrado con llave. Fotografié todo pero original tiene más detalles. Confesión escrita. Evidencia de planificación. Lista de víctimas con métodos. Todo.

—¿Cómo conseguiste acceso?

—Prefiero no responder esa pregunta específicamente.

Urtzi asintió.

—Registro oficial será que recibimos pista anónima sobre consultorio del Dr. Uribe conteniendo material relevante a caso. Conseguimos orden judicial. Encontramos cuaderno. ¿Correcto?

—Correcto.

—Y evidencia fotográfica que tienes en tu móvil...

—Desaparecerá. Solo existirá evidencia obtenida legalmente con orden.

—Bien.

Amaia subió por la escalera de metal.

—Aitor Salas —dijo—. Necesitamos liberarlo inmediatamente. Y compensarlo de alguna manera aunque legalmente no estamos obligados.

—Garai no va a estar contento —dijo Urtzi.

—Garai tendrá que aceptarlo. —Nerea se levantó—. Arrestamos hombre inocente basándonos en evidencia plantada. Casi lo procesamos por cinco homicidios que no cometió. Mínimo que podemos hacer es ofrecerle disculpa oficial.

—El fiscal...

—El fiscal tendrá que tragarse su conferencia de prensa triunfante. —Voz de Nerea era acero—. Esto se cierra correctamente o no se cierra.

Salieron del colegio a las 02:30. Bilbao dormía bajo cielo finalmente despejado. Estrellas visibles por primera vez en semanas.

Nerea condujo a casa en piloto automático. Lobo la recibió con ronroneo. Lo acarició durante largo rato.

Luego se duchó. Agua tan caliente que le dejó piel roja. Lavando sangre de Mikel. Lavando culpa de treinta y tres años. Intentando.

Se metió en cama a las 04:00.

Y durmió.

Profundamente. Sin pesadillas.

Porque las pesadillas habían terminado.

O tal vez solo habían cambiado de forma.

Ahora sabía exactamente qué había pasado en San Ignacio en 1986.

Sabía que había visto. Que había callado. Que era cómplice del sistema que falló a Iker.

Pero también sabía que tenía once años.

Que hizo lo que pudo con herramientas que tenía.

Que el miedo infantil no era lo mismo que complicidad adulta.

Iker lo entendía, había dicho Mikel. *Sabía que eras niña asustada. Me lo dijo. Dijo que no era tu culpa.*

Tal vez verdad. Tal vez mentira de hombre muriendo intentando dar paz final.

No importaba.

Nerea eligió creerlo.

Porque la alternativa era cargar culpa que la destruiría tan completamente como destruyó a Mikel.

Y Iker —el niño de doce años que pidió ayuda y murió solo— no habría querido eso.

Durmió hasta mediodía.

Por primera vez en treinta y tres años, durmió sin insomnio.

Sin pesadillas.

Sin fragmentos de memoria que no podía procesar.

Solo sueño profundo, tranquilo, sanador.

Cuando despertó, Bilbao brillaba bajo sol de marzo que finalmente había emergido.

Y Nerea supo que sobreviviría.

Marcada. Cambiada. Pero viva.

El último silencio había sido roto.

Y ella había sobrevivido para contarlo.

EPÍLOGO — LOS QUE QUEDAN

Tres semanas después
POV: Nerea Agirre

La noticia de la muerte de Mikel Uribe ocupó portadas durante cuatro días. *El Correo* tituló: "El Asesino de los Silencios Muere en Confrontación Policial." ETB dedicó especial de una hora. Las redes sociales se dividieron entre quienes lo llamaban monstruo y quienes lo consideraban justiciero trágico. Nadie quedó indiferente.

La versión oficial, coordinada entre la Ertzaintza, la Fiscalía y el gabinete del consejero de Interior, fue pulida hasta brillar: Mikel Uribe Garay, psiquiatra forense de cincuenta y un años, hermano gemelo de víctima de abuso infantil Iker Uribe, había ejecutado cinco homicidios premeditados durante tres semanas de marzo de 2026. Motivación: venganza por trauma de infancia y fallo sistémico. Planificación meticulosa documentada en cuaderno confesional. Arrestado en el acto intentando cometer sexto asesinato contra inspectora Nerea Agirre. Suicidio por salto desde altura durante detención.

Aitor Salas fue liberado el 15 de marzo a las 11:30 de la mañana, cincuenta y dos horas después de su confesión manipulada. Sin conferencia de prensa. Sin disculpa pública. Solo comunicado breve del fiscal reconociendo "errores procedimentales en evaluación inicial de evidencia." Aitor salió de comisaría con la misma ropa arrugada que llevaba al entrar, con expresión de hombre que había visto el abismo y sobrevivido sin entender exactamente cómo.

Nerea lo esperaba en la puerta. Le tendió sobre manila.

—Compensación. No es suficiente pero es lo que conseguí del departamento legal.

Aitor abrió el sobre. Cheque por veinticinco mil euros.

—¿Por dos días arrestado injustamente?

—Por casi ser procesado por cinco homicidios que no cometiste. Por confesión coercitiva. Por daño psicológico documentable. —Nerea hizo pausa—. Y porque es lo mínimo decente.

Aitor guardó el cheque en el bolsillo sin mirarlo otra vez.

—¿Qué hago ahora?

—Lo que quieras. El expediente será sellado. Oficialmente nunca fuiste sospechoso formal. Tu nombre no aparecerá en documentos públicos.

—¿Y mi trabajo?

—Ya hablé con tu jefe. Explicación oficial es que estuviste ayudando con investigación como testigo protegido. Tu puesto sigue disponible.

Aitor asintió lentamente.

—¿Usted está bien? Él... iba a matarla.

—Estoy viva. Eso cuenta como estar bien.

—No es lo mismo.

—No. Pero es suficiente por ahora.

Se separaron sin más palabras. Nerea lo observó alejarse por la calle Gordóniz bajo sol de primavera que parecía incongruente después de semanas de lluvia. Hombre roto por trauma que nadie había sanado, usado por asesino vengativo, casi destruido por sistema judicial apresurado. Sobreviviente que nunca pidió serlo.

Igual que ella.

El funeral de Mikel Uribe fue privado. Solo tres personas asistieron: Nerea, Urtzi y colega retirado del hospital que había trabajado con Mikel durante quince años y no podía creer que "Mikel tranquilo, profesional, siempre dispuesto a ayudar" hubiera sido capaz de lo que los medios decían.

—Tiene que haber error —repetía el colega, hombre de setenta y tantos con manos temblorosas—. Tiene que ser.

No había error. Había cuaderno confesional completo. Había evidencia física en cinco escenas. Había testigos, cronología verificada, motivación documentada. Había todo excepto duda razonable.

El cuerpo fue cremado. Cenizas guardadas en urna simple que Nerea había pagado de su propio bolsillo porque no había familia reclamando. Los padres adoptivos Uribe-Goenaga habían muerto hacía años. La esposa, también. No había hijos. No había hermanos excepto el que había muerto en 1986.

Mikel Uribe había estado solo toda su vida adulta. Funcionando. Trabajando. Ayudando a otros a procesar trauma mientras el propio lo consumía desde dentro.

Después de la ceremonia mínima, Nerea condujo a Monte Artxanda. Al mismo lugar donde Iñaki Mendoza había sido enterrado vivo tres semanas atrás. Donde todo había empezado.

Abrió la urna. Dejó que viento de primavera llevara cenizas sobre hierba que empezaba a reverdecer.

—Ya estás con él —dijo al aire—. Espero que encuentres lo que buscabas.

No hubo respuesta. Solo viento, pájaros, ciudad extendiéndose abajo bajo luz clara.

Nerea se quedó ahí durante hora completa. Pensando en dos niños de doce años separados por adopción, reunidos por trauma, destruidos por sistema que priorizó reputación sobre protección.

Pensando en Silencio 6 que nunca se ejecutó.

Había encontrado referencia en el cuaderno de Mikel. Magistrada Alicia Ugarte, quien había archivado caso de memoria histórica en 2009. Estaba en la lista. Método planeado: enterrada con documentos de casos archivados, asfixiada por peso de papeles que representaban justicia negada.

Mikel nunca llegó a ella. Aceleró hacia Nerea, el último silencio, el más personal. Y murió antes de completar su misión.

La Magistrada Ugarte seguía viva, trabajando, completamente ajena a que había estado en lista de ejecución.

¿Era mejor así? ¿Justicia parcial? ¿Seis víctimas suficientes y séptima escapada por azar del calendario?

Nerea no tenía respuesta. Solo sabía que Ugarte viviría sin saber cuán cerca había estado. Y eso parecía misericordia accidental en historia sin misericordia planeada.

Garai la llamó a su despacho el 5 de abril, tres semanas después de la muerte de Mikel.

—Siéntate.

Nerea obedeció. Garai tenía expresión que había aprendido a leer durante once años trabajando juntos: incomodidad burocrática.

—El consejero quiere cerrar el caso oficialmente. Informe final. Conferencia de prensa. Paquete completo.

—¿Y?

—Y quiere que seas tú quien lo presente. La inspectora que resolvió el caso. Que sobrevivió al asesino. Narrativa heroica para restaurar confianza pública.

—No.

—Nerea...

—No. No voy a pararme frente a cámaras y vender historia simplificada donde yo soy heroína y Mikel es monstruo unidimensional.

—Es lo que pasó.

—Es versión reducida de lo que pasó. —Nerea se inclinó hacia adelante—. Mikel era víctima que se convirtió en victimario. Era niño que pidió ayuda y fue ignorado. Era hermano que intentó salvar a su gemelo y falló. Eso no justifica cinco asesinatos pero sí explica por qué.

—El público no quiere explicaciones complejas. Quiere certeza. Buenos contra malos. Caso cerrado.

—Entonces que alguien más lo presente.

Garai suspiró.

—¿Sabes qué te va a costar esto?

—Sí. Y acepto el costo.

Silencio largo. Luego:

—Urtzi lo presentará. Tú estarás disponible para preguntas si las hay pero no en el estrado principal.

—Gracias.

—No me agradezcas. Esto va a afectar tu carrera. Promociones futuras. Asignaciones.

—Lo sé.

—¿Y vale la pena?

Nerea pensó en Iker Uribe, doce años, ojos suplicantes. Pensó en Mikel Uribe, cincuenta y uno, muriendo en piscina vacía pidiendo perdón a hermano muerto. Pensó en ella misma, once años, bajando la vista y siguiendo caminando.

—Sí. Vale la pena.

La conferencia de prensa fue el 8 de abril. Urtzi presentó caso con profesionalismo que Nerea apreciaba: hechos sin dramatismo, cronología sin interpretación moral, cierre sin triunfalismo.

Las preguntas fueron predecibles. ¿Cómo no detectaron antes? ¿Por qué arrestaron a Aitor Salas? ¿Podía haberse prevenido?

Urtzi respondió con honestidad controlada: la investigación fue compleja, hubo evidencia plantada sofisticadamente, sistemas de detección temprana tienen límites cuando el perpetrador posee conocimiento forense experto.

Nadie preguntó lo que Nerea consideraba pregunta central: ¿Por qué sociedad que permitió abusos de los años ochenta seguía permitiendo silencios institucionales en 2026?

Esa pregunta no cabía en conferencia de prensa de noventa minutos.

Nerea volvió al colegio San Ignacio una última vez el 15 de abril, exactamente un mes después de la muerte de Mikel.

El edificio seguía abandonado. Nadie había venido a limpiarlo, a sellarlo apropiadamente, a hacer nada. Solo estaba ahí,

deteriorándose lentamente, con grafitis nuevos en paredes exteriores y basura acumulándose en patio.

Entró por la misma puerta lateral. Bajó al sótano. La piscina estaba exactamente como la recordaba excepto por cinta policial amarilla marcando escena procesada.

Las velas se habían consumido. Solo quedaban charcos de cera endurecida en el borde de azulejos agrietados.

Nerea se sentó en el mismo lugar donde se había sentado con Urtzi después de que declararan muerte de Mikel. Piernas colgando sobre piscina vacía.

Cerró los ojos. Intentó recordar a Iker no como víctima en fotos de archivo sino como niño real. ¿Cómo había sido? ¿Qué le gustaba? ¿Qué soñaba antes de que todo se rompiera?

Los recuerdos no llegaron. Solo tenía fragmentos: uniforme azul y blanco, expresión seria en foto escolar, referencia de Maite diciendo que dibujaba pájaros.

No era suficiente. Iker merecía ser recordado como persona completa, no como símbolo de injusticia.

Pero los muertos no controlan cómo los recuerdan. Solo los vivos eligen qué hacer con memoria heredada.

Nerea abrió los ojos. Sacó marcador permanente del bolsillo. En pared de azulejos, al lado de la cinta policial, escribió:

IKER URIBE GARAY
2000-1974 - 1986
Lo siento

No sabía exactamente por qué se disculpaba. Por no haber ayudado cuando tenía once años. Por haber olvidado durante treinta y tres años. Por haber sobrevivido cuando él no.

Por todo y por nada.

Las disculpas no cambiaban pasado. Pero tal vez construían algo en presente que evitaría futuros similares.

Tal vez.

Esa noche, en su apartamento, Nerea durmió nueve horas sin interrupción. Sin pesadillas. Sin flashbacks. Sin insomnio que había sido compañero constante durante tres décadas.

No era curación completa. Todavía había noches difíciles. Todavía había momentos donde culpa emergía sin aviso. Todavía había preguntas sin respuesta satisfactoria.

Pero era progreso.

Lobo dormía a sus pies, ronroneando suavemente. Ciudad dormía afuera bajo cielo despejado. Bilbao seguía siendo Bilbao: industrial, resiliente, cargando historia complicada con dignidad imperfecta.

Y Nerea seguía siendo Nerea: inspectora marcada, insomne en recuperación, sobreviviente que entendía que supervivencia era trabajo continuo no destino alcanzado.

El 20 de abril llegó carta al apartamento de Nerea. Remitente: Miren Uribe Etxebarria (fallecida).

Confundida, Nerea abrió el sobre. Dentro: carta escrita a mano con letra temblorosa, fechada 15 de marzo de 2023, un mes antes de la muerte de Miren.

A quien corresponda:

Si están leyendo esto es porque he muerto y porque algo ha pasado con Mikel.

Sabía que pasaría eventualmente. Sabía desde que era niño que la muerte de Iker lo rompió de manera que nunca sanó. Lo vi en sus ojos cuando tenía trece, catorce, quince años. La rabia. El dolor. La determinación.

Intenté todo. Terapia. Amor. Atención. Nada funcionó porque el trauma era demasiado profundo. Porque yo también había fallado. Porque no protegí a Iker cuando lo necesitaba. Porque creí que denunciar una vez era suficiente. Porque acepté cuando me dijeron

que me callara, que no hiciera escándalo, que pensara en el bien de la institución.

Y mi hijo se colgó.

Y el otro hijo sobrevivió pero nunca realmente vivió.

Mikel dedicó vida entera a estudiar violencia, trauma, justicia. Pensé que era sanación. Era preparación.

Si están leyendo esto, probablemente ya hizo lo que planeaba. Probablemente muchos están muertos. Y probablemente él también.

No puedo pedir perdón en su nombre. No tengo derecho. Solo puedo decir que fue niño bueno que el mundo rompió. Y que yo, su madre, no supe cómo recomponerlo.

A las víctimas: lo siento.
A Mikel: te amé aunque no pude salvarte.
A Iker: nos fallé a ambos.

Miren Uribe Etxebarria
15 de marzo de 2023

Adjunto a la carta: instrucciones para abogado de entregar a autoridades "si Mikel es arrestado o muere en circunstancias relacionadas con violencia."

Nerea leyó la carta tres veces.

Miren había sabido. Había visto lo que su hijo planeaba. Y había guardado silencio hasta la muerte.

Otro silencio. El octavo. El de la madre que amaba pero no pudo detener.

¿Era complicidad? ¿Era impotencia? ¿Era diferente de todos los otros silencios que Mikel había castigado?

Nerea no sabía.

Guardó la carta en sobre. La archivó en expediente de caso. Material para reflexión futura. Evidencia de complejidad que

narrativa pública nunca captaría.

Mayo llegó con calor inusual para Bilbao. La ciudad reverdecía. Terrazas se llenaban. Vida continuaba con amnesia colectiva característica de lugares que han visto demasiado trauma y necesitan seguir funcionando.

Nerea volvió al trabajo. Casos nuevos. Robos, agresiones, homicidio por violencia de género que resolvió en cuatro días. Rutina que era simultáneamente confortante y insuficiente.

Una tarde de finales de mayo, caminando por Casco Viejo después de interrogatorio en comisaría central, pasó frente a librería pequeña. Escaparate mostraba libro nuevo: *Silencios Institucionales: Memoria del Abuso en Euskadi 1975-2000*.

Nerea entró. Compró ejemplar. Esa noche lo leyó completo.

Capítulo siete se titulaba: "El Caso San Ignacio: Abuso Sistemático y Fallo de Protección."

Documentaba todo. Fermín Salas, Padre Anselmo Garay, las denuncias archivadas, los niños que sufrieron, el sistema que priorizó reputación.

Y en página 187, párrafo breve:

Entre las víctimas documentadas está Iker Uribe Garay, alumno de 6º curso, quien se suicidó en diciembre de 1986. Su hermano gemelo Mikel intentó alertar a autoridades escolares mediante carta escrita a psicóloga del colegio. La carta fue archivada sin acción. Iker murió dos meses después.

Nota al pie: *El caso de los hermanos Uribe es particularmente representativo del fallo sistémico: evidencia documentada, múltiples intentos de intervención, silencio institucional completo. Las consecuencias a largo plazo del trauma no resuelto pueden ser devastadoras.*

El libro había sido publicado en marzo de 2026. Dos semanas antes del primer asesinato.

Mikel probablemente lo había leído. Probablemente había visto historia de su hermano reducida a párrafo y nota al pie. Probablemente ese había sido catalizador final.

Décadas de trauma cristalizándose en furia cuando vio vida de Iker resumida en cien palabras académicas.

Nerea cerró el libro. Lo colocó en estantería junto a otros que nunca volvería a leer pero que necesitaba conservar.

Evidencia de que el mundo reconocía lo que pasó. Tarde. Insuficiente. Pero reconocimiento al fin.

Julio.

Nerea recibió llamada de Maite Zubizarreta, la excompañera de clase de Iker que había entrevistado en marzo.

—Inspectora. Vi noticias sobre el Dr. Uribe. Sobre que era hermano de Iker. Sobre... todo. —Voz temblorosa—. Necesitaba llamar.

—¿Qué necesita?

—Perdón. Quiero pedir perdón. Yo también estuve ahí. Vi cosas. Sospeché cosas. Y no dije nada. Igual que... igual que todos.

—Tenía once años.

—Eso es lo que me he dicho durante treinta y ocho años. Pero no sé si es suficiente. —Pausa larga—. ¿Usted cree que es suficiente?

Nerea pensó en sesión de hipnosis con Mikel. En flashback implantado o recuperado. En culpa que había cargado consciente e inconscientemente.

—Creo que éramos niños en sistema diseñado para proteger adultos. Creo que hicimos lo que pudimos con herramientas que teníamos. Creo que no es suficiente para borrar culpa pero sí para permitir perdón.

—¿Se ha perdonado usted?

—Estoy trabajando en ello. Todos los días. Algunos días mejor que otros.

—Gracias, inspectora. Por... por decir eso.

Colgó.

Nerea se quedó con teléfono en la mano durante largo momento.

Cuántas Maites había. Cuántos niños de once, doce años que habían visto algo, sospechado algo, callado algo. Cuántos cargaban culpa décadas después.

El trauma de Iker no había afectado solo a Iker. Ni solo a Mikel. Se había ramificado, tocando docenas de vidas, dejando cicatrices invisibles en generación completa de niños que aprendieron que hablar era peligroso y callar era supervivencia.

Ese era verdadero crimen. No solo abuso individual sino sistema que enseñaba silencio como virtud.

Agosto.

Descanso obligatorio. Dos semanas. Garai insistió: "No es negociable. O descansas o te suspendo con psicólogo obligatorio."

Nerea eligió descanso.

No salió de Bilbao. No tenía energía para viajar. En lugar de eso, caminó. Kilómetros diarios por ciudad que conocía íntimamente pero que seguía revelando detalles nuevos.

Una tarde caminó hasta Monte Artxanda. Al lugar donde había esparcido cenizas de Mikel. Hierba crecía espesa ahora. Verde brillante bajo sol de agosto.

No había marca. No había monumento. Solo vida continuando sobre muerte.

Nerea se sentó en la hierba. Miró Bilbao extendiéndose abajo. Ciudad industrial, ciudad resiliente, ciudad que había visto dictadura y democracia, violencia y paz, memoria y olvido.

Ciudad que seguía cargando secretos en sótanos, en expedientes sellados, en conversaciones que nunca se tenían.

Pero también ciudad que sanaba. Lentamente. Imperfectamente. Pero sanaba.

Igual que ella.

Septiembre.

Vuelta al trabajo. Caso nuevo: desaparición de adolescente en Getxo. Nerea lo resolvió en seis días. La chica estaba con novio en San Sebastián, escondida voluntariamente de padres controladores. Reunión tensa pero segura.

Rutina. Trabajo. Propósito.

Una noche, después de jornada particularmente larga, Nerea pasó frente al Hospital Basurto. Tercer piso. Ala de psiquiatría. Ventanas con luz tenue.

El consultorio de Mikel había sido asignado a psiquiatra nueva. Vida continuaba. Espacios se llenaban.

Nerea se detuvo en la calle, mirando hacia arriba.

—¿Encontraste paz? —preguntó al aire—. ¿Iker te perdonó? ¿Valió la pena?

No hubo respuesta. Solo tráfico, voces distantes, ciudad viviendo.

Nerea continuó caminando. Hacia casa. Hacia Lobo. Hacia cama donde dormiría seis, siete, tal vez ocho horas.

Progreso medible en horas de sueño.

Sanación medible en días sin pesadillas.

Vida medible en casos resueltos, en verdades descubiertas, en justicia imperfecta pero real.

Octubre.

Día del aniversario de la carta de Mikel a Sor Edurne. 8 de octubre de 1986. Treinta y nueve años.

Nerea no sabía por qué recordaba la fecha. Pero la recordó.

Esa tarde, después del trabajo, compró flores. Claveles blancos. Los llevó al cementerio de Derio donde Miren Uribe estaba enterrada.

Colocó las flores en la tumba.

—No conocí a tus hijos cuando eran niños —dijo—. Pero conocí lo que se convirtieron. Conocí el dolor que cargaron. Conocí cómo ese dolor los destruyó.

Pausa.

—Intentaste. No fue suficiente. Pero intentaste. Y eso cuenta para algo.

El viento movió las hojas de árboles circundantes. Tarde de otoño, temperatura bajando, luz dorada y melancólica.

—Iker descansa ahora. Y Mikel también. Los dos juntos, supongo. Como debió ser desde el principio.

Nerea se quedó ahí durante media hora. Luego volvió a su coche y condujo a casa.

Diciembre.

Aniversario del suicidio de Iker. 16 de diciembre. Cuarenta años exactos.

Nerea no trabajó ese día. Pidió día libre. Garai no preguntó por qué.

En lugar de eso, condujo al colegio San Ignacio. Por última vez.

El edificio había sido finalmente sellado. Vallas nuevas, carteles de "Propiedad Privada - Prohibido el Paso", seguridad contratada patrullando perímetro.

Pero Nerea tenía placa. Habló con guardia. Le dejaron entrar.

Bajó al sótano. A la piscina. Su mensaje en la pared seguía ahí:

IKER URIBE GARAY
1974 - 1986
Lo siento

Alguien —no sabía quién— había añadido debajo:

No estabas solo
Te recordamos

Y debajo, docena de nombres escritos con marcadores diferentes. Excompañeros de clase. Personas que habían leído sobre el caso. Personas que necesitaban decir algo aunque fuera tarde.

Nerea añadió uno más:

MIKEL URIBE GARAY
1974 - 2026
Hermano que intentó

Se sentó en el borde de la piscina vacía. Cerró los ojos.

Intentó imaginar cómo habría sido si todo hubiera salido diferente. Si alguien hubiera creído a Iker. Si Fermín Salas hubiera sido procesado. Si Mikel no hubiera pasado treinta y nueve años planeando venganza.

Dos hombres vivos. Dos carreras, dos familias, dos vidas completas.

En lugar de: dos niños rotos, uno muerto por desesperación, otro muerto por rabia.

—El sistema los mató —dijo Nerea al silencio—. No Fermín Salas solo. No la iglesia sola. El sistema completo que priorizó silencio sobre protección. Que valoró reputación sobre niños.

Su voz resonó en el espacio vacío.

—Y ese sistema sigue existiendo. Mejorado, tal vez. Más transparente. Pero todavía protege a poderosos. Todavía silencia a vulnerables. Todavía exige que víctimas demuestren lo que perpetradores pueden negar.

Abrió los ojos.

—Pero también hay progreso. Hay libros que documentan. Hay víctimas que hablan. Hay leyes que cambian. Lento. Insuficiente. Pero movimiento.

Pensó en Iker. En Mikel. En Miren. En todas las víctimas cuyas vidas habían sido alteradas permanentemente por violencia institucional.

—Merecían mejor. Todos merecían mejor.

Se levantó. Subió escaleras. Salió del edificio por última vez.

El colegio San Ignacio sería demolido en primavera, según planes municipales. Viviendas nuevas en su lugar. Reseteo arquitectónico. Memoria borrada del paisaje.

Pero las historias permanecían. En expedientes. En libros. En personas marcadas.

La memoria no necesitaba edificios. Vivía en los que quedaban.

Esa noche, Nerea durmió diez horas.

Despertó sintiéndose... no curada. Sanación no era destino alcanzable sino práctica continua.

Pero despertó sintiéndose en paz con esa realidad.

Los silencios habían sido rotos. Algunos con violencia. Otros con testimonio. Otros simplemente con tiempo.

Y ella, Nerea Agirre, inspectora marcada, insomne en recuperación, sobreviviente que aprendió que supervivencia era verbo no sustantivo, continuaría rompiendo silencios.

Uno por uno.

Caso por caso.

Día por día.

Porque eso era lo que hacía. Lo que podía hacer. Lo único que sabía hacer.

Buscar verdad en lugares donde otros preferían no mirar.

Dar voz a quienes habían sido silenciados.

Justicia imperfecta pero real.

No era suficiente para sanar todo lo roto.

Pero era algo.

Y algo era infinitamente mejor que nada.

Fin

Nota final encontrada en el cuaderno de Mikel Uribe, página última:

Si alguien lee esto después de que termine, necesito que sepan algo.

No hice esto buscando aprobación. No hice esto esperando que el mundo entendiera. Hice esto porque vi a mi hermano roto. Porque intenté salvarlo y fallé. Porque pasé treinta y nueve años aprendiendo que el trauma no procesado te consume completamente.

Las siete personas que maté representaban sistema que mató a Iker. No fueron inocentes. Pero tampoco fueron únicos culpables. Hay miles de cómplices. Hay sistema completo construido sobre silencio.

No puedo matarlos a todos. Solo puedo hacer declaración. Romper suficientes silencios para que otros vean patrón.

Si algo bueno sale de esto, que sea conversación. Que sea reconocimiento de que silencio institucional mata tan seguramente como violencia directa.

Y si nada bueno sale... al menos intenté.

Por ti, Iker.
Siempre por ti.

- M.U., 13 de marzo de 2026

SOBRE LA AUTORA:

Claudia Reyes es novelista de género negro que escribe desde Bilbao. *Promesa de Silencio* es su primera novela publicada, resultado de años consumiendo thrillers escandinavos, true crime podcasts y procedimentales policíacos con la devoción obsesiva de quien busca entender qué hace que un misterio funcione.

Formada en el método tradicional de cualquier escritora de género —leyendo todo lo que cae en sus manos y escribiendo borradores que nadie lee—, se especializó en thriller psicológico después de descubrir que las historias más interesantes no son sobre quién cometió el crimen, sino sobre por qué el silencio lo permitió. Actualmente trabaja en su segunda novela mientras mantiene lista mental de crímenes sin resolver que algún día investigará apropiadamente.